Los acercamientos a los jóvenes y la lectura

Michèle Petit

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ESPACIOS PARA LA LECTURA

Contratapa

En parte por la crisis con la tradición, en las últimas décadas la juventud se ha transformado de un valor depreciado a uno en boga. Paralelo a esto hemos visto un crecimiento significativo de la producción cultural destinada a los jóvenes, cuantitativa como cualitativamente. Pero aún sabemos muy poco del papel que juega la cultura en esa edad, caracterizada por la búsqueda de la identidad propia y por el cuestionamiento del mundo. Tal vez por eso proliferan tendencias alarmistas.

¿Es verdad que la lectura ha perdido valor para la juventud ante el crecimiento de la cultura audiovisual?

Para poder responder a esta pregunta es imprescindible darle la voz a los propios jóvenes. También comprender el sentido de sus palabras.

Distanciada tanto de los estudios que centran su atención en el análisis de las obras como de los acercamientos estadísticos al fenómeno de la lectura, y alejada de la tónica catastrófica o nostálgica común en los discursos contemporáneos acerca del tema, este libro es el resultado de una investigación llevada a cabo en Francia con jóvenes de barrios marginales, para los cuales la lectura significó un cambio profundo en sus vidas.

Con una sólida formación en ciencias sociales, Michèle Petit consigue en esta obra un acercamiento inteligente y clarificador a una comprensión profunda del sentido vital de la cultura: la dimensión humana de un sujeto que –en un sillón, una cama o un vagón de metro, solo o acompañado- encuentra en la frecuentación de la palabra escrita, la posibilidad de construir el sentido de su vida y participar en el mundo. El hecho de estar sustentados en la experiencia de personas precondicionadas a ser excluidas del mundo agrega validez a estos renovadores Nuevos acercamientos a la lectura y los jóvenes.

Solapa de tapa

Michèle Petit es antropóloga. Ha realizado estudios en sociología, psicoanálisis y lenguas orientales. Es investigadora del laboratorio “Dinámicas sociales y recomposición de espacios” del Centro Nacional para la Investigación Científica, de la Universidad de París I. Después de haber llevado a cabo investigaciones sobre las diásporas china y griega, desde 1992 trabaja sobre la lectura y la relación de los distintos sujetos con los libros desde una perspectiva cualitativa.

Sus investigaciones han tenido una importancia remarcable en los estudios sobre la lectura en el medio rural y el papel de las bibliotecas públicas en la lucha contra los procesos de exclusión. En esta línea coordinó una investigación con base en entrevistas a jóvenes de barrios urbanos desfavorecidos cuyas vidas habían sido modificadas por la práctica de la lectura.

Entre sus obras destacan: *Lecteurs en campagnes* (1993), y *De la bibliothèque au droit de cité* (1996), realizadas en colaboración con otros investigadores y publicados por la Bibliothèque Publique d’Information del Centre Georges Pompidou.

Solapa de contratapa

Otros títulos de la colección
Espacios para la Lectura

Cultura escrita y educación
Emilia Ferreiro

La frontera indómita
En torno a la construcción y defensa del espacio poético
Graciela Montes

Cultura escrita, literatura e historia
Conversaciones con Roger Chartier

La literatura como exploración
Louise M. Rosenblatt
(en preparación)

El corral de la infancia
Graciela Montes

Lecturas precarias
Estudio sociológico sobre los "poco lectores"
Joëlle Bahloul

¡Déjenlos leer!
Geneviève Patte
Edición revisada y aumentada
(en preparación)

Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura

Espacios para la lectura

Primera edición: 1999
Segunda reimpresión, 1999

Coordinación de la colección: Daniel Goldin
Diseño: Joaquín Sierra Escalante
Ilustración de portada: Mauricio Gómez Morin

Los extractos de las entrevistas incluidas en este libro se publicaron en extenso en D.R. © 1993, Raymonde Ladefroux, Michèle Petit y Claude-Michèle Gardien, *Lectures en campagnes*, París, BPI/Centre Georges Pompidou, colección "Etudes et recheerches", 248 p.; D.R. © 1997, Michèle Petit, Chantal Balley y Raymonde Ladefroux, con la colaboración de Isabelle Rossignol, *De la bibliothèque au droit de cité*, París, BPI/Centre Georges Pompidou, colección "Etudes et reherches", 365 p. Se reproducen con el permiso de la Bibliothèque Publique d'Information/Centre Georges Pompidou, París.

D.R. © 1999 **Fondo de Cultura Económica**

Carr. Picacho-Ajusco 227, México, México, 14200, D.F.

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra –por cualquier medio- sin la anuencia por escrito del titular de los derechos correspondientes.

ISBN 968-16-5971-6
Impreso en México

Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura

Michèle Petit

Traducción de Rafael Segovia
y Diana Luz Sánchez

Fondo de Cultura Económica

Como fuente primaria de información, instrumento básico de comunicación y herramienta indispensable para participar socialmente o construir subjetividades, la palabra escrita ocupa un papel central en el mundo contemporáneo. Sin embargo, la reflexión sobre la lectura y escritura generalmente está reservada al ámbito de la didáctica o de la investigación universitaria.

La colección ***Espacios para la lectura*** *quiere tender un puente entre el campo pedagógico y la investigación multidisciplinaria actual en materia de cultura escrita, para que maestros y otros profesionales dedicados a la formación de lectores perciban las imbricaciones de su tarea en el tejido social y, simultáneamente, para que los investigadores se acerquen a campos relacionados con el suyo desde otra perspectiva.*

Pero –en congruencia con el planteamiento de la centralidad que ocupa la palabra escrita en nuestra cultura- también pretende abrir un espacio en donde el público en general pueda acercarse a las cuestiones relacionadas con la lectura, la escritura y la formación de usuarios activos de la lengua escrita.

Espacios para la lectura *es pues un lugar de confluencia –de distintos intereses y perspectivas- y un espacio para hacer públicas realidades que no deben permanecer sólo en el interés de unos cuántos. Es, también, una apuesta abierta a favor de la palabra.*

LIMINAR

Los textos unidos en este volumen fueron escritos originalmente en francés para que, traducidos al español, fueran leídos por su autora en el marco de un ciclo de conferencias organizado por la Embajada de Francia en México y el Fono de Cultura Económica en octubre de 1998.

En parte porque el agitado ritmo de la modernidad ha cuestionado brutalmente el papel de la tradición, en parte porque el ritmo de producción les abrió las puertas al consumo y en parte también por lo mucho que ellos mismos han conquistado, hoy son cada vez más importantes los jóvenes en su especificidad –siempre maleable, siempre puesta a discusión.

En pocas décadas la producción cultural destinada a ellos ha crecido con prodigalidad: música, cine, teatro y, desde luego, también literatura. Por eso es significativo que en este libro no se haga mención a la literatura juvenil más reciente. Ésta es, paradójicamente la primera de al menos cinco razones por las que considero que además de nuevas, estas aproximaciones son renovadoras.

Analizo brevemente las otras.

Tanto en el campo educativo como en el cultural, los discursos más frecuentes suelen asignar un valor esencial a la calificación de los lectores, por lo general sin siquiera problematizarla. En abierta oposición a las prácticas dominantes, Petit rechaza calificativos como buen y mal lector. Su afán es comprender el papel que la lectura tiene, puede tener o ha tenido en la construcción de ellos como sujetos.

También en discrepancia con lo acostumbrado, Petit no busca medir (por ejemplo, cuántos jóvenes leen, o si tienen muchos o pocos libros). Tampoco pretende comparar (por ejemplo, si leen hoy más que antes). Con disciplina antropológica y la atención fluctuante propia del psicoanálisis, Petit constató que en barrios marginados de Francia, es decir donde se suele pensar que no es factible encontrar “buenos lectores”, había personas a las que la lectura les ha transformado la vida. Les dio la palabra y analizó, con la ayuda de diversas ciencias sociales, el sentido de estas experiencias. Les toca a otros investigadores ponderar la importancia relativa de estos casos singulares. Al resto de las personas preocupadas por la cultura y educación les corresponde cuestionar la preeminencia que ha tenido el acercamiento estadístico al fenómeno de la lectura.

La cuarta razón es el distanciamiento de la voluntad de normar, tan común en el campo de la educación lectora. La obra busca, más que definir lo que debe ser la lectura para los jóvenes, reconocer lo que efectivamente ha sido. Esto le dio la posibilidad a Petit de

rescatar prácticas de lectura desechadas por el discurso culto, y valiosas para todos los lectores.

Por último señalo otro rasgo distintivo y renovador de estos acercamientos: la voluntad de comprender las resistencias a la lectura. Creo que nos hará mucho bien a todos los que estamos interesados en la lectura comprender con mayor profundidad que también los que se resisten a leer tienen razones poderosas.

Todas estas y otras muchas razones hacen de la lectura de este libro una nutritiva experiencia intelectual para cualquier persona preocupada por la cultura, le interesen o no los jóvenes. Por la fluidez de su estilo y la fina complejidad de su trama –que recuerdan el arte de las antiguas tejedoras- leerlo es, además de un ejercicio intelectual movilizador, una experiencia estética y humana singular.

A pesar de que su afán no es ayudar a promover la formación de lectores jóvenes, estoy seguro que este volumen hará más por formar lectores que muchos manuales llenos de recetas mágicas. Ojalá que despierte entre sus lectores un entusiasmo similar al que despertó entre sus escuchas.

DANIEL GOLDIN

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer muy calurosamente a Daniel Goldin y al fondo de Cultura Económica, así como a Victoire Bidegain, Philippe Ollé-Laprune, y a la Embajada de Francia, por haberme brindado la oportunidad de viajar a México para leer estas conferencias, disponiendo de ese lujo que hoy en día escasea tanto: el tiempo. Vaya también mi reconocimiento y mi cariño a Rafael Segovia, quien tradujo el texto de las tres primeras conferencias, y a Diana Luz Sánchez, en el caso de la cuarta. Y a los que asistieron a estas jornadas, por haberme comunicado sus experiencias, sus reflexiones, sus interrogantes.

Estas conferencias se inspiran, en gran parte, en dos investigaciones financiadas por la Dirección del Libro y de la Lectura del Ministerio Francés de la Cultura, bajo la responsabilidad científica del Servicio de Estudios e Investigaciones de la Biblioteca Pública de Información (Centre Georges Pompidou, París).[1] Desde hace dieciséis años, este Servicio ha definido, orientado y publicado unos treinta estudios, casi todos de sociología, dedicados al libro, a la lectura, a las bibliotecas y a las prácticas culturales.

Quisiera expresar mi profundo reconocimiento a Martine Blanc-Montmayeur, directora de la BPI, y a Françoise Gaudet, directora del Servicio de Estudios e Investigaciones, por haberme autorizado a reproducir aquí una serie de extractos de las entrevistas realizadas en el marco de estas investigaciones.

Extiendo mis afectuosos agradecimientos a Martine Françoise Hersent y Jean-Claude Van Dame, por la atención y dedicación con que me aconsejaron a lo largo de este trabajo: a mis colegas, Raymonde Ladefroux, Chantall Balley, Claude-Michèle Gardien, Isabelle Rossignol y Gladys Andrade, que estuvieron a mi lado durante estas investigaciones; y por último a cada uno de los bibliotecarios que nos acogieron.

Mi profunda gratitud va también a todos aquellos y aquellas que nos ofrecieron generosamente su tiempo, su inteligencia y sus emociones para darnos conocimiento de su trayectoria de lectores, sus experiencias y hallazgos: sus palabras son el alma de este libro.

MICHÈLE PETIT

[1] Raymonde Ladefroux, Michèle Petit y Claude-Michèle Gardien, Lecteurs en campagnes, París, BPI/Centre Georges Pompidou, colección “Etudes et ercherches”, 1993, 248 p.; Michèle Petit, Chantal Balley y Raymonde Ladefroux, con la colaboración de Isabelle Rossignol, De la bibliothèque au droit de cité. Parcours de jeunes, París, BPI/Centre Georges Pompidou, colección “Etudes et recherches”, 1997, 365p.

PRIMERA JORNADA

Las dos vertientes de la lectura

Permítanme antes que nada manifestarles mi emoción por estar en América Latina, con la que siempre he sentido una gran cercanía, porque resulta que aquí pasé mi adolescencia, hace mucho tiempo. Vengo a hablar de la lectura y de la juventud cuando, precisamente, mi propia relación con la lectura se transformó en este continente. Durante mi infancia en París, tuve la fortuna de vivir rodeada de libros, de poder escoger libremente en la biblioteca de mis padres lo que me gustara, de verlos a ellos, día tras día, con libros en las manos: todo ello, hoy sabemos, propicia que uno se convierta en lector. Pero en América Latina descubrí las bibliotecas, y una en particular, la de un instituto en el que mi padre daba clases. Todavía me veo, con la estatura de mis catorce años en un edificio cuya arquitectura moderna me maravillaba, en medio de todos esos libros que se entregaban al lector, entre dos patios. En Francia, por aquella época, nuestras bibliotecas eran todavía oscuras, austeras; los libros no eran de libre acceso, tenían todo para comunicarle a un adolescente que no tenía nada que hacer allí. Las cosas han cambiado desde entonces, por fortuna. Para mí, América latina tuvo siempre un sabor a libros, a grandes vidrieras, a ladrillo y plantas entremezclados. Un sabor a modernidad y apertura hacia lo novedoso.

Hasta aquí mis recuerdos, y ahora paso a las preguntas que nos reúnen el día de hoy. En alguna de las primeras conversaciones con Daniel Goldin, me dijo que en este país había una gran preocupación por la juventud. Mientras lo escuchaba, pensaba que en Francia también debíamos sentir una inquietud semejante. Y que siendo objetivos había todo tipo de razones para estar preocupados. Aunque Francia se cuenta entre los países más ricos del planeta, la situación de los menores de treinta años se ha deteriorado a partir de los años setenta, en todos los campos: el empleo, los ingresos, la vivienda. Nuestra sociedad se muestra cada vez más fascinada con la juventud, todo el mundo se esfuerza por “seguir siendo joven”, hasta los octogenarios, pero en la realidad dejamos cada vez menos espacio para los jóvenes. Los muchachos, y sobre todo las muchachas, han sido las principales víctimas del desempleo y de la precariedad creciente del empleo. De manera más trágica, en todos los rincones del mundo hay jóvenes que mueren, son heridos, lastimados por la violencia, por las drogas, la miseria o la guerra. Y, desde luego, habría que decir de entrada que no hay tal cosa como “los jóvenes”, sino que se trata de muchachos y muchachas dotados de recursos materiales y culturales muy variados según la posición social de sus familias y el lugar en donde viven, y expuestos de forma muy desigual a los riesgos que mencioné.

Más allá de las razones que podamos tener para sentirnos inquietos; más allá también de las grandes diferencias que hay entre las situaciones de nuestros países, entre sus historias, entre sus evoluciones recientes, me parece que hoy en día, en casi todo el mundo, la juventud preocupa porque los carriles ya no están trazados, porque el porvenir es inasible. En las sociedades tradicionales, por decir las cosas de modo esquemático, uno reproducía la mayor parte del tiempo la vida de sus padres. Los cambios demográficos, la urbanización, la expansión del sistema salarial, la emancipación de las mujeres, la reestructuración de las familias, la globalización de la economía, los avances tecnológicos, etc., evidentemente han revolucionado todo eso. Se han perdido muchos de los puntos de referencia que hasta ahora daban sentido a la vida. Creo que una gran parte de la preocupación proviene de la impresión de una pérdida de dominio, de un pánico ante lo desconocido. La juventud simboliza este mundo nuevo que no dominamos, cuyos contornos no conocemos bien.

¿Y la lectura, en medio de todo esto? ¿Y la lectura de libros en particular? En Francia hay quienes la mandan a la tienda de accesorios, en esta era de lo audiovisual. Observan que la proporción de lectores asiduos entre los jóvenes ha disminuido en los últimos veinte años, pese a la expectativa de que aumentara, debido a la mayor escolarización. Según ellos, el juicio ha concluido. Los jóvenes prefieren el cine o la televisión, que identifican con la modernidad, con la velocidad, con la facilidad, a los libros; o prefieren la música o el deporte que son placeres compartidos. El tiempo del libro habría pasado, no tendría caso lamentarse ante esta realidad.

Otros, por el contrario, deploran que “los jóvenes ya no leen”. Desconozco cuál es la situación en México –ustedes podrán decírmelo-, pero en Francia este tema se plantea regularmente en los periódicos cada nueva estación del año. Durante mucho tiempo el poder, la Iglesia y los educadores estuvieron preocupados por los peligros que podía traer una amplia difusión de la lectura. Pero desde los años sesenta todo el mundo se lamenta de que esa difusión es insuficiente. Y más aún en nuestros tiempos de desconsuelo en que no sabemos cómo esos jóvenes inasibles, a los que cada vez dejamos menos espacio, van a poder asirse al mundo.

¿Por qué, una vez más, surge una preocupación como ésta? Es indudable que algunos temen, y no sin razón, que se pierda una experiencia humana irremplazable, Hace poco escuché decir a Georges Steiner en la televisión que en Estados Unidos 80% de los niños no saben lo que significa leer en silencio: ya sea que traigan un walkman conectado a las orejas cuando leen, o que se encuentre cerca de un televisor encendido, percibiendo constantemente su oscilación luminosa y el ruido que emana de éste. Esos niños no saben lo que es la experiencia tan particular que consiste en leer solo, en silencio.

Ciertos escritores también temen que, en medio del mundo ruidoso, ya nadie se acuerde de ese territorio de la intimidad que es la lectura, de esa libertad y de esa soledad que, por lo demás,

siempre han asustado al ser humano. Temen particularmente que, ante el énfasis que se da a la "comunicación" y al comercio de informaciones, nos desviemos hacia una concepción instrumentalista, mecanicista, del lenguaje, y creo que tienen razón en preocuparse; volveré a hablar del tema más adelante. Pero en buena parte de los discursos sobre el descenso de la frecuencia de lectura en los jóvenes, ya sea en boca de políticos o de intelectuales, me parece que intervienen también otros motivos.

Decía hace un momento que en las formas tradicionales de integración social se reproduce, poco más o menos, la vida de los padres. Y la lectura cuando se tenía acceso a ella, era parte de esa reproducción, o incluso de una "doma" (aun cuando para algunos constituía ya, por el contrario, un medio privilegiado para modificar las líneas del destino social). En el inicio la lectura fue una actividad prescrita, coercitiva, para someter, para controlar a distancia, para aprender a adecuarse a modelos, inculcar "identidades" colectivas, religiosas o nacionales.

Por ello me parece que algunos añoran una lectura que permita delimitar, moldear, dominar a los jóvenes. En los medios de comunicación se oyen lamentaciones como "los jóvenes ya no leen", "hay que leer", o incluso "se debe amar la lectura", lo cual evidentemente ahuyenta a todo el mundo. Se deplora en particular que se pierda la lectura de grandes textos supuestamente edificantes, ese "patrimonio común", como dicen, que es una especie de tótem reunificador en torno al que se supone deberíamos congregarnos.

En mi país, el debate sobre la lectura entre los jóvenes se reduce así, en el terreno de los medios, a una especie de querella entre los *antiguos* y los *modernos*. Caricaturizando un poco, tendríamos pues que los *antiguos* lloran con caras largas la pérdida de las letras, con un tono y con unos argumentos que no me parecen los más afortunados para atraer a su causa a quienes no leen, sobre todo si se trata de jóvenes. En cuanto a los *modernos*, hacen un llamado a una especie de relativismo absoluto, afirmando que tal telenovela es tan capaz de satisfacer nuestra necesidad de narración como tal o cual texto muy elaborado, o tal o cual gran película, y que todo consiste simplemente en un asunto de gustos heredados, de consumo cultural socialmente programado.

Les confieso que siempre he sentido cierto malestar al escuchar estos discursos, que me parecen muy alejados de lo que los lectores de diversas categorías sociales me decían en el transcurso de las diferentes investigaciones que realizaba. Por mi parte, observo de entrada que si bien la proporción de lectores asiduos ha disminuido, la juventud sigue siendo el periodo de la vida en el que hay una mayor actividad de lectura. Y más allá de los grandes sondeos estadísticos, si se escucha hablar a los jóvenes, se comprende que la lectura de libros tiene para ellos ciertos atractivos particulares que la distinguen de otras formas de esparcimiento. Se comprende que a través de la lectura, aunque sea esporádica, se encuentren mejor equipados para resistir cantidad de procesos de marginación. Se

comprende que la lectura los ayude a construirse, a imaginar otros mundos posibles, a soñar, a encontrar un sentido, a encontrar movilidad en el tablero de la sociedad, a encontrar la distancia que da el sentido del humor, y a pensar, en estos tiempos en que escasea el pensamiento.

Estoy convencida de que la lectura, y en particular la lectura de libros, puede ayudar a los jóvenes a ser un poco más sujetos de su propia vida, y no solamente objetos de discursos represivos o paternalistas. Y que puede constituir una especie de atajo que lleva de una intimidad un tanto rebelde a la ciudadanía. Eso es lo que intentaré mostrarles a lo largo de estos cuatro días: la pluralidad de lo que está en juego con la democratización de la lectura entre los jóvenes. En efecto, me sorprende ver aún hasta qué punto algunas de estas cosas que están en juego se desconocen o se subestiman; cómo seguimos siendo prisioneros de viejos modelos de lo que es la lectura, y de una concepción instrumentalista del lenguaje.

Así pues, organicé las cuatro conferencias de la siguiente manera:

En la primera hablaré de las dos vertientes de la lectura: la primera determinada por el poder absoluto que se atribuye al texto escrito, y la otra por la libertad del lector, y les explicaré de qué manera elegí colocarme, para mis investigaciones, del lado de los lectores, de sus experiencias singulares.

La siguiente sesión estará dedicada a la pluralidad de lo que está en juego en la lectura, haciendo hincapié en el papel de la lectura en la construcción de sí mismos, que es muy palpable durante la adolescencia y la juventud. Para los jóvenes, como podrán apreciar ustedes, el libro es más importante que el audiovisual, en tanto que es una puerta abierta a la ensoñación, en que permite elaborar un mudo propio, dar forma a la experiencia. Éste es un aspecto en el que muchos insisten, en particular tratándose de medios socialmente desfavorecidos en los que se desearía muchas veces restringir sus lecturas a las más “útiles”. Pero para los muchachos y muchachas que conocí, la lectura es tanto un medio para elaborar su subjetividad como un medio para acceder al conocimiento. Y no creo que esto sea específicamente francés.

Durante la tercera sesión hablaré del miedo al libro y evocaré las diferentes maneras de convertirse en lector. Más allá de los engaños de los discursos unánimes que claman por la democratización de la lectura, creo, en efecto, que no nos hemos liberado del miedo a los libros, el miedo a la soledad del lector frente al texto, el temor de compartir el poder simbólico. Esa participación, que pone en juego muchas cosas, es tal vez motivo de conflictos aún, de luchas de intereses, más activos en tanto más se niega su existencia.

La última sesión, finalmente, se ocupará del papel de los maestros, bibliotecarios y otros mediadores, de su margen de acción, que podremos identificar mejor a partir de las cuestiones tratadas anteriormente, durante las primeras sesiones.

Las dos vertientes de la lectura

En un primer momento trataré de las dos vertientes de la lectura: del poder absoluto que se le atribuye al texto escrito y de la libertad del lector. Evocaré esas dos vertientes de la lectura apoyándome primero en una investigación sobre la lectura en el medio rural[2] en que participé cuando empecé a trabajar sobre ese tema hace ya casi siete años. En aquel momento elaboré en particular entrevistas con personas de diversos estratos sociales que vivían en el campo y a las que les gustaba leer. Durante las entrevistas, esta gente del campo evocó de manera muy libre la totalidad de sus recorridos por la lectura, a partir de sus recuerdos de infancia. Y me sorprendió darme cuenta de que en el campo francés, la lectura tal como la conocemos hoy en día, solitaria, silenciosa, no era a fin de cuentas muy antigua: muchos de nuestros interlocutores de diferentes generaciones evocaban espontáneamente recuerdos de lectura colectiva, en voz alta, en el medio familiar, durante el catecismo o muchas veces en el internado. Y, dicho sea de paso, la televisión, que acostumbra verse en familia, se encuentra tal vez más cerca de estas historias orales compartidas.

Les propongo, pues, escuchar a tres de nuestros interlocutores. Hay medio siglo de distancia entre las infancias que evocan. Jeanne es jubilada y se acuerda de los tiempos en que estaba interna: “Todo lo que no era el programa estaba prohibido… Nunca teníamos tiempo libre… En el refectorio, no teníamos permiso para hablar, nos leían vidas de niños modelo y vidas de santos”.

Pierre es agricultor; tiene alrededor de cincuenta años. El libro que evoca tiene por título *La vuelta de Francia* de dos niños durante la primera mitad del siglo. Contaba la travesía de dos chicos a través de las diferentes regiones francesas, y su finalidad era inculcar en los jóvenes un fuerte sentimiento de identidad nacional:

> Recuerdo a mis abuelos. Mi abuelo me leía *La vuelta de Francia* de dos niños. Había una gran chimenea, ni siquiera me acuerdo si había electricidad, y después de la cena mi abuela ponía en el fuego una gran cazuela con vino y con tomillo, y la ponía a hervir. Con miel. Entonces él nos contaba […] No sé por qué, tal vez porque yo era muy joven, pero el caso es que leía “bien”; vivíamos esa historia a medida que la iba contando, ¿sabe? Con mi hermano, cuando hablamos de esa Vuelta de Francia […] A medida que hacíamos *La vuelta de Francia*, es curioso, podíamos verla. Eso debió ser allá por 1945 o 1946.

Christine, por su parte, tiene como cuarenta años. Antes de irse a vivir al campo, vivió mucho tiempo en la ciudad. Y habla de su hijo, un joven adolescente: “Eso es lo que intentaba explicarle; le decía: ‘Pero no te sientes frente a la tele, hay millones como tú que miran la tele. Si tomaras un libro, serías el único, tal vez serían dos o tres

[2] Raymonde Ladefroux, Michèle Petit y Claude-Michèle Gardien, Lecteurs en campagnes, París, BPI/Centre Georges Pompidou, 1993, 248 p.

leyendo el mismo libro al mismo tiempo. ¡No me digas que no es otra forma de placer!'"

Estas tres escenas reflejan la partición entre la lectura colectiva, oral, edificante, y la lectura individual, silenciosa, en la que a veces encuentra uno palabras que permiten que se exprese lo más singular que hay en cada quien. Entre esa época en la que unos cuantos controlaban el acceso a los textos impresos y sacaban de ellos fórmulas para inculcar a los demás, sometidos y en silencio, una identidad religiosa o nacional, y esa otra época en la que se "toma" un libro, en que se apropia uno de él, en que se encuentran palabras, imágenes a las que se les asignan significados al gusto de cada quien. Tres escenas que recuerdan que la lectura tiene varios rostros, que está señalada, por un lado por el poder absoluto que se atribuye a la palabra escrita, y, por el otro, por la irreductible libertad del lector, como dijo el historiador del libro Roger Chartier.[3]

Por un lado, el lenguaje escrito permite dominar a distancia, mediante la imposición de modelos ampliamente difundidos, ya sea que se trate de la figura edificante de un santo o de la del niño descubriendo el amor por la patria. Se utilizó mucho el lenguaje escrito –y todavía se utiliza-, para someter a la gente a la fuerza de un precepto y atraparla en las redes de una "identidad colectiva". Por ejemplo, hay algo que siempre me sorprendió en ciertos países de Asia. Antes de trabajar sobre el tema de la lectura, participé un tiempo en una investigación sobre los hombres de empresa chinos de Singapur y de Taiwán; cuando nos entrevistábamos con ellos, esos empresarios, desde los más tradicionales hasta los más modernos, hacían hincapié en lo que llamaban sus "filosofías". Apenas llegábamos a sus oficinas, ya nos estaban diciendo, antes que cualquier otra cosa: "tengo que explicarles mi filosofía". Nos llevaban pues ante unos lemas caligrafiados que se encontraban en todos los rincones de las oficinas y fábricas, y nos traducían esos preceptos que resumían el espíritu de la empresa. Esas "filosofías", como decían, se resumían en unos cuantos principios de inspiración confuciana que exaltaban el trabajo, la disciplina, la simplicidad, la honestidad, el sentido de la colectividad, etc. Pero esos empresarios les atribuían una gran eficiencia para unificar y guiar la conducta de los empleaos, quienes supuestamente debían leerlos cada día e imbuirse de ellos.

Por una parte, esto tiene que ver con la especificidad de la lengua y la historia chinas. Seguramente a consecuencia del origen pictográfico de los ideogramas, la lengua china es más concreta que las lenguas occidentales, en cuanto las palabras evocan de forma representativa cualidades, relaciones, acciones. Este carácter "emblemático" de la lengua le confiere la facultad de inducir la realidad, de sugerir la acción, de provocarla al representarla. En la antigua China, la primera obligación del jefe consistía en proporcionar a súbditos los emblemas, las divisas, las "designaciones

[3] Véase Roger Chartier, "Textos, impresos, lecturas", en Martine Poulain (dir.), *Lire en France aujourd'hui*, París, Cercle de la librairie, 1993, pp. 15-29.

correctas". Eso es lo que le permitía imponer las reglas y la jerarquía social. Puesto que las palabras tenían esa fuerza cuasi mágica que mantenía a los seres y a las cosas en el lugar que les correspondía en el orden social establecido, la escritura constituyó un instrumento importante del poder político. El chino literario, que se asimilaba al cabo de una larga iniciación, era en la China imperial la lengua de los amos, el cimiento del imperio. Un verdadero "esperanto para los ojos" que podía ser leído en todas partes, mientras que las pronunciaciones en extremo variadas impedían muchas veces la comprensión a unos cuantos kilómetros de distancia.

Pero sin tener que ser chino, todo ser humano preocupado por influir en sus semejantes parece entender instantáneamente esa función "mandarínica" del lenguaje escrito. Les daré dos ejemplos. El primero nos lo proporciona una niñita de siete años, con la que tuve una plática durante esta investigación sobre la lectura en el medio rural. Se llama Emilie, y habla de una de sus amigas, que, para establecer su poder, pasa el tiempo leyendo y haciendo leer a los demás. Lo cito:

> Prefiere ser la jefa; así que trabaja, escribe, las veinticuatro horas al día, y le gusta mucho leer. Porque tiene que prepararnos trabajo, y luego tendremos que aprenderlo de memoria. [Me da uno o dos ejemplos de esas preguntas que le prepara su amiga.] Contesta las preguntas. "Antes de que acabe el invierno, el pinzón atraerá seguramente su atención. Su pecho, sus mejillas y su cuello se tiñen ligeramente, ¿de qué color? De rosa salmón..." ¿Entiendes lo que es jugar con ella?...

Y suspira.

A los siete años, ya sabe por experiencia propia que el manejo del lenguaje escrito es un instrumento crucial para el poder. El segundo ejemplo lo tomo del antropólogo Lévi-Strauss, quien, en un texto titulado "Lección de escritura", relata un incidente que sucedió cuando se encontraba en la tierra de los indios nambikwara, en Brasil. El jefe que, al igual que los demás nambikwara, no sabía leer ni escribir, le pidió a Lévi-Strauss una libreta de notas. Luego la cubrió de líneas sinuosas, reunió a su gente y enumeró la lista de regalos que el etnólogo le iba a traer. ¿Qué es lo que esperaba? Cito a Lévi-Strauss: "Engañarse a sí mismo, tal vez; pero más bien llenar de admiración a sus compañeros, convencerlos de que los obsequios pasaban por su intermediación, que había conseguido aliarse con el blanco y que era partícipe de sus secretos".[4] Más tarde, al reflexionar sobre este incidente, Lévi-Strauss sacó la conclusión de que –lo cito nuevamente-:

> La función primaria de la comunicación escrita es favorecer la sumisión. El empleo de la escritura para fines desinteresados, con el objetivo de encontrar en ella satisfacciones intelectuales y estéticas, es un resultado secundario, y se reduce casi siempre a un medio para reforzar, justificar o disimular al otro.[5]

[4] Véase Claude Lévi-Strauss, Leçon d'écriture", en *Tristes tropiques*, París, Plon, 1955, p. 315.

[5] *Ibid.,* p. 318.

Manejar el lenguaje escrito permite incrementar el prestigio de quien lo hace y su autoridad frente a sus semejantes. Y, de entrada, el aprendizaje de la lectura es muchas veces un ejercicio que sirve para inculcar temor, que somete el cuerpo y el espíritu, que incita a la persona a quedarse donde está, a no moverse. En *Una historia de la lectura*,[6] Alberto Manguel recuerda que el látigo, a la par del libro, fue durante siglos el emblema de quienes enseñaban a leer. Sin embargo en nuestros días el temor y la sumisión ocupan todavía un sitio primordial, como podemos ver, por ejemplo, en una película del realizador iraní Kiarostami intitulada *Tareas de la tarde*. Kiarostami muestra uno por uno a una serie de niños a quienes pregunta cómo hacen sus tareas en la casa. Y a lo largo de la película vemos que lo que se pretende inculcar en los alumnos al enseñarles a leer no son conocimientos sino miedo: en la escuela, estos niños se sienten literalmente en peligro.

No obstante, nunca se puede estar seguro de dominar a los lectores, incluso cuando los poderes de todo tipo se aplican a controlar el acceso a los textos. En efecto, los lectores se apropian de los textos, los hacen significar otras cosas, cambian el sentido, interpretan a su manera deslizando su deseo entre líneas: se pone en juego toda la alquimia de la recepción. Nunca es posible controlar realmente la forma en que un texto se leerá, entenderá, interpretará. Permítanme darles un pequeño ejemplo que tomo de un psicoterapeuta que lee y hace leer mitos antiguos a los niños. Así pues, hay un pasaje en el que Hércules ha dejado su piel de león, y lleva ollares de piedras preciosas, brazaletes de oro, un chal púrpura, y se dedica a hilar madejas de lana. Comentario de los niños: "¡Nunca hubiera pensado que Hércules era un maricón!"[7] Otro ejemplo: la lectura que hace Omar, un estudiante preparatoriano, de *Madame Bovary*, de Flaubert, uno de los textos canónicos del programa de francés. Cito a Omar: "Emma le ponía los cuernos a su marido, y entones hubo hasta un juicio. Flaubert, en su alegato de defensa, dijo que como había hecho morir a Emma, entonces era moral. Y ahora cuando se lee eso se ve que Emma le puso los cuernos al marido, y eso es todo". Evidentemente, no estoy tan segura de que este resumen lapidario esté de acuerdo con lo que el profesor de Omar y las autoridades académicas desean que los niños retengan de este gran texto e nuestra literatura nacional.

Por esa razón en todas las épocas se temió el acceso directo a los libros y la soledad del lector ante el texto. Y por esa razón, hasta nuestros días –tocaremos el punto cuando hable del miedo a los libros- los poderes autoritarios han preferido difundir videos, fichas o, en última instancia, fragmentos escogidos, acompañados de su interpretación y con el menor "juego" posible en su contenido para el lector.

Michel de Certeau tenía una bonita fórmula para calificar esa libertad del lector. Escribía: "Los lectores son viajeros, circulan sobre

[6] París, Actes Sud, 1998. (Versión en español: Alianza editorial.)

[7] Serge Boimare, "Apprende à lire à Héracles", en *Nouvelle Revue de Psychoanalyse*, núm. 37, 1988.

las tierras de otra gente, nómadas que cazan furtivamente en los campos que no han escrito". Y luego hablaba de "la actividad silenciosa, transgresora, irónica o poética, de lectores (o de telespectadores) que conservan su particularidad en el ámbito privado y sin que los 'amos' lo sepan". Decía también:

> La escritura acumula, embodega, se resiste al tiempo mediante el establecimiento de un lugar y multiplica su producción gracias al expansionismo de la reproducción. La lectura no se protege contra el desgaste provocado por el tiempo (uno olvida y se olvida de sí), no conserva o conserva mal sus logros, y cada uno de los lugares por los que pasa es la repetición del paraíso perdido.

Estas frases fueron tomadas de un artículo intitulado "Leer: una caza furtiva",[8]que es un texto muy hermoso.

Los lectores cazan furtivamente, hacen lo que les place; pero eso no es todo: además se fugan. En efecto, al leer, en nuestra época, uno se aísla, se mantiene a distancia de sus semejantes, en una interioridad autosuficiente. La lectura es una habitación propia, para usar las palabras de Virginia Woolf. Se separa uno de lo más cercano, de las evidencias de lo cotidiano. Se lee en las riberas de la vida.

Y si la lectura incita al espíritu crítico, que es la clave de una ciudadanía activa, es porque permite un distanciamiento, una descontextualización,[9] pero también porque abre las puertas de un espacio de ensoñación en el que se pueden pensar otras formas de lo posible. Hablaremos detenidamente de esto más adelante. Pero desde ahora les digo que, en lo relativo a ese punto, no debe establecerse una oposición entre la llamada lectura instructiva y la que induce a la ensoñación. Tanto la una como la otra, la una junto con la otra, pueden suscitar el pensamiento, el cual pide esparcimiento, rodeos, pasos fuera del camino. "Pensamos siempre en otro lugar", decía Montaigne.

En la campiña francesa, por tomar una imagen, se podría decir que en el transcurso de este siglo el lector –que con mayor frecuencia es una lectora- se ha levantado discretamente, ha salido de la habitación común y se ha retirado a su propia habitación. De ser una actividad prescrita en un principio, para atraparlo a uno en la red de palabras, la lectura se ha convertido en un gesto de afirmación de la singularidad. Se ha vuelto un camino para "irse de pinta", para salir del lugar y del tiempo en el que hay que estar en su puesto, mantenerse en su puesto, y contenerse unos a otros.

El lector "trabajado"[10] por su lectura

[8] Michel de Certeau, "Lire: un braconnage", en *L'Invention du quotidien, 1/Arts de faire*, París, 10/18, 1980.

[9] Consúltense las obras de Jack Godoy, y en particular *La Raison graphique*, París, Minuit, 1979.

[10] Los términos forjados por el psicoanálisis en lengua francesa constituyen un lenguaje preciso basado en usos peculiares de palabras comunes, por lo que he preferido traducir "trabajar" (que significaría "afectar", "perturbar", "provocar cambios"); una palabra que todos entenderán y que respeta las

Dejo allá la campiña francesa y avanzaré con ustedes un poco más por esta segunda vertiente de la lectura, este diálogo entre el lector y el texto. Les decía que el lector se encontraba con palabras e imágenes a las que hacía significar otra cosa; que el sentido se le escapa no sólo al autor del texto sino también a quienes se esfuerzan por imponer una única lectura autorizada. El lector no es, por lo tanto, pasivo: lleva a cabo un trabajo productivo, reescribe. Hace desplazarse al sentido, hace lo que se le ocurre, desvía, reutiliza, introduce variantes, deja de lado los usos correctos. Pero él a su vez es alterado: encuentra algo que no esperaba, y nunca se sabe hasta dónde puede ser llevado.

Eso lo veremos a lo largo de este seminario. Para ahondar un poco en el tema, en esta jornada les daré algunos ejemplos más, sacados de aquí y de allá, de mis lecturas, de las entrevistas que he realizado, de la observación cotidiana, y los comentaré. Siéntase libres, claro está, de leerlos de otra manera. Procederé de esta forma en cada conferencia, que considero más como un tiempo para la elaboración, un *work in progress*, como dicen los anglosajones, que como una manera de asestarles conclusiones definitivas.

Agregaré que algunos de los temas que abordaré podrían parecerles abstractos. Y esta jornada es, sin duda, al menos por momentos, la más abstracta de las cuatro; les doy a comer primero el pan negro. Pero no se preocupen demasiado: todos estos temas los retomaremos en los días siguientes, de manera más concreta, y lo que diga esta tarde cobrará sentido entonces.

Citaré de entrada a un psicoanalista, Didier Anzieu, quien escribió:

> Una obra no “trabaja” al lector –en el sentido del trabajo psíquico- si sólo le procura el placer del momento, si habla de ella como de una buena fortuna, agradable pero sin mañana. El lector que empieza a ser “trabajado” por la obra entabla con ella otro tipo de relación. Incluso durante las interrupciones de su lectura, mientras se prepara para reiniciarla, se abandona a la ensoñación, su fantasía se ve estimulada, inserta fragmentos de ella entre las páginas del libro, y su lectura es algo mixto, un híbrido, un injerto de su propia actividad de fantasmización sobre los productos de la actividad de fantasmización del autor.[11]

En la lectura hay algo, como expresó Anzieu, que es del orden del trabajo psíquico, en el sentido en que los psicoanalistas hablan de trabajo de sueño, de trabajo de duelo, de trabajo de creación. Es una dimensión que me parece esencial, y que muchos lectores experimentan aun cuando provengan de medios modestos, aunque, claro, no empleen esas palabras para hablar de ella. Sin embargo, y es curioso, ese hecho experimentado de forma regular muchas veces es silenciado o pasa inadvertido. No es algo del orden de la “educación”, ni del “placer”, y las diferenciaciones usuales que

posibilidades polisémicas del término francés. Lo mismo se aplica a otros términos de psicoanálisis empleados en este capítulo. [N.T.]

[11] *Le corps de l’oeuvre*, París, Gallimard, 1981, pp. 45-46.

oponen entre sí las “lecturas útiles” y las “lecturas de distracción” no permiten describirlo. Para que entendamos un poco mejor de qué manera puede la lectura trabajar al lector, citaré primero a una serie de jóvenes con quienes nos entrevistamos.

La primera se llama Fanny y tiene veintiún años. Dice: “Me gusta cuando hay libertad para el lector. Las novelas que no toman a los lectores por imbéciles, que no les explican todo, que nos dejan recorrer un poco nuestro propio camino”.

El segundo es Ridha. Lo citaré extensamente:

> Cuando era niño, el bibliotecario dejaba su trabajo a ratos y se ponía a contarles un cuento a los niños. A mí eso me llegó mucho; la sensación, la emoción que sentí en aquel momento, permaneció [...] es algo parecido al encuentro. No me dijeron: haz esto o haz aquello [...] sino que me mostraron algo, me hicieron entrar en un mundo. Me abrieron una puerta, una posibilidad, una alternativa entre miles tal vez, una manera de ver que no es necesariamente la que hay que seguir, que no es necesariamente la mía, pero que va a cambiar porque habrá tal vez otras puertas.
> Cuando era chico, cada uno de los libros era una alternativa, una posibilidad de encontrar salidas, soluciones a problemas, y cada uno era una persona, una individualidad a la cual podía conocer en el mundo. A través de la diversidad de los libros y de las historias, hay una diversidad de las cosas, y es como la diversidad de los seres que pueblan este mundo y a los que quisiéramos conocer en su totalidad; y nos parece una lástima que dentro de cien años no estaremos aquí y no habremos conocido al que vive en Brasil o al que vive en otro lugar [...].
> Si no hubiera diversidad, si no hubiera más que un solo color, sería monótono. Si uno entra en un jardín, claro, flores amarillas en un prado, eso provoca placer, pero es mucho más hermoso conocer otros prados con flores diferentes; pero si no tiene uno más que flores amarillas por todo el planeta, en algún momento se harta uno del amarillo... La diversidad enriquece al ser.
> Creo que el sentimiento de asfixia experimentado por un ser humano se da cuando siente que todo está inmóvil, que todo a su alrededor está petrificado [...] Si realmente es una persona que está débil, que se encuentra en una situación que le impide moverse, es desesperante.
> La biblioteca ideal es una biblioteca que hace soñar a los niños, que no les impone ideas o imágenes o historias, sino que les muestra posibilidades, alternativas. Estas cosas tienen una relación profunda más tarde en su vida adulta. Leer historias simplemente, tal vez por el puro placer de contar, mostrar que se puede soñar y que hay salidas y que no todo está inmóvil. Que uno inventa su vida, que es posible inventarse la vida. Y que para inventar su vida tal vez deba tener antes materia prima, que sea necesario haber soñado para poder soñar y crear.
> La búsqueda de sí mismo, el encuentro consigo mismo, es la cosa más importante para un ser humano, para un individuo.

Estas reflexiones son de una gran riqueza; este muchacho toca lo esencial, en muchos puntos, me parece. Habré de precisar que tiene veintidós años, que proviene de una familia muy numerosa, que sus padres llegaron e Argelia y no saben leer ni escribir. Por desgracia tuvo que interrumpir sus estudios y es cobrador de autobús en la ciudad donde vive.

Citaré a otro muchacho, Daoud, de origen senegalés. Dice:

> La lectura para mí no es una diversión, es algo que me construye. La biblioteca me dio la posibilidad de imaginar películas, mis propias películas, como si fuera un realizador. Muchas veces iba allí a leer cómics, pero me quedaba en el área de los libros. Con esos librotes gordos, a veces leía el resumen, me imaginaba la historia, leía la primera página, la primera línea, y me contaba todo lo que pasaba.

Vean ustedes que Daoud, al igual que Ridha, asocia por principio el hecho de construirse con la alteración que produce el encuentro con un texto, incluso con sólo un renglón. A partir de esas palabras escritas por otro, le vienen imágenes y palabras y elabora su propia película, como dice. Esos muchachos están expresando, con sus palabras, lo mismo que el psicoanalista Didier Anzieu. Nos recuerdan que siempre es por medio de la intersubjetividad como se constituyen los seres humanos. Y que el lector no es una página en blanco donde se imprime el texto: introduce su fantasía entre líneas, la entrelaza con la del autor. Las palabras del autor hacen surgir sus propias palabras, su propio texto.

Ahora me apoyaré en un escritor. Durante estas jornadas habré de citar con frecuencia a escritores, porque ellos son lectores de excelencia que suelen observar con mucha fineza lo que les sucede al leer. Citaré a un antillano, Patrick Chamoiseau. En un libro que se intitula *Camino de la escuela*, evoca su relación con la lengua y con la escuela durante su niñez. El libro está construido en dos tiempos: primer tiempo, “las ganas”; segundo tiempo, “la supervivencia”.

En el primer tiempo, el jovencito, el “negrito”, como dice Chamoiseau, vive fascinado por esa escuela a la que asisten sus hermanos y hermanas mayores; fascinado por esas letras que trazan en sus cuadernos o en las divisiones del corredor de la casa. Un día su hermano escribe cuidadosamente algo a la altura de sus ojos. Y cito:

> -¡Adivina qué es! –le dice.
> -¿Qué es?
> -Es tu nombre lo que ves... ¡Estás ahí dentro! –le reveló con una crispación de brujo.
> El negrito se veía a sí mismo ahí, apresado todo él en un trazo de gis.
> ¡Así pues, podían borrarlo del mundo! [...]

Entonces el niño decide copiar mil veces, sacando la lengua, el trazo de su nombre, “para proliferar y así evitar un genocidio”. Y de este modo conoce “el placer de aprisionar pedazos de la realidad en sus trazos con gis”.

Fascinado por la escritura y también por los libros, se aventura a explorar una caja en la que su madre ha guardado obras de Julio Verne, Lewis Carroll, Stevenson, Daniel Defoe, en el fondo de un armario, bajo unas ropas de luto. Sus hermanos y hermanas habían recibido esos libros como premios en la escuela. Cito nuevamente:

> El negrito recomponía los libros a partir de las imágenes, imaginaba historias y se esforzaba por encontrarlas en los textos impresos siempre indescifrables [...] Construía sus propios relatos, los difuminaba entre las

> letras incomprensibles y los seguía oscuramente, frase a frase, de ese modo, hasta el final. Aprendió a amplificar un suceso para que correspondiera al número de líneas de una página. Pronto supo lanzarse desde una imagen hasta alcanzar la siguiente, adaptándose bien. Se hubiera dicho que estaba haciendo como si leyera; pero, en realidad, leía realmente lo que su delirante imaginación proyectaba cada vez en el libro.[12]

Aquí, el joven héroe, antes de saber descifrar, "lee" en el sentido en que el libro desencadena en él toda una actividad de fantasmización, de construcción narrativa. Y como el poder de descifrar las letras enigmáticas, igual que el de aprisionar pedazos del mundo con el gis, parecen provenir de la escuela, reclama sin cesar el derecho de poder asistir a ella.

Pronto se arrepentirá, tras unos tiempos felices en el jardín de niños. En la escuela primaria recibirá un aprendizaje que moldea ortopédicamente su cuerpo, su espíritu, su lengua. Y la imposición de una lengua extranjera contra el *créole*, a corregir su acento, a alejarse del habla de sus madres. Pero la lengua será también el instrumento de su supervivencia. Quiere comprender los misterios de la escritura, se sumerge en las letras, llena páginas enteras con su pluma, no para darle el gusto al maestro represivo sino para él mismo. Y Chamoiseau concluye su libro con estas palabras: "…en ese saqueo de su universo natal, en esa ruina interior tan invalidante, el negrito, agachado sobre su cuaderno, sin darse muy bien cuenta, ponía tinta en un rastro de supervivencia…"

A fin de cuentas, Chamoiseau se apropiará de esa lengua del colono que devastó su universo natal, aprenderá sus giros como muy pocos franceses. Pero también hará otra cosa: revolucionará sus formas, la convertirá en una lengua mosaico, engarzada con palabras tomadas de la diversidad caribeña.

Chamoiseau evoca en otro libro, *Écrire en pays dominé (Escribir en un país dominado)*, está inversión, este movimiento, desde el momento en que se es prisionero del trazo de las letras del otro, en que se está atrapado en la picota de una lengua o de una cultura colonial, hasta ese otro momento en que la escritura de los otros le da a uno un lugar y le permite hacerse de un espacio en la lengua, poco a poco, encontrando sus propias palabras, su propia manera de decir o de escribir. Observa ese poder fecundante de las palabras de un escritor: "Al final de una lectura, el mundo que se extrajo del libro sigue teniendo vida autónoma dentro de uno. Uno se ve forzado a crear nuevas historias a partir de ese mundo".[13] Evoca en especial una prisión en la que trabajó como educador, y a un joven recluso martiniqués a quien le lleva libros a escondidas. Una vez más la inversión sucederá, gracias a la lectura. Y no cualquier lectura; se trata de grandes escritores: Naipaul, Lezama Lima, Guillén, Faulkner, Amado, García Márquez, Roa Bastos, Asturias. Poco a poco, el Caribe, la América de las plantaciones van llenando la celda, y el joven se involucra en el juego. Cito:

[12] *Chemin d'école*, París, Folio-Gallimard, 1994, p. 200.
[13] *Écrire en pays dominé*, París Gallimard, 1997, p. 36.

> Leía. Escribía. Mi amistad reciente con el jefe de custodios me permitió conseguirle una máquina de escribir. Se dedicaba a ello todo el día, toda la noche [...] Viéndolo escribir, tomé conciencia del potencial de la lecto-escritura en una situación extrema. Mi nuevo amigo se había reconstituido una densidad que aniquilaba la represión carcelaria. Ya no era todo rencor sino todo voluntad. Se proyectaba con confianza. Irradiaba carretadas de energía.[14]

"Ya no era todo rencor sino todo voluntad". Aun cuando uno no sea antillano, toda cultura tiene una estructura colonial. Eso es al menos lo que dice el filósofo Jacques Derrida. Lo cito: "Toda cultura es originalmente colonial [...] Toda cultura se instituye mediante la imposición unilateral de una u otra 'política' de la lengua. Lo sabemos, el dominio empieza por el poder de nombrar las cosas, de imponer y legitimar las apelaciones"[15] Pero en el mismo libro, unas páginas más adelante, Derrida recuerda también el momento en que, siendo un joven judío criado en África del Norte, fue como "arponeado por la literatura y la filosofía francesas":

> Flechas de metal o de madera, cuerpo penetrante de palabras envidiables, temibles, inaccesibles incluso en el momento de entrar en mí; a esas frases había que adueñárselas, domesticarlas, ablandarlas [...] tal vez destruirlas, en todo caso marcarlas, transformarlas, tallarlas, hacerles incisiones, forjarlas, injertarlas al fuego, hacerlas darse de otra forma, para sí y en sí.

Y evoca ese sueño, no de herir la lengua o maltratarla, sino de hacerla convertirse en algo, "esa lengua que permanece intacta, siempre venerable y venerada".[16]

Nuevamente, ese movimiento del que hablaba Chamoiseau. Pero, de manera más amplia, aun cuando no lo lleve a uno a convertirse en escritor, la lectura puede, mediante un mecanismo parecido, hacernos un poco más aptos para enunciar nuestras propias palabras, nuestro propio texto, volvernos más los autores de nuestra propia vida.

En esa lectura, el escritor y el lector se construyen el uno al otro; el lector desplaza la obra del escritor, y el escritor desplaza al lector, revelando a veces en él a otro, diferente del que creía ser. Acabo de decir "el escritor" y no "el autor". Y hace ya un momento que para hablar del lector trabajado por su encuentro con un texto pasamos de la lectura en general a esa experiencia particular que es la lectura literaria. En efecto, en la literatura el escritor lleva a cabo un trabajo de desplazamiento de la lengua. Es lo que dice el semiólogo Roland Barthes. Él subraya la profunda fraternidad de la lengua y del poder: "el lenguaje es una legislación", dice, o también: "desde el momento que es preferida, aunque sea en la más profunda intimidad del sujeto, la lengua se pone al servicio el poder".[17] Pero Barthes observa también:

---

[14] *Ibid*., p. 90.

[15] *Le monolinguisme de l'autre*, París, Galilée, 1996, p. 68.

[16] *Ibid.*, p. 84.

[17] Leçon, París, Points-Seuil, 1978, pp. 12-14.

> No queda, por decirlo así, más que hacer trampa con la lengua, hacerle trampa a la lengua. A esta triquiñuela saludable, esta desviación, este magnífico engaño que permite escuchar la lengua fuera del poder, en el esplendor de una revolución permanente del lenguaje, yo la llamo: literatura [...] Las fuerzas de la libertad que se encuentran en la literatura no dependen de la persona civil, del compromiso político del escritor, que, después de todo, no es más que un "señor" entre otros, ni siquiera del contenido doctrinal de su obra, sino del trabajo de desplazamiento que ejerce sobre la lengua.[18]

No puedo analizar aquí exhaustivamente la experiencia de la lectura literaria; no estoy particularmente calificada para hacerlo, y serían necesarias no cuatro conferencias sino años. Quisiera simplemente plantear algunos elementos, parciales, fragmentarios. Los tomaré casi siempre, una vez más, de los escritores. Pero los volveremos a encontrar durante las próximas jornadas en boca de lectores menos eruditos.

Por ejemplo: leer le permite al lector, en ocasiones, descifrar su propia experiencia. Es el texto el que "lee" al lector, en cierto modo el que lo revela; es el texto el que sabe mucho de él, de las regiones de él que no sabía nombrar. Las palabras el texto constituyen al lector, lo suscitan.

En particular, los escritores ponen palabras en donde nos duele. Como escribe Jean Grenier: "Vine a dar testimonio, dice el escritor, vine a quitar ese peso que oprime vuestro pecho. No puede curarnos, pero le agradecemos que haya visto nuestro mal".[19] Las palabras pueden mantener el dolor o la pena a distancia; las palabras pueden mantener el dolor o la pena a distancia; las palabras que leemos, las que escribimos, las que escuchamos. Muchos escritores lo han expresado de diversas maneras. Como Rilke, al principio de los *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*: "Hice algo contra el miedo. Permanecí sentado y escribí". O el escritor austríaco Winckler, quien observa: "Con mis palabras dibujo una jaula alrededor del pavor". Y alrededor de nuestro propio pavor. De manera parecida, en el cuento por ejemplo, a diferencia de las pesadillas, los símbolos mantienen a distancia las sombras. El escritor suizo Nicolas Bouvier observa que en Japón los cuentos "administran y controlan la inmensa fauna de fantasmas maléficos que pueblan y recorren la noche, sobre todo en verano".[20]

Los escritores nos ayudan a ponerle un nombre a los estados de ánimo por los que pasamos, a apaciguarlos, a conocerlos mejor, a compartirlos. Gracias a sus historias, nosotros escribimos la nuestra, entre líneas. Y desde el momento en que tocan lo más profundo de la experiencia humana, la pérdida, el amor, el desconsuelo de la separación, la búsqueda de sentido, no hay razón para que los escritores no lleguen a todos y cada uno de nosotros. En efecto, es en ese punto, como podrán apreciarlo, donde los jóvenes lectores de sectores pobres pueden muchas veces encontrarse con ellos.

[18] *Ibid.*, pp. 16-17.

[19] Jean Grenier, *Inspirations méditerranéennes*, París, L'Imaginaire/Gallimard, 1998, p. 52.

[20] Nicolas Bouvier, *Comment va l'ecriture ce matin*, Ginebra, Slaktine, 1996, p. 108.

Cuentan con frecuencia cómo ciertos textos, nobles o humildes –aunque también algunas películas o canciones-, les ayudaron a vivir, a pensarse a sí mismos, a modificar un poco sus destinos. Y no sólo durante la adolescencia.

Una vez más me parece que con esta dimensión de la lectura en que la lectura "trabaja" al lector, estamos muy lejos de las divisiones establecidas que, por ejemplo, oponen entre sí a los partidarios de la lectura "útil" y a los de la lectura de "distracción". Cuando encuentro palabras que me perturban porque hacen posible que se diga lo más íntimo que yo sentía, ¿es esto algo "útil"?, ¿es esto "placer"? Para decirlo como Freud, tal vez es algo que está "más allá" del placer...

Gracias a esa forma de lectura, a esos encuentros, elaboramos un espacio interior, un país propio, incluso en contextos en los que parecía no habérsenos dejado ningún espacio personal, como en el caso del joven martiniqués preso. Es también un poco lo que dice ese otro escritor, Pascal Quignard, para quien la página leída "es el otro mundo, que se opone a todos los lugares en los que se ramifica la familia y en los que encajan la ciudad pequeña, la nación, y el conjunto de los contemporáneos".[21] O es lo que dice Agiba, una joven que entrevisté, y que adora leer desde que era niña: "Tenía un secreto para mí, era mi universo propio. Mis imágenes, mis libros, y todo eso. Mi mundo propio está en los sueños".

Ese mundo, como ella observa, tiene que ver con el secreto. Por un lado es para protegerse de la represión que se cierne sobre todo lo que atañe a la intimidad. Hablaré de esa represión cuando me ocupe del miedo al libro. Pero creo que esa dimensión del secreto no tiene como única función preservarse de la intrusión de los padres o de los educadores indiscretos. Existe también la idea de que toda verdadera palabra tiene algo oculto. Muchos escritores lo han dicho: la lectura tiene que ver con el secreto, con la noche, con el amor y con la disolución de la identidad. Por ello, como el amor, recurre al pudor. Marguerite Duras observaba durante una entrevista: "Es posible que siempre leamos en la penumbra [...] La lectura es el orden de la oscuridad de la noche. Incluso cuando se lee en pleno día, al exterior, la noche se instala alrededor del libro".[22] Y Michel de Certeau: "Leer es estar en otra parte; ahí donde no están, en otro mundo [...] es crear rincones de sombra y de noche en una existencia sometida a la transparencia tecnocrática [...]".[23]

Este espacio íntimo que instaura la lectura no es sólo un engaño o una huida. Puede serlo, a veces: uno se consuela de las vidas, de los amores que no se vivieron, con las historias de los demás. Pero es más bien una manera de fugarse, una escapatoria hacia un lugar en el que no se depende de los demás, cuando todo parece estar cerrado. Eso nos deja ver que es posible otra cosa, que puede existir otra cosa. Ese espacio íntimo está muy poblado. En él

[21] Pascal Quignard, *Vie secrète*, París, Gallimard, 1998, p. 211.
[22] Marguerite Duras, "Entrevista con Michèle Porte", en *Le Camion*, París, Minuit, 1977.
[23] Michel de Certeau, "Lire: un braconnage", op. cit., p. 291.

vagabundean fragmentos de frases, escritas o dichas por otros, que hemos recogido y que revelaron esa parte oculta de nosotros.

Y ese espacio íntimo nos hace ser, nos da "lugar". A partir de ahí, a partir de esa otra manera de habitar el tiempo que surge cuando leemos, tenemos otra percepción de lo que nos rodea. Y podemos darle un sentido a nuestra vida, construir el sentido. ¿Cómo? Con historias, dice salman Rushdie. "Las historias son la forma en que nos construimos." Dice también, en Patrias imaginarias: "La significación es un edificio que construimos con fragmentos, con dogmas, con heridas de infancia, con artículos de periódicos, con comentarios al azar, con viejas películas, con pequeñas victorias, con gente que odiamos, con gente que queremos".[24]

Me parece que tiene razón, vamos construyendo artesanalmente el sentido a partir de fragmentos sacados de aquí y de allá. el sentido no es, o ha dejado de ser, en nuestra época el fin de las ideologías, un sistema total que dice la última palabra, la razón de ser de nuestra presencia sobre la Tierra. Una cita más acerca de esa búsqueda de sentido, esta vez de un escritor estadounidense, Richard Ford: el narrador, al evocar a su padre que leía para él, dice lo siguiente: "Al leer para mí, intentaba tal vez decirme: 'No lo sabemos todo. La vida tiene más sentido de lo que parece. Hay que prestar atención'".[25] El sentido no es algo que esté allí: es algo hacia lo cual se tiende, un movimiento, una disposición, una capacidad de acoger, una forma de estar atento.

La lectura nos da, a veces, el sostén de una definición. De una puesta en orden, en forma. Se siente que hay en ella, en ciertos textos escritos por escritores, un poco más de verdad que en otras formas de expresión lingüística. Que el escritor rompe los estereotipos, desempolva el lenguaje, expulsa los clichés; el buen escritor, al menos. Y que es uno de los pocos que habla de las contradicciones y las ambivalencias que nos constituyen. Inclusive, es sobre esas contradicciones, esa parte de sombra en el interior del ser humano, sobre lo que trabaja, las más de las veces.

He presentado, así, algunos fragmentos a propósito de la experiencia literaria. Me he apoyado en esos lectores muy letrados y muy cultos que son los escritores. Pero, como ya dije, les mostraré que, con otras palabras, muchos lectores jóvenes de sectores pobres expresaron cosas parecidas. Y quisiera hacer hincapié en el hecho de que la lectura literaria, cuando constituye una experiencia singular, no es una coquetería de salón. Por desgracia, cuando se es pobre, en la mayoría de los casos se desconoce esa experiencia, porque no se tiene acceso a los libros, o sólo a ciertos libros, y se piensa que los otros no son para uno. También ese tema lo volveremos a tratar.

No obstante, hay personas e sectores pobres que han tenido la fortuna de acceder a la lectura, y que han conocido, a veces a través de un solo texto, toda la amplitud de la experiencia de la lectura. En ese texto, encontraron palabras que los alteraron, que los

[24] Salman Rushdie, *Patries imaginaires*, París, 10/18-Christian Bourgois, 1993, p. 23.

[25] Richard Ford, Une situation difficile, París, L'Olivier, 1998, p. 10.

"trabajaron", muchas veces tiempo después de haberlas leído. Por el contrario, hay gente nacida en los barrios ricos que habla de literatura en los salones y que nos hace sentir, al escucharla, que nunca ha conocido esa experiencia, esa alteración. No ha buscado en los libros más que la forma de impresionar a sus amigos. Habla de la literatura y es como si personas frígidas le hablaran a uno sobre el amor carnal.

En el punto más alejado de los salones, podemos recordar también cómo las palabras de los poetas han ayudado a "aguantar" a quienes eran prese de extremos sufrimientos; podemos evocar a todos los que, en medio del dolor, conservaron la dignidad recitando versos. Recordemos el papel que desempeñaron para tanta gente, en los campos de concentración, durante la segunda Guerra Mundial. O, para otros, en los campos estalinianos. De manera más general, quisiera decir que tal vez no haya nada peor que estar privado de las palabras para darle un sentido a lo que uno vive. Y nada peor que la humillación, en el mundo actual, de quedarse fuera del lenguaje escrito.

Les confiaré ahora un recuerdo, no sin emoción. Cada año viajo un poco por Grecia, y hablo bastante bien el griego moderno. Un verano, durante uno de estos viajes, conocí en el campo a una mujer de edad que me contó su vida. Nació en una familia de diez hijos, y fue adoptada muy niña por un tío que necesitaba una pastora. Pero era tan curiosa, que la maestra rural consiguió que la dejaran ir unos meses a la escuela, hasta esa mañana en que el tío fue a buscarla para mandarla a pastorear cabras. Ella nos dijo: "Y cada día de mi vida, en el medio de las bestias, dibujé en la tierra con un palito las letras de mi nombre, para que el sueño no se las llevara".

Esa historia me parece conmovedora. Se la confío solamente para recordar cómo puede uno sentirse fuera del mundo cuando no ha podido apropiarse del lenguaje escrito. Hemos aprendido a mirar de otra manera las civilizaciones orales, sabemos que podían ser territorios de una gran cultura. Pero en la actualidad, en la mayoría de las sociedades, estar fuera del lenguaje escrito es estar fuera del mundo. Muchas personas que no tuvieron acceso al lenguaje escrito o que no conocen sus costumbres, se sienten agobiadas por la indignidad. Por ello disiento en este punto con algunos de mis colegas antropólogos que, en nombre de los principios más nobles, querrían mantener lejos de la contaminación del lenguaje escrito a tal o cual grupo étnico, para preservar su particularidad.

En sentido inverso, mediante el hecho de compartir a través de la lectura, cada quien puede sentir su pertenencia a algo, a esta humanidad, a nuestro tiempo, a tiempos pasados, de aquí o de otra parte, que pueden resultarle cercanos. Si el hecho de leer puede abrir hacia el otro, no es solamente por las formas de sociabilidad y las conversaciones que se dan en torno a los libros. Es también por el hecho de que al experimentar, en un texto, tanto la propia verdad íntima como la humanidad compartida con los demás, cambia la relación con el prójimo. Leer no aísla del mundo. Leer introduce en el

mundo de forma diferente. Lo más íntimo puede alcanzar en este acto lo más universal.

La pobreza material es temible porque se carece no sólo de los bienes de consumo que hacen la vida menos pesada, más fácil, más agradable; no sólo de los medios para proteger la propia intimidad, sino también de los bienes culturales que confieren dignidad, inteligencia de sí mismo y del mundo, poesía, y además intercambios que se entrelazan con esos bienes. La pobreza impide formar parte de una sociedad, estar ligado con el mundo a través de lo que produjeron quienes lo componen: esos objetos culturales que circulan y que desembocan en otros círculos diferentes del parentesco o del barrio, que son el espacio de lo íntimo y de lo que se comparte más allá de las fronteras del espacio familiar. Y para pensarse, para definirse, muchas veces no les queda a los pobres más que el pertenecer a una comunidad mítica, o a un territorio, o incluso a una acerca de la calle.

Pues bien, he hecho un largo periplo por esas dos vertientes de la lectura, deteniéndome en la segunda, en la que el lector dialoga con el texto, en la que es trabajado, alterado por ese texto.

Del lado de los lectores

Pero regreso ahora a mi intención primera. Les comentaba, hablando de esta inquietud respecto a la juventud, que en Francia, y es muy probable que también aquí en México, algunos sienten nostalgia por una lectura que permitiría encerrar, moldear, dominara a los jóvenes. De una lectura que, por lo tanto, pertenecería a la primera vertiente de la lectura.

De hecho, este tipo de nostalgia, no es nada nuevo. Abro aquí un pequeño paréntesis histórico. A fines del siglo XVIII, según los historiadores, tuvo lugar una de las revoluciones de la lectura, vinculada con la multiplicación de los libros y de los periódicos publicados, y con la disminución de los precios. En las ciudades de Europa, un número cada vez mayor de gente se apoderó así de estos nuevos impresos y los leyó sin medida y con desenvoltura. Y fue en ese momento cuando florecieron gran cantidad de pinturas, imágenes, descripciones literarias en las que se evocaba la lectura campesina. Voy a leerles algunas frases tomadas del libro de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*:[26]

> El mundo tan frecuentemente usado a finales del siglo [XVIII] por los pintores y los escritores, de una lectura campesina, patriarcal y bíblica, realizada durante las veladas por el padre de familia que leía en voz alta para toda la gente de la casa congregada ahí, nos habla de la añoranza de una lectura perdida. En esa representación ideal de la vida campesina, tan gustada por la élite letrada, la lectura comunitaria significa un mundo en el que el libro es reverenciado y en que se respeta la autoridad. Con esa figura mítica lo que se denuncia es, por lo que se ve, el gesto ordinario de una

[26] París, Seuil, 1997, p. 35.

> lectura contraria, citadina, negligente, desenvuelta. La “furia de la lectura”, descrita como un peligro para el orden político, como un “narcótico” que distrae de la verdadera Ilustración, o como un desorden de la imaginación y de los sentidos, resulta patente para todos los observadores contemporáneos. No cabe duda de que desempeña un papel esencial en la separación que empieza a darse entre los súbditos y su príncipe, entre los cristianos y sus iglesias en toda Europa, pero muy especialmente en Francia.

Me parece que, en la actualidad, puede observarse a veces una nostalgia del mismo tipo de entre la gente que se encuentra entre las filas del poder, ya sea político o universitario. Una añoranza de esa figura mítica que reúne a todos a su alrededor: el patriarca, que es el único que habla. Un deseo de restauración de esa autoridad antigua que precisamente la lectura contribuyó a debilitar. Vuelvo a la última frase de los historiadores: “[La furia de la lectura] desempeña indudablemente un papel esencial en la separación que empieza a darse entre los súbditos y su príncipe, entre los cristianos y sus iglesias en toda Europa, pero muy especialmente en Francia.”. A veces me pregunto si el miedo que los poderes sienten ante el libro no es en parte fantasmático, y si los peligros identificados con su difusión son reales. A esos historiadores, por su parte, no les cabe la menor duda. La lectura compartida vuelve más fluidas las adhesiones, ya sean familiares o comunitarias, o políticas y religiosas. Y, en efecto, muchas de las resistencias a la difusión de la lectura parecen deberse al temor de esas separaciones, como lo veremos más adelante.

Así pues, hay políticos, pero también intelectuales, que hacen un llamado a la restauración de una cohesión social perdida o amenazada; cohesión que, de hecho, se encuentra en una situación precaria en esta época en que se han acentuado los procesos de segregación. Y llaman al rescate a la cultura, a la que atribuyen poderes reparadores, reconciliadores. Les alarma, en particular, que los jóvenes, sobre todo los que viven en los suburbios de nuestras ciudades, no compartan “el patrimonio común”, florilegio de valores, de referencias que, como una red de palabras, debería mantener unidos a quienes componen una sociedad. En efecto, la juventud que causa preocupación en Francia es cierta juventud, la que vive en los barrios marginados, en la periferia de las ciudades. Es esta juventud la que tan a menudo invocan los medios de comunicación, asociándola con el aumento de la violencia, la delincuencia, el tráfico de drogas. Según esos políticos y esos intelectuales, correspondería a los educadores, a los bibliotecarios, llevar a esos jóvenes marginados a una especie de rito de paso, de obligación de pertenecer, mediante el acto de compartir grandes textos. Volvemos a encontrar en esos discursos la creencia antigua de que los textos escritos podrían modelar a quienes los descifran, y que ciertos textos considerados fundadores podrían imprimirse en ellos como si fueran páginas en blanco, hasta que los lectores se asemejaran poco a poco a lo que ingieren. Como pueden ver, nos encontramos en la primera vertiente de la lectura.

Se habrán dado cuenta de que no es ése el punto de vista que elegí al trabajar sobre la lectura. Y, particularmente, no es el punto de vista por el que opté cuando coordiné una investigación para el ministerio francés de Cultura, cuyo objeto era evaluar el papel de las bibliotecas públicas y de la lectura entre los jóvenes habitantes precisamente de esos barrios marginados, en la lucha contra los procesos de exclusión, y de marginación.[27] Fue en el transcurso de esta investigación, más que durante el trabajo que llevé a cabo sobre la lectura en el medio rural, cuando entendí a fondo lo que está en juego en la democratización de la lectura. Me referiré, pues, con frecuencia a dicho estudio durante estas conferencias, y ahora voy a decirles un poco de qué se trata. Los suburbios franceses pueden parecer muy alejados de México. Si embargo, creo que en las experiencias de esos jóvenes de otro continente, con una historia completamente diferente, tal vez encuentren ustedes material para la comparación, para el cuestionamiento, para la sorpresa.

Si pude entender mejor lo que está en juego en la democratización de la lectura, se lo debo a los jóvenes que conocí. Tanto en esta investigación como en la que se refería a la lectura en el medio rural, elegí situarme del lado de los lectores, y me gustaría explicarles un poco mi proceder, e incluso invitarlos a pasar tras bambalinas.

En principio eso no se debe hacer: un investigador explica el interés objetivo de su investigación, desarrolla su problemática, su metodología, pero no se supone que deba llevar a escucha o al lector hasta la cocina, y menos aún evocar su subjetividad. En teoría, incluso debería llevar su investigación lo más lejos posible de su subjetividad, aunque esto nunca ocurra, sea o no consciente de ello. Pero el hecho de estar lejos de mi país, lejos de la mutua intimidación que predomina en los círculos universitarios, me da un poco de libertad. Bueno, pues la primera cosa que hice antes de contestar a la licitación que recibí del Ministerio de Cultura sobre este punto, fie tratar de recuperar a la adolescente que había en mí, acordarme de la representación del mundo que tenía en aquel entonces. Claro está que mi percepción era singular y estaba enteramente vinculada a ni historia personal y familiar. Claro está que, desde entonces, el mundo había cambiado, ¡y con qué rapidez! No obstante pensaba que tal vez parte de la experiencia de la adolescencia perduraba por encima de las generaciones. Por encima de los países e, incluso, tal vez, de los sexos, pese a que el cuerpo diferentemente sexuado determina, entre los muchachos y las muchachas, formas muy diferentes de entendimiento de sí mismo y del mundo.

Para refrescarme las ideas dejé de lado los tratados de ciencias sociales y me fui a ver películas. Los artistas conservan una proximidad con el niño o el adolescente que un día fueron, se dejan inundar por él. En ese momento, había en cartelera varias películas producidas por nuestra estación cultural, “Arte”, realizadas por cineastas de diferentes generaciones que precisamente llevaban su

[27] *De la bibliothèque au droit de cité. Parcours de jeunes* (Michèle Petit, Chantal Balley, Raymonde Ladrefoux, con la colaboración de Isabelle Rossignol, París, BPI/Centre Georges Pompidou, 1997, 365 p.)

adolescencia a la pantalla. Pensé también en otras películas sobre la adolescencia o la juventud, grandes clásicos como *Furia de vivir*, de Nicholas Ray, por ejemplo.

A medida que veía esas imágenes, lo que más me llamaba la atención –claro que entre muchos otros aspectos-, era que la adolescencia, la juventud, es un poco la época en la que uno se dice a sí mismo, como escribía Dostoievski en *Notas de un subterráneo*; "Yo soy uno y ellos son todos".

O, para decirlo de otra forma: es la época en la que se tiene la impresión de que el mundo está lleno, de que los lugares están ocupados, de que las casas están ya construidas, los libros han sido escritos, los saberes se han constituido, los árboles están sembrados, desde hace una eternidad. Y que la gente se extiende por todos lados. Para encontrar lugar será necesario, por lo tanto, remover todo eso. Y eso no tiene ni la menor intención de dejarse remover. Tener quince años con frecuencia es ese sentimiento: el mundo está lleno, ¿dónde diablos podré colocarme?

Yo lo había vivido en los años sesenta, y no debía ser la única, puesto que éramos millones por las calles de París y de otras ciudades del mundo los que, en mayo de 1968, gritábamos contra este mundo inmutable, regido por la gerontocracia, en el que teníamos la impresión de que todo estaba bloqueado. Los tiempos habían cambiado desde entonces, pero al ver esas películas me encontré de nuevo, en el caso de otras generaciones, con la misma impresión de que el mundo ya ahí pesaba con todo su peso, ocupaba todo el espacio. Lo que era diferente en las películas en las que se evocaban adolescencias más recientes, era una violencia mayor, más conductas autodestructivas, la omnipresencia de la droga. Pero no idealicemos demasiado el pasado. En mi país, en 1914, cuando lo mandaban a uno a morir en el frente no era nada fácil tener dieciocho años, o en 1940, durante la debacle ante el ejército alemán, o en los años cincuenta, cuando lo mandaban a uno a combatir en las guerras coloniales. Y para una muchacha tampoco era fácil vivir con medios contraceptivos improvisados, tener que recurrir a abortos clandestinos arriesgando su vida y con el peligro de ir a la cárcel, no tener derecho al voto y llevar, en todos los campos, una existencia de segundo plano. Al menos ya no estamos en ese punto. Les dejo a ustedes, una vez más, la tarea de trasponer. Me imagino que la vida de un hombre o de una mujer jóvenes en México tampoco debe haber sido, en muchos momentos del siglo, un lecho de rosas.

Al ver esas películas encontré también otra cosa: la adolescencia, en todas las épocas, tanto para muchachos como para muchachas de todas las categorías sociales y todos los países, es también un momento de "crecimiento pulsional", como dicen los psicoanalistas; son años en que el cuerpo se transforma totalmente. Las muchachas se encuentran atrapadas por miradas que las convierten en presa. Los muchachos quisieran que su cuerpo creciera más rápido, ya que las muchachas desvían su atención hacia los que son más grandes que ellas. Todos se enfrentan con emociones,

deseos, pulsiones que temen no poder controlar. Tienen miedo de sí mismos. Miedo del miedo que inspiran a los adultos, esos adultos por los que se sienten radicalmente incomprendidos. Miedo de ser los únicos en el mundo que sienten lo que les ocurre. Creo que la soledad del adolescente puede resultar temible. Aun cuando en esa época se viva muchas veces en pandilla. Porque la mayor parte del tiempo, la pandilla es despiadada, lo obliga a uno a alardear, a nunca dejar la máscara, puesto que todos nutren su seguridad a expensas del que deja percibir la más mínima fisura.

Así pues, tenemos un mundo exterior que se percibe como hostil, excluyente, que deja muy poco lugar, y de hecho las generaciones de mayor edad ven con ojos muy ambivalentes a esos rivales en potencia. Y tenemos, además, un mundo interior extraño, inquietante. Una edad de los más incómoda, de los más exaltante y exaltada a veces, puesto que en ella el radicalismo de las pulsiones también pone su marca en lo ideal.

Edad en la que no se sabe cómo definirse. Y en la que se tiene miedo también de las definiciones. Un momento en que habría que estar, más que en otros, informado sobre lo que le está pasando a uno. Encontrar palabras que le muestren a uno que en el fondo no hace más que compartir afectos, tensiones y angustias universales, aun cuando se declinen de forma muy diferente según hayamos nacido niña o niño, rico o pobre, en tal o cual rincón del mundo.

En el momento de redactar este proyecto de investigación vi también un programa de televisión que había grabado hacía tiempo, porque me pareció peculiar. Trataba de un cantante de *rap* muy conocida en Francia que se llama MC Solaar. Éste, un adolescente venido de Chad que se crió en los suburbios, contaba cómo había entrado un día, en París: “en un tesoro, una gran biblioteca donde uno no está orientado por obligaciones escolares, en donde puede escoger el libro que quiera, el periódico que quiera, ver microfilms, películas... tomarse su tiempo. Además hay mucho de donde escoger, muchas cosas que no ha encontrado en la escuela”.[28] Regresó a ella, desarrolló un gusto por los escritores, en particular por escritores difíciles. Y fue ahí donde se convirtió, como él decía, en un “torero verbal”, un domador de palabras, un loco de la lengua a la que le imprimió ciertos giros de su cosecha.

Igual que el escritor antillano Chamoiseau, igual que el preso del que hablaba Chamoiseau, igual que el filósofo Jacques Derrida, MC Solaar había inventado su propia forma de decir, su propia manera de cantar, incursionando día tras día en los libros de otros.

Así pues, hice la introducción del proyecto de investigación con la historia de este cantante, y expliqué que pensábamos analizar historias singulares, insistiendo en esta dimensión de la apropiación, en estos encuentros, en estos diálogos con los textos. Y en que queríamos identificar, en esas historias singulares, los desplazamientos de todo tipo que la lectura y la biblioteca favorecen. Nos colocábamos, pues, en la segunda vertiente de la lectura. Y digo “nos” porque integrábamos el proyecto cinco investigadoras con

[28] Entrevista realizada para el programa Fréquenstar, M6, en 1993.

formaciones diferentes. Las voy a nombrar, tal como hacen los cantantes en un momento de su espectáculo para presentar a los músicos, porque sin músicos no estarían allí: Chantal Balley y Raymonde Ladefroux, feógrafas; Gladys Andrade, sociolingüista; Isabelle Rossignol, que acababa de terminar una tesis sobre los talleres de escritura, y yo, que tengo un punto de vista más antropológico.

Nuestro proyecto fue seleccionado y así fue como empezamos a estudiar cuál puede ser el papel de las bibliotecas públicas en la lucha contra los procesos de exclusión y relegación, analizando no la forma en que los jóvenes recibían o no una lluvia de buenos textos destinados a asegurar su adecuación a una supuesta "identidad francesa", sino de qué manera algunos se apropiaban activamente del contenido de una biblioteca, lo que hacían con él, y cómo modificaba esto sus vidas.

Para mí era muy importante, desde antes de estas investigaciones sobre la lectura, no disociar lo "social" de "los seres particulares e inteligentes"[29] que lo conforman. Mi itinerario intelectual y personal había sido muy influido por mi encuentro con el psicoanálisis. Había entendido que si bien los determinismos sociales tienen gran importancia, cada destino es también una historia particular, constituido por una memoria y sus lagunas, por acontecimientos, por encuentros, por movimiento. Cada uno de nosotros no solamente es asignable a un grupo, un espacio o un lugar en el orden social, del que no haría sino declinar rasgos, gustos, maneras de actuar y de pensar, características de su clase o de su grupo étnico. Él, o ella, se construye de forma singular, e intenta crear con las armas que puede asir, con mayor o menor éxito, un espacio en el que encuentre su lugar; trata de elaborar una relación con el mundo, con los demás, que le dé sentido a su vida.

Me parecía así que, si bien la integración social o la marginación eran resultado de transformaciones estructurales a gran escala, esos procesos se declinaban en historias singulares. A los largo de esas historias, había un juego de plazos diferentes, largo y corto. Por ejemplo, hay líneas divisorias entre categorías sociales, o estigmatizaciones respecto a tal o cual grupo social, con las que hay que arreglárselas a veces para toda la vida. O bien hay historias de familia, que se cuentan o se callan, lugares asignados en la fratría, maneras de decir o de hacer, representaciones o gustos heredados, que pesan con todo su peso en el largo plazo. Pero existen también discontinuidades, momentos clave, en un sentido o en otro, ya sea porque se salga uno del carril, o porque, al contrario, aproveche uno una ocasión, una oportunidad, proporcionada por un encuentro, para desplazarse un poco, para reorganizar su punto de vista.

Los seres humanos se constituyen siempre en la intersubjetividad –lo reitero-, y sus trayectorias pueden cambiar de rumbo después de algún encuentro. Esos encuentros, esas interacciones a veces son propiciadas por una biblioteca, ya sea que se trate del encuentro con un bibliotecario, con otros usuarios o con

[29] Expresión forjada por Montesquieu.

un escritor que está de paso. O que se trate también, claro está, de encuentros con los objetos que allí se encuentran. De algo que se aprende. O de la voz de un poeta, del deslumbramiento de un sabio o de un viajero, del gesto de un pintor, que pueden redescubrirse y ofrecerse para ser compartidos de una manera muy amplia, pero afectándonos en forma individual.

La experiencia del psicoanálisis me enseñó también que lo que determina en gran medida la vida de los seres humanos es el peso de las palabras o el peso de su ausencia. Por ello aproveché esta oportunidad de trabajar sobre la lectura y la relación con los libros, con la idea de que era un camino privilegiado para ver en qué medida y de qué manera podía uno abrirse hacia otros desplazamientos mediante el reacomodo de un universo simbólico, un universo de lenguaje, mediante el hallazgo de un margen de maniobra en el uso de la lengua.

De hecho, como veremos en la próxima jornada, la lectura y una biblioteca pueden contribuir a recomposiciones de la identidad como algo fijo, detenido en la imagen, sino por el contrario como un proceso abierto, inconcluso, como una conjunción de múltiples rasgos, en incesante devenir. Dichas recomposiciones se efectúan en una relación con eso que está “ya ahí”, el contenido de una biblioteca, una cultura, un patrimonio. Pero no se trata de un patrimonio inamovible, petrificado, al que uno se someta pasivamente para conformarse a ciertas normas.

En el fondo, lo que constituía el centro mismo de la investigación era todo lo que, en el hecho de frecuentar una biblioteca y leer, contribuye a volverse un poco más el actor de su propia vida. Todo lo que permite encontrar un poco de juego en el tablero de la sociedad. Todo lo que confiere una distancia crítica, un entendimiento de sí mismo, del otro, del mundo; todo lo que permite abrir un poco el espacio de los diversos posibles, y por lo mismo encontrar un lugar, pero encontrarlo en un mundo, en una sociedad a los que se transforma un poco, en los que uno tiene su parte, en los que uno se inscribe.

Estaba igualmente convencida de que esa elaboración de una identidad propia, singular, que la lectura contribuía a formar, era la única capaz de permitir el acceso a otras formas de sociabilidad, diferentes de las que preocupan a mucha gente a propósito de esos barrios “difíciles”. Y de que ésta podía constituir un fundamento de la ciudadanía, de ese derecho a tomar parte activa en las diferentes dimensiones de la vida social, a tener una opinión que cuenta. Y, por lo tanto, de que podía contribuir al mismo tiempo a darle un contenido vivo a la democracia.

Situarse del lado de los lectores también requería una metodología. Y, una vez más, fue del lado de la singularidad, y no de la representatividad, donde situamos esta investigación: escuchamos, uno por uno, a jóvenes cuya vida se había transformado debido a una biblioteca en uno u otro terreno, en uno u otro momento. En total, escuchamos a 90 de ellos, en entrevistas que muchas veces superaron las dos horas: esos jóvenes, que tienen

entre 15 y un poco más de treinta años, viven en seis ciudades situadas en diferentes contextos sociales y espaciales. Entonces puede decirse que son “atípicos”, puesto que entre ellos hay muchos buenos alumnos o personalidades fuertes. Pero lo que hace a la historia suelen ser los desfases entre los procesos sociales a gran escala y los movimientos singulares.

Quisimos hacer esas entrevistas muy libres, muy abiertas, especialmente cuando aparecía disgresiones imprevistas. Porque la parte esencial del trabajo de la entrevista consiste en ser lo más receptivo posible. Las disgresiones que no siempre tienen relación aparente con el tema son de hecho asociaciones libres que tienen sentido. Y a partir de lo que decían nuestros interlocutores, a partir de lo que parecía organizar su forma de decir, improvisamos réplicas, en función de hipótesis que surgieron *in situ*, y en las que interviene en parte la intuición. Más vale olvidar un tema de la guía de entrevista inicial que no escuchar lo imprevisto. Por otro lado, esta guía la pongo siempre a un lado en el momento de la entrevista. De otro modo no se entera uno de nada que no sepa ya. Una entrevista no es un cuestionario.

Además no hay que considerar tonta a la gente. Si desde el principio se anuncia el tema de una investigación, ellos entienden, y lo que enuncian a su vez se relaciona, poco o mucho con el tema. Poseen un saber sobre sí mismos, sobre sus experiencias, y de ellos obtiene su saber el investigador.

Hace un momento les dije que al escuchar a esos jóvenes comprendí mejor lo que está en juego en la lectura. Lo cual no significa que crea a pie juntillas todo lo que dicen. Pero me niego a adoptar la postura de la suspicacia sistemática que por mucho tiempo se aplicó en las ciencias sociales. Del mismo modo, creo que debe prestarse atención a la singularidad, cuidando de no reducir al otro a un “ejemplo” ambulante, una “muestra representativa” encarnada.

Estas entrevistas fueron grabadas y luego íntegramente transcritas, después de lo cual tuvimos a nuestra disposición 1500 páginas a renglón cerrado de material para analizar. Dicho análisis se llevó a cabo primero a través de una “lectura flotante”, que permitió identificar temas inesperados, palabras sorprendentes, y dejar que surgieran las relaciones. Una segunda lectura más sistemática se apoyó en diversos listados.

Por otro lado, las entrevistas se completaron con una observación en diferentes bibliotecas respecto a la organización del espacio, el acervo, las maneras de funcionar. Realizamos también largas entrevistas con los bibliotecarios y con personas que desempeñaban un papel particular en aquellos barrios, ya sea por sus funciones, por su oficio o por participar en alguna asociación. Y estudiamos la historia económica, social, cultural, política de cada uno de los lugares en los que investigamos.

Todo ellos nos permitió entender mejor la aportación de las bibliotecas en los campos en que desempeñan ya un papel tangible en la lucha contra los procesos de exclusión y relegación, pero

además pudimos identificar campos en los que ciertas utilizaciones menos visibles, más informales de estas bibliotecas permiten vaticinar que tal vez podrían acrecentar su campo de acción.

Por ello mi presentación de las jornadas siguientes se sustentará en gran medida en ese trabajo. No quisiera anticipar demasiado lo que les voy a plantear mañana. Pero podrán observar que para los jóvenes lo que está en juego en la lectura es múltiple. Y que hay un terreno en el que, para ellos, el libro es más importante que lo audiovisual: el terreno en el que permite acceder a la ensoñación y en el que permite construirse a sí mismo. La lectura puede incluso resultar vital cuando tienen la impresión de que algo los singulariza: una dificultad afectiva, la soledad, una hipersensibilidad, todas estas situaciones que comparte mucha gente, pero que muy a menudo se niegan. Los libros se ofrecen a ellos, y en mayor medida a ellas, cuando todo parece estar cerrado: sus heridas y sus esperanzas secretas otros supieron decirlas, con palabras que los liberan, que develan a aquel o aquella que no sabían qué eran.

Leer es por lo tanto la oportunidad de darse un tiempo para sí, en forma clandestina o discreta, en el que imaginan otras formas de lo posible, en el que reafirman cierta distancia, cierto “juego”, respecto a las maneras de pensar o de vivir de sus seres cercanos. En el que pueden conjugar sus formas de pertenencia, cuando se encuentran entre dos culturas, en vez de hacerse la guerra en su interior. En términos más generales, es un atajo que lleva a la elaboración de una identidad singular, abierta, en movimiento, que evita que se precipiten hacia los modelos establecidos de identidad que les aseguran su pertenencia total a una pandilla, una secta o una etnia.

Así pues, *el* libro por excelencia es para ellos la novela, la cual permite abrir la imaginación, ampliar el repertorio de las identificaciones posibles, dejarse llevar por la ensoñación subjetiva de un escritor. Sin embargo, pueden encontrar las palabras que les den acogida en textos muy diversos. Cazan furtivamente en los textos, prueban a que los conmuevan las palabras y se burlan de rúbricas, clasificaciones establecidas, líneas divisorias entre géneros más o menos legítimos. Las divisiones que establecen una oposición entre lecturas “útiles” y lecturas de “distracción” han dejado de tener validez; pueden divertirse con el movimiento de las estrellas, y pensar que es infinitamente “útil”, infinitamente valioso descubrir palabras que le den voz a sus temores ocultos o que le den sentido a su vida.

Igualmente imprevisible es la forma como reciben un texto: hacen que su fantasía se deslice entre líneas, desvían el sentido del texto. Con frecuencia sólo extraen de él algunos fragmentos, una frase, una metáfora, que copian o que olvidan muy pronto, pero que sin embargo desplaza el punto de vista desde donde se piensa o desde donde piensan su relación con el mundo. Pero a menos que tengan una mano particularmente afortunada, o cuenten con los consejos de un iniciador al libro intuitivo e inventivo, no cabe duda de

que entre más excursiones realicen, más posibilidades de encontrar una frase semejante tendrán.

He ahí, pues, algunos de los aspectos que trataremos en la jornada que sigue. Únicamente me gustaría agregar que los jóvenes no son marcianos y que, como usted o como yo, tienen una gran necesidad de saber, una necesidad de decir bien las cosas y de decirse bien, una necesidad de relatos que constituye nuestra especificidad humana. Tienen una exigencia poética, una necesidad de soñar, de imaginar, de encontrar sentido, de pensarse, de pensar su historia singular de muchacho o de muchacha dotado de un cuerpo sexuado y frágil, de un corazón impetuoso y que duda; de pulsiones y de sentimientos contradictorios que integran con dificultad, de una historia familiar compleja que muchas veces contiene lagunas. Sienten curiosidad por este mundo contemporáneo en el que se ven confrontados a tanta adversidad, y que les deja muy poco espacio. Tienen también, como verán, una gran necesidad de ser escuchados, reconocidos; una gran necesidad de dignidad, de intercambio, de encuentros personalizados.

Pero respecto a la aprehensión más precisa de los que serían sus "necesidades" o expectativas, respecto a traducir esas "necesidades" en términos de lecturas, diré desde ahora que no hay que confundir deseo y necesidad, ni reducir el deseo a una necesidad, porque de otro modo, siguiendo lo que dice el psicoanálisis, estaremos fabricando anoréxicos. Creo que un escritor o un bibliotecario, o un educador no encuentra a los jóvenes a partir de lo que él imagina que son sus "necesidades" o sus expectativas, sino dejándose trabajar por su propio deseo, por su propio inconsciente, por el adolescente o el niño que fue. Dejándose también trabajar por las preguntas del tiempo presente. Regresaremos a ese tema. Por lo pronto citaré únicamente una última frase, de un psicoanalista, Daniel Sibony: "El adolescente no es un animal que nace hacia los doce años y desaparece a los veinte. No es una entidad que se pueda delimitar, objetivar, sino un proceso con el que uno mismo está atrapado".[30]

Y ahora, espero que podamos abordar juntos el tema de la lectura y la juventud en este país de ustedes, y que entendamos en particular cómo se plantean las preguntas aquí, quién las plantea y de qué maneras. ¿Qué es lo que se dice en México sobre el tema? ¿Cómo se traduce la preocupación de la que hablaba Daniel Goldin y qué hace con ella? Como ven, soy yo la que empieza a hacer preguntas, pues grande es mi impaciencia por aprender cosas sobre su país, mientras que tal vez ustedes tenían deseos, antes de eso, de pedirme precisiones sobre algún punto. Les propongo, pues, que se inicie la discusión.

[30] Daniel Sibony. *Entre deux. L'origine en partage*, París, Seuil, 1991, p. 242.

SEGUNDA JORNADA
Lo que está en juego en la lectura hoy en día

Para evocar lo que está en juego en la lectura, a modo de entrada en materia quisiera citar a dos de los jóvenes que conocimos durante una de las investigaciones de las que hablé en la jornada anterior. El primero de esos chicos se llama Ridha; ya se los presenté: tiene veintedós años y sus padres dejaron Argelia para trasladarse a Francia durante los años sesenta:

> Hay un libro que yo tuve y que volví a encontrar aquí (en la biblioteca municipal), lo cual me dio mucho gusto. Está un poco estropeado pero al tocarlo sentí algo extraño. Hay recuerdos que se pierden pero con los que uno vuelve a encontrarse al tocar algún objeto. Lo que reencontré fue en primer lugar el placer de volverme a ver más o menos tal como fui cuando era niño, y no tengo fotos mías. Pero era aún más emotivo que una foto, me parece. Es como encontrar también algo como una referencia. Una experiencia, un rastro en un momento del camino. Uno siente una sensación agradable, pero dentro de uno se siente algo más fuerte aún, y es el ser dueño de su destino.

Lo que Ridha pone de manifiesto al evocar el momento en que reencontró al niño que había sido entre los anaqueles de una biblioteca, es que lo que está en juego es la identidad misma de quienes se acercan a los libros, su manera de representarse a sí mismos, de situarse, de tener una forma de acción sobre sus destinos; algo que supongo que tendremos oportunidad de ver a lo largo de esta alocución.

Ya escuchamos anteriormente lo que dijo el segundo chico al que quiero citar. Se llama Daoud, es de origen senegalés y tiene unos veinte años:

> Cuando se vive en los suburbios está uno destinado a tener malos estudios, a tener un trabajo asqueroso. Hay una gran cantidad de acontecimientos que lo hacen ir a uno en una cierta dirección. Yo supe esquivar eso, convertirme en anticonformista, irme por otro lado, ahí está mi lugar [...Los "rudos"] hacen lo que la sociedad espera que hagan y ya. Son violentos, son vulgares, son incultos. Dicen: "Yo vivo en los suburbios, entonces soy así", y yo ya fui como ellos. El hecho de tener bibliotecas como ésta me permitió entrar allí, venir, conocer otras gentes. Una biblioteca sirve para eso [...] Yo escogí mi vida y ellos no.

En este caso, de manera muy explícita, ven ustedes que es su destino mismo el que este chico siente haber cambiado gracias a su encuentro con una biblioteca y los bienes o las personas que ahí se conocen, lo cual le permitió apartarse del camino trazado de antemano, que lo llevaba directamente a toparse con un muro.

Entonces, ¿por qué es importante leer, por qué la lectura no es una actividad anodina, un entretenimiento como tantos otros? ¿Por qué en ciertas regiones y en cierto barrios una práctica escasa de la lectura (aún cuando no llega hasta el iletrismo) contribuye a volverlos más frágiles? Y a la inversa, ¿de qué forma puede la lectura ser una parte integral de la afirmación personal y del desarrollo de un barrio, de una región, de un país? De diversas maneras, por varios ángulos, en diferentes registros; es justamente esa pluralidad de registros lo que me parece importante. La verdadera democratización de la lectura, es poder acceder a voluntad, a la totalidad de la experiencia de la lectura, de sus diferentes registros. Pero, claro está, es un poco artificial distinguir entre esos registros, ya que con frecuencia se encuentran vinculados unos con otros. Intentémoslo no obstante.

Tener acceso al saber

Primer aspecto, el más conocido, la lectura es ya en sí un medio para tener acceso al saber, a los conocimientos formalizados, y por eso mismo puede modificar las líneas de nuestro destino escolar, profesional, social.

Gran número de los chicos y chicas que viven en barrios marginados mencionaron este aspecto, y expresaron la importancia que tenían para ellos la lectura y las bibliotecas como medio de acceso al saber. Por ejemplo Mourad: “Todo aquel que entra en una biblioteca, es porque quiere saber cosas. Es que quiere leer. Es que quiere aprender”. O Wassila:

> La biblioteca representa ya el lugar del saber, porque hay en ella muchos libros sobre los conocimientos históricos, científicos, matemáticos, astronómicos. Se encuentra también allí el arte en general, la pintura, la escultura [...] El saber equivale a la libertad porque difícilmente puede uno dejarse engañar.

Cuando organizábamos pláticas con la población rural, surgía también un tema muy frecuente: “Los niños son el saber, son lo que yo quisiera saber”.

Para los jóvenes de los barrios marginados, en su gran mayoría, el saber es lo que les brinda apoyo en su trayectoria escolar, y les permite constituir un capital cultural gracias al cual tendrán mayores oportunidades de abrirse paso hacia un empleo. Y la biblioteca es ya en sí un lugar en donde es posible encontrar documentos y libros de consulta que no tiene uno en casa, para preparar una exposición, hacer una monografía. Ya que, si bien algunas familias adquieren una enciclopedia para los niños, en general los libros son un objeto raro en el hogar, si no es que inexistente. “En la escuela”, dice Hocine, “nos piden cosas, no las conocemos, hay que ir a buscarlas a alguna parte, y ahí están las biblioteas.”

Leer en casa cuando se cuenta con medios para ello, o en la biblioteca, es también una manera de completar la enseñanza

adquirida en la escuela y en los manuales escolares, gracias a otras fuentes de información que permiten entender mejor. Como dice un chico: “En la escuela, en los libros, no lo explican muy bien, entonces uno va a la biblioteca a ver si hay algo más simple”. También pueden profundizar en un curso que les interesó, ya que a veces pueden contar con los consejos de un profesional. Además encuentran ahí un ambiente propicio para el estudio, un lugar tranquilo, en el que reina cierta disciplina. Un lugar en el que se apoyan los uno a los otros, a veces por el simple hecho de ver trabajar al otro. Escuchemos al chico:

> Me motivaba, porque yo veía a la gente a mi alrededor. Al mismo tiempo había un poco de tranquilidad, porque había gente que vigilaba. Era todo lo que yo podía desear para trabajar [...] Quería tener siempre ese contacto con los demás, buscaba esa motivación en los demás, y no en mí [...] En este lugar, todas las personas que vienen, vienen a trabajar...

También encontramos esta búsqueda del saber en las prácticas autodidácticas, que en particular se observan entre quienes ha interrumpido sus estudios o ha recibido una enseñanza técnica. Para algunos de nuestros entrevistados, leer constituye el acompañamiento “natural” de cada empresa, de cada proyecto. Tal es el caso de Christian, por ejemplo:

> Hace más o menos dos años, me fui tres meses a Senegal por parte del municipio, para un encuentro de ciudades hermanas. Y antes de eso fui a la biblioteca: tenía que encontrar libros sobre Senegal. El proyecto consistía en cultivar hortalizas... Y todo lo que era la horticultura, las verduras, las berenjenas, las papas, yo no sabía muy bien cómo sembrarlas, entonces por suerte había yo leído unos libros en la biblioteca [...] Después, empecé a estudiar floricultura. Así que necesité muchos libros, especialmente para las palabras en latín, etc. Estudié entre los libros de la biblioteca. El día de hoy ya alcancé mi meta, porque obtuve mi Certificado de Calificación Profesional. Hay que decir que para mí es importante porque, sea como sea, tuve problemas escolares, así que esto me permitió integrarme en una educación profesional. Hoy en día me oriento en gran medida hacia lo que tiene que ver con la gestión del agua. Por eso, el último libro que fui a buscar es sobre las técnicas del agua.

A través de la lectura, algunos obtuvieron información sobre oficios, sobre cursos de adiestramiento (como Guillaume, que ha leído sobre la profesión de entrenador de deportes “prácticamente todos los libros que hay aquí. Yo conocía ya mi asunto, me hizo profundizar en mis conocimientos”). Florian, por su parte, fue a consultar libros para buscarse un empleo:

> Están muy bien documentados, incluso tienen una sección nada más para el empleo, especializada. En esa sección hay diferentes entradas temáticas, las candidaturas, los métodos, el *currículum vitae*, los tests psicológicos, grafológicos, las instituciones dedicadas al adiestramiento [...] También está la educación complementaria, como las lenguas.

Otros, que han concluido su escolaridad, siguen leyendo y asistiendo a la biblioteca para documentarse sobre la vida cotidiana.

Tanto los muchachos como las muchachas evocan a veces libros de cocino, así como las revistas y libros de oficios manuales. La biblioteca puede ser la salvación de la mujer soltera como en el caso de Laure: "Lo que más me interesa es la decoración, todo lo que pueda ser más o menos manual, porque vivo sola, y es cierto que una se siente algo maniatada". O el caso de la joven que educa a sus hijos, como Magalí: "Tomé en préstamo muchas revistas para criar a mi hijo, o sobre manualidades, jardinería, y también me gustan las revistas en las que hay un poco de todo, reportajes sobre la naturaleza". Magalí consultó también libros "…sobre el desarrollo del niño, cuando esperaba mi segunda hija. Yo pensé: mi hija me va a hacer preguntas, entonces me documenté, vine un poco a consultar, pues, y aprendí de los libros. Yo creo que es tonto quedarse en la ignorancia sobre estos temas". Haljéa, por su parte, consulta el *Vidal* (un repertorio de las medicinas disponibles en el mercado, usado generalmente por los médicos y los farmacéuticos): "A veces, no sé para qué sirven ciertas medicinas, se me olvidó para qué son, tiramos la receta. Yo vengo, busco en el *Vidal*. Me interesa".

Formación, preparación de un proyecto, conocimiento necesario para la vida cotidiana. Así pues, las implicaciones de esos aprendizajes que uno hace por sí mismo, leyendo en su casa o en la biblioteca, son múltiples.

Leer para tener acceso al saber, en cualquier edad, es algo que puede ayudar además a no caer en la marginación, a conservar un poco los vínculos, a mantener el dominio sobre un mundo tan cambiante, en particular en lo que toca al acceso a diversos medios de información escrita. Daré ahora un ejemplo del medio rural, el del vinicultor, secretario del alcalde de una pequeña comunidad, que evoca la lectura refiriéndose a la adquisición de todas las informaciones necesarias para la gestión de su pueblo:

> En la alcaldía, hay una buena cantidad de libros; recibimos muchas revistas que hablan de la evolución de las leyes, de lo que se hace en la región; eso nos da una idea de lo que sucede. Dedicamos una hora por las noches a leer […] Nos pone en contexto. No cabe duda de que hay que estar al corriente.

En el pasado, muchos conocimientos podían ser transmitidos sin hacer uso de la escritura. La gente aprendía de una vez por todas las acciones que iba a repetir durante toda su vida. Hoy en día resulta cada vez más difícil estar aislado de la comunicación escrita, y cada vez más imprescindible tener la posibilidad a lo largo de la vida de iniciase en nuevas técnicas y ámbitos.

Además el saber, no lo olvidemos, no es tan sólo una cosa que se adquiere con la finalidad de darle un uso inmediato, práctico. Puede ser también un medio para no sentirse "tonto", para no estar al margen de su tiempo. Y esto es algo que se manifestaba repetidas veces, tanto en el medio rural como en el medio urbano marginado: "Aprendí a no ser una tonta que no sabe qué contestar", dice Zohra. Y Philippe: "Le permite a uno estar al corriente de todo y no dar la

impresión de ser tonto enfrente de los demás. Es sobre todo eso [...] Hay que conocer al menos las cosas de actualidad; si no, parece uno tonto".

El saber acumulado puede ser una manera de iniciar la conversación, o incluso de seducir: "Uno ha almacenado cosas, tiene más temas de conversación", dice Frédéric. Y Sophie añade: "Te da ideas para la conversación. Cuando hablas de lo que lees, de los libros [...] ¡La otra vez me ligué a un chico hablando de eso!"

Pero esas investigaciones rara vez son exclusivamente utilitarias, con fines profesionales o sociales. Muchas veces se considera al saber como la llave para alcanzar la dignidad y la libertad. Y la búsqueda de sentido no se encuentra muy lejos tampoco. Apropiarse de los conocimientos mediante el estudio de la historia, de las ciencias de la vida, de la astronomía, es una manera de ser parte del mundo, de comprenderlo mejor, de encontrar un lugar en él. En el primer registro de lectura coexisten así aprendizajes estrictamente funcionales, inducidos por la demanda escolar, por el ejercicio de un oficio, por las necesidades de la vida cotidiana; y aprendizajes en los que interviene una curiosidad personal, en los que se perfila un cuestionamiento propio.

Apropiarse de la lengua

Segundo aspecto de la lectura, que se evoca con frecuencia: la lectura es también una vía privilegiada para acceder a un uso más desenvuelto de la lengua, esa lengua que puede llegar a constituir una terrible barrera social.

Entre los jóvenes de barrios urbanos marginados, hay varios que mencionaron el papel que puede desempeñar la lectura para adquirir un conocimiento más amplio de la lengua. Observemos por otra parte que en muchos de esos jóvenes, ya sea que sus padres hayan nacido en Francia o que hayan llegado de otros países, hay un gusto real por la lengua, por ejemplo para Frédéric: "A mí me parece que el vocabulario no es bastante rico. Me parece también que la lengua es algo hermoso, que está hecha de sonoridad. Hay palabras que son horribles como *'carnage'* (matanza), pero pronunciadas son muy bonitas"". O para Mourad, un chico de quince años, fascinado por la época de la REvolución Francesa: "Me gusta mucho, sobre todo el lenguaje: muy elegante. Nada que ver con el de hoy. Un súper lenguaje". Pilar siente la misma fascinación por la forma adecuada de hablar o de escribir; la cito: "La palabra es algo tan importante; lo escrito es algo tan importante que cuando no lo tenemos, somos animales. Aquel que posee lo escrito es necesariamente alguien que registra su experiencia de vida y que puede comunicarla".

Esa lengua, que es un pasaporte esencial para encontrar un lugar en la sociedad, difiere de las que se hablan en familia y en la calle, y conocerla bien le garantiza a uno cierto prestigio. Oigamos a Malik:

> El francés que yo hablo con una compañera de clase no es realmente el mismo que yo hablo con mis amigos o con mi familia. No es para nada el mismo lenguaje [...] Para mí son realmente dos lenguas [...] en realidad tengo dos lenguas. Cuando quiero escribir en buen francés, me cuesta a veces encontrar la formulación exacta, porque tiendo a deformar como se deforma en la calle. Con mis amigos, a veces no puedo evitar emplear palabras complicadas; entonces me miran con los ojos bien abiertos, o se ríen, piensan: ya está en su papel de sabihondo.

O escuchemos también a Manu: "Cuando hablo con mis amigos, a veces me gusta usar, emplear ese vocabulario más literario, y me miran con extrañeza, y a mí me gusta, como si fuera yo mejor que ellos".

Entonces, al practicar la lectura, ¿perfecciona uno su conocimiento de la lengua, en particular de la lengua escrita? Entre los jóvenes que conocimos, las apreciaciones son contradictorias. Establecen una diferencia entre "buen alumno de francés" y "buen lector". Afida, por ejemplo, no mejoró su francés en la escuela, aunque devora los libros. Manu, en cambio, es categórico: la lectura lo ha ayudado mucho en ese campo, y más aún para sus estudios: "Todos los estudios se basan en eso. Todo lo que nos enseñan en francés, entonces para empezar hay que dominar la lengua". Jean-Michel es más ponderado: "Me gusta mucho la literatura, me gusta la redacción, pero sigo siendo igual de negado para la ortografía [hay que aclarar que la ortografía francesa es particularmente compleja]. Por el contrario desde el punto de vista de la sintaxis estaba muy contento, porque año con año lograba progresar".

En realidad, si atendemos a ciertas investigaciones, la práctica de la lectura no constituye una garantía de éxito escolar para los jóvenes franceses. Pero tal vez es diferente para los jóvenes inmigrados. Escuchemos a Pilar, cuyos padres son españoles: "Recuerdo muy bien los esfuerzos que hacía para construir bien las frases, para tener un vocabulario cada vez más variado. Y en eso, estoy segura de que los libros, básicamente, fueron algo que me ayudó enormemente". Y Mounir:

> Había dos aspectos: los libros que yo tomaba en préstamo para la escuela, y otros para mí, que me proporcionaban una apertura mental, un enriquecimiento de mi vocabulario, de mi manera de hablar, eso me ayudó mucho en las redacciones, en las disertaciones. El enriquecimiento del vocabulario me daba seguridad frente a una hoja en blanco.

El chico habló de la desventaja que representa la ausencia de "capital cultural legítimo", para hablar como el sociólogo Bourdieu, y del papel que desempeñaron la lectura y la biblioteca para vencer esa desventaja, en una estrategia deliberada de puesta al corriente:

> En primaria no tuve dificultades. Fue después, cuando entré a la secundaria *(collège).* Había otras personas, de otro tipo de familias, más bien francesas, de clases sociales... digamos... en que los padres eran maestros o investigadores, etc., ¡y ahí vi la diferencia entre ellos y yo! Había una gran diferencia en lo relativo a la cultura, a sus conocimientos. Hice todo lo que

> pude para ponerme al corriente, y por cierto lo logré, pero algo queda, luego, en cuanto a la forma de expresarse, a la extensión del vocabulario en las redacciones.

Pero apropiarse de la lengua, manejarla con un poco más de soltura es algo que va más allá de la cuestión de un mayor nivel de francés en la escuela, o de la continuación del programa escolar. Arriesgarse a tomar la palabra, arriesgarse a tomar la pluma son gestos propios de una ciudadanía activa, como lo veremos a partir de ejemplos que voy a tomar de la investigación sobre la lectura en el medio rural, en la que el tema de la lengua como barrera social se mencionó también con frecuencia.

Me gustaría citar, para empezar, a un campesino, Léonce Chaleil, que escribió un libro intitulado *La memoria del pueblo*, en el que dice: "No tener instrucción es también ser presa de todos los enredos de ese mundo, que es el mundo de los trámites burocráticos. Yo no sabía expresarme en las oficinas, era tímido. Puedo afirmar que un campesino prefiere trabajar dos días a presentarse diez minutos en una oficina".[31]

La evocación de la dificultad para adquirir una práctica desenvuelta de la lengua fue un tema recurrente entre nuestros interlocutores campesinos. Escuchemos por ejemplo cómo Roger, un agricultor autodidacta que adora leer, evoca las reuniones de padres de familia en las que participaba:

> En las reuniones me sentía chiquito, era tan tímido [...] empecé a intentar comprender, sobre todo escuchar, durante uno o dos años, y un día me dije: "Hay que tomar la palabra". Tal vez tartamudeé al hablar, me puse todo colorado [...] Así, poco a poco, aprendí a educarme. Permanecí nueve años en el consejo de padres de familia de la escuela. Los tres últimos años entré al consejo de administración en calidad de delegado de los padres de alumnos. En ese entonces estaba el señor Diputado, el señor Alcalde, el Consejero General. Es algo que enseña, sea como sea, tiene uno la obligación, cuando se habla, no hay que decir tonterías [...] En francés me las arreglo más o menos, no cometo muchos errores, pero hay que mencionar también que la lectura contribuye en algo: cuando escribo un discurso, si no me acuerdo de alguna cosa [...] usted sabe que hay tantos nombres en francés, hay por lo menos cuatro o cinco nombres para decir algo [...] Si busco una inspiración para una palabra, tomo a Louis Nucera [un escritor francés contemporáneo]: con las descripciones que hay ahí, me extrañaría no encontrar algo en menos de dos minutos.

Y en diferentes regiones rurales conocimos a gente que leía el diccionario, algunas veces metódicamente, letra por letra, preocupados por expresar correctamente y enriquecer su vocabulario. Muchos de ellos por cierto expresaron el orgullo que sentían de tener hijos o sobrinos que se habían convertido en maestros de escuela o en profesores de letras.

Encontramos cosas parecidas en los barrios urbanos periféricos, incluso con los chicos que rechazan la escuela, pero que están fascinados por los juegos de palabras de los *raperos*. Su

[31] Léonce Chaleil, *La Mémoire du village*, París, Stock, 1977, p. 314.

resentimiento hacia la cultura y las instituciones que las representan es proporcional, de hecho, a la fascinación que dicha cultura ejerce en ellos; y si bien a veces llegan a hacer alguna razzia en las bibliotecas, el primer libro que se "bajan" es, con frecuencia, el diccionario.

Todas las personas que conocimos, rurales o urbanas, saben que sin una cierta destreza para manejar la lengua no existe una verdadera ciudadanía. Y que el iletrado es aquel que siempre necesita ser asistido. Aquel que, también, al disponer de muy pocas palabras, muy pocos giros expresivos, es el más frágil ante los demagogos que aportan respuestas simplificadoras.

Y algunos de nuestros interlocutores nos contaron cómo el hecho de leer les proporcionó justamente las armas para atreverse a tomar la palabra, e incluso a rebelarse. Tal es el caso, por ejemplo, de Loïc, un antiguo marinero: "Empecé a leer [...] a ocuparme de 'su' política: me zumbaba en los oídos". Al igual que Roger, el agricultor autodidacta al que citaba hace un momento, que saca la inspiración para sus discursos de las obras de un escritor. Vemos en ello, de paso, que las formas de expresión literaria pueden surgir que es posible ocupar un lugar en la lengua, inventar una manera de decir propia, en vez de tener siempre que remitirse a los demás. Como lo expresa el psicoanalista tunecino Fethi Benslama: "Con la literatura, pasamos de una humanidad hecha por el texto a una humanidad que hace el texto".[32] Tendremos oportunidad de volver a hablar sobre el tema.

Construirse uno mismo

Pero la desigualdad en la habilidad para servirse del lenguaje no traduce simplemente una posición más o menos llena de gloria en el orden social. El lenguaje no es reductible a un instrumento, tiene que ver con la construcción de nosotros como sujetos parlantes. Y ya lo dije antes, lo que determina la vida del ser humano en gran medida el peso de las palabras, o el peso de su ausencia. Cuanto más capaz es uno de nombrar lo que vive, más apto será para vivirlo, y para transformarlo. Mientras que en el caso contrario, la dificultad de simbolizar puede ir acompañada de una agresividad incontrolable. Cuando carece uno de palabras para pensarse a sí mismo, para expresar su angustia, su coraje, sus esperanzas, no queda más que el cuerpo para hablar: ya sea el cuerpo que grita con todos sus síntomas, ya sea el enfrentamiento violento de un cuerpo con otro, la traducción en años violentos.

En esos barrios periféricos las construcciones no son lo único que a menudo está deteriorado, y tampoco el tejido social es el único que pueda ser afectado negativamente. Para una gran parte de los

[32] Cf. Pour Rushdie, Cent intellectuels árabes et musulmans pour la liberté d'expression, París, LaDécouverte/Carrefour des littératures/Colibri, 1993, p. 90.

que viven ahí, también está menoscabada la capacidad de simbolizar, la capacidad de imaginar y, por lo mismo, la de pensar un poco por sí mismos, de pensarse, y de tener un papel en la sociedad. Y la construcción psíquica, o la reconstrucción psíquica, resultan tan importantes como la rehabilitación de los barrios.

Ahora bien, la lectura puede ser, justamente, en todas las edades, un camino privilegiado para construirse uno mismo, para pensarse, para darle un sentido a la propia experiencia, un sentido a la propia vida, para darle voz a su sufrimiento, forma a los deseos, a los sueños propios. Me detendré en este tercer aspecto de la lectura, un aspecto muy rico, del que hablaron largo y tendido nuestros interlocutores. Alargaré mi charla sobre ese tema, por un lado porque me parece de gran importancia y, por otro porque, extrañamente, con frecuencia se le subestima o desconoce.

Si me parece de vital importancia es porque vivimos tiempos de desasosiego, de pérdida de las referencias que por mucho tiempo marcaron el derrotero de la vida. En Francia, según un reciente estudio, uno de cada cuatro jóvenes adopta conductas riesgosas y presenta alteraciones del comportamiento. En lo que toca a las conductas riesgosas, me parece que, desgraciadamente, México no se queda atrás. Y no sólo la violencia sino también el auge creciente de los fundamentalismos religiosos y de la extrema derecha, que en Francia son motivo de gran preocupación, son imputables por un lado a la exclusión económica, pero también a la fragilidad del sentimiento de identidad. El odio al otro, que se encuentra en el centro de esas derivas, tiene mucho que ver con el odio a sí mismo. Y los más desprovistos de referencias culturales son los más propensos a dejarse seducir por los que ofrecen prótesis para la identidad. Para no estar reducidos a tener que pensarse y definirse en términos únicamente negativos: como excluidos, como desempleados, como habitantes de un barrio estigmatizado, et., pueden tener la tentación de precipitarse sobre imágenes, sobre palabras, que recomponen mágicamente los pedazos. Y van a revertir su exclusión considerándose únicamente como frances de raza pura, o islamista, o adepto de tal o cual secta, o miembro de tal o cual territorio, etc. Conocen ustedes también, supongo –claro que de manera diferente-, esas “fiebres de identidad”, en reacción ante la exclusión y la marginación.

En relación con este punto, llegar a conocerse mejor, poder pensarse en su subjetividad, y mantener un sentimiento de individualidad, cobra una importancia aún mayor. Así se evita quedar expuesto a que una relación totalizadora con una banda, una secta, una etnia, una cofradía, una mezquita o un territorio, venga a traer el remedio para las crisis de las identidades, para la marginación económica y política. Si escuchamos a los jóvenes que conocimos y que evitaron casi todas esas trampas, nos damos cuenta de que lo que aportan la lectura y la biblioteca es la elaboración de una representación de sí más rica, más compleja, que protege un poco de abalanzarse dentro de este tipo de trampas, de quedarse detenido ante una imagen. Contrariamente a otras prácticas de uso de tiempo

libre que tienden a encerrar a sus seguidores en el interior de las tribus, y a confundir la identidad personal con el hogar, la lectura puede ser una vía privilegiada para inventar un camino particular, para construirse una identidad abierta, en evolución, no excluyente.

Evidentemente, desde la infancia desempeña la lectura un papel en el campo de la construcción de uno mismo, contribuyendo, por ejemplo, a abrir el campo de lo imaginario. Cito nuevamente a Ridha, ese joven de origen argelino que no tiene fotos suyas de cuando era chico. Él nos contó que un día de su infancia en que escuchaba a un bibliotecario leer *El libro de la selva*, algo dentro de él se abrió: había comprendido que existía algo diferente de lo que lo rodeaba, que nada era fatal: podía uno convertirse en otro, podía uno construir su cabaña en la jungla, encontrar ahí su lugar:

> Me gustaba porque El libro de la selva es un poco la historia de cómo arreglárselas en la jungla. Es el hombre que por su ahínco acaba siempre por dominar las cosas. El león es tal vez el patrón que no quiere darte trabajo o la gente que no te quiere, et. Y Mowgli se construye una cabañita, es como su hogar, y de hecho pone sus marcas. Se crea sus linderos.

Desde la infancia, la lectura pudo de esta manera constituir para estos jóvenes el espacio de apertura del campo de lo imaginario, el lugar de expansión del repertorio de las identificaciones posibles, mientras que los que estaban en las calles no tenían por modelos más que a algunos héroes de series policíacas, al traficante de drogas pavoneándose en su Mercedes-Benz y al fundamentalista islámico.

En la adolescencia o en la juventud, y durante toda la vida, los libros son también compañeros que consuelan, y en ellos encontramos a veces palabras que expresan lo más secreto, lo más íntimo que hay en nosotros. Porque la dificultad para encontrar un lugar en este mundo no es solamente económica: es también afectiva, social, sexual, existencial. Siempre está ahí el mito del pueblo o del barrio acogedor, pero uno puede sentirse muy solo en un medio rural, e igualmente solo en los suburbios de nuestras ciudades. Varios adolescentes o jóvenes adultos que viven en ellos hablaron de la dureza de las relaciones, de la obligación de vivir en actitud defensiva, del sentimiento de no ser comprendido. “Desde que era chica, tuve siempre amigas de mi clase, amigas de barrio, y pues, ahora, soy mi única amiga”, dice Aziza. Y Guo Long: “Yo no le hablo a nadie, le hablo a mi conciencia. Como decía el cantautor Goldman en alguna canción: ‘…cinco mil millones de gentes, pero tantos ausentes’”.

En las ciudades, al igual que en el campo, no siempre hay alguien a quien confiar sus penas, sus angustias, sus esperanzas, las palabras para formularlas pueden faltar, y el pudor puede amordazarlo a uno. Entonces, cuando se está a solas con un libro, a veces se da uno cuenta, por decirlo como el poeta belga Norge, de que “por suerte somos muchos los que estamos solos en el mundo”. Y en la literatura en particular, nos encontramos las palabras de

hombres y de mujeres que permiten a veces que se exprese lo más íntimo que hay en nosotros, que hacen surgir a la luz del día a aquel, o a aquella, que no sabíamos todavía que éramos. Palabras, imágenes, en las que encontramos un lugar para nosotros, que nos dan acogida, que dibujan nuestros rasgos. Palabras que hacen pensar. Como decía Breton en *El amor loco*, "es verdaderamente como si me hubiera perdido y de pronto alguien viniera a darme noticias de mí mismo". Textos que revelan al que lee, en el sentido en que se dice "revelar" una foto, que sacan a la luz lo que, hasta ese momento, se encontraba sellado y no podía decirse.

Esas palabras que uno encuentra, si bien pueden ser perturbadoras en un primer momento, tienen también la virtud singular de calmar, de brindar un alivio: es lo que dice Pilar:

> A través del libro, cuando uno tiene pensamientos, angustias, en fin, no sé muy bien, el hecho de saber que otras personas los han sentido, lo han expresado, eso yo creo que es muy muy importante. Es tal vez porque el otro lo dice mejor que yo. Hay una especie de fuerza, de vitalidad que emana de mí porque lo que esa persona dice, por *equis* razones yo lo siento intensamente.

O es lo que busca Matoub: "No quiero ser culto, no me importa, lo que me interesa, en lo que toca a la literatura, es el hecho de sentir una emoción, de sentirme cerca de otras personas que pueden sublimar pensamientos que yo puedo experimentar".

Y los libros que fueron importantes para el joven de origen argelino, cuyos padres son totalmente analfabetos, son los de Rimbaud, de René Char (un poeta que tiene fama de ser muy hermético):

> Rimbaud me trastornó, provocó en mí una revolución interior y sensible. Cambió mi manera de ver las cosas [...] Debería haber leído las obras completas de Rimbaud por lo menos veinte veces. Mi itinerario, mi relación con la lectura podría decirse en veinte citas. Por ejemplo la frase de Breton: "La rebeldía es la única productora de luces", es una frase que contó mucho en mi vida. "Hay que cambiar la vida", de Rimbaud, "Hay que reinventar el amor", son también frase que tuvieron importancia. "La rebeldía no tiene ancestros", de Breton, es otra que puede ser significativa. De René Char, en *La palabra en archipiélago*, cuando habla de la imaginación: Hay una sola cosa que es capaz de oponerse a esta sociedad, no puede ejercer ningún control.

Veinte citas con las que dio forma a sus rasgos. El joven es un fanático de la literatura, se convirtió en estudiante de letras. Entre aquellos que entrevistamos hay pocos que hayan sufrido una transformación tan radical de su vida y de su pensamiento gracias a las ecturas. Pero hay otros, en mayor número, que encontraron un texto, o varios textos, que pudieron en determinado momento constituir el lugar en el que era posible decir lo que eran, y decirlo bien. Como Hava, en un registro totalmente diferente: fue al leer *Tête de Turc*[33], cuyo título la había intrigado –un libro escrito por un

[33] "Cabeza de turco", expresión que en francés significa víctima constante de abusos y ataques. [N.T.]

periodista alemán que se había hecho pasar por inmigrante-, cuando descubrió las realidades de la condición de los inmigrados turcos, como su padre. Y fue en Segalen donde encontró las palabras que devolvían su dignidad y su humanidad a las gentes sencillas. Cito sus palabras: "A Víctor Segalen, por ejemplo, ahora que estoy en filosofía, lo utilicé. Él nos decía que los sabios no eran gente con etiquetas muy precisas. Eran gente ordinaria que había en todos los pueblos. Que podía uno encontrarlos en cualquier parte". En el caso de un joven homosexual, fue en los relatos de dos actrices, víctimas, una de la sordera y la otra de enanismo, donde encontró las palabras que le dieron fuerzas para asumir su propia diferencia: "Es sorda y muda y sin embargo vive, es lo que me gusta de ella".

Hay así frases, metáforas, recogidas en obras nobles o humildes, pero también algunas veces en la letra de alguna canción o entre los planos de una película, que pueden haber transformado el punto de vista con el que estos jóvenes se representaban a sí mismos. En su mayoría, no son por ello grandes lectores; son unas cuantas páginas, fragmentos recogidos aquí y allá, lo que los incita a recomponer su forma de representarse las cosas. La importancia de la lectura no puede por lo tanto evaluarse únicamente a partir de cifras, del número de libros leídos o tomados en préstamo. A veces es una sola frase, que uno apunta en un cuaderno o en la memoria, o incluso que olvida, lo que hace que el mundo se vuelva más inteligible. Una sola frase que choca con lo que estaba como congelado en la imagen y vuelve a darle vida, que rompe estereotipos, clichés a los que se había apegado uno hasta ese momento.

En la costumbre de evaluar la lectura únicamente a partir de indicadores numéricos, todo el aspecto cualitativo de la lectura desaparece. Se puede ser un "lector no frecuente" en términos estadísticos, y sin embargo haber conocido en toda su amplitud la experiencia de la lectura. Con ello, quiero decir que se habrá tenido acceso a los diferentes registros de la lectura, y que, en lo particular, se habrá hecho el hallazgo de algún texto, de palabras que lo alteraron a uno, de palabras que lo transformaron, a veces mucho tiempo después de haberlas leído.

Y sin embargo, incluso en el momento actual, ciertos intermediarios del libro, ciertos profesores, ciertos trabajadores sociales quisieron encerrar a los lectores de medios sociales desfavorecidos en el marco de las lecturas "útiles", entiéndase las que supuestamente deben servirles de forma inmediata para sus estudios o para su búsqueda de empleo. En algunos casos les conceden también algunas lecturas de "distracción", dos o tres *best-sellers* de baja calidad. El resto es catalogado como "cultura letrada" y colocado junto a zalamarías de los pudientes. Pero con esta clasificación en lecturas útiles, lecturas de distracción, cultura letrada, me parece que ignora una de las dimensiones esenciales de la lectura, que los lectores mencionan con frecuencia al evocar su

descubrimiento de ciertos textos, su encuentro con palabras que les han permitido simbolizar sus experiencias, darle un sentido a lo que vivían, construirse.

No es un lujo poder pensar la propia vida con ayuda de obras de ficción o de testimonios que atañen a lo más profundo de la experiencia humana. De obras que le enseñan a uno mucho sobre sí mismo, y mucho sobre otras vidas, otros países, otras épocas. Me parece incluso que es un derecho elemental, una cuestión de dignidad.

Y se podrá acudir otra vez a los libros en otros momentos de la vida: si el papel de la lectura en la construcción de sí mismo es particularmente sensible en la adolescencia y en la juventud, puede ser igualmente importante en todos los momentos de la vida en los que uno tenga que reconstruirse: cuando se ha sufrido una pérdida, una desgracia, ya sea que se trate de un hecho luctuoso, de una enfermedad, de una pena de amor, del desempleo, de una crisis psíquica, que son todos pruebas que constituyen la materia de nuestro destino, cosas que afectan negativamente la representación que tiene uno de sí mismo, el sentido de su existencia.

Otro lugar, otro tiempo

Un libro es algo que se ofrece, una hospitalidad que se ofrece, como había sentido el joven que, al leer *El libro de la selva*, comprendió que podía encontrar su lugar en la jungla. Este tema de la hospitalidad del libro, de la hospitalidad de la lengua literaria, de la literatura como espacio habitable, lo he reconocido en el último libro de Jorge Semprún. En él evoca una panadería xenófoiba de la que lo habían echado con una sola frase, burlándose de su acento de joven republicano español recién llegado a París. Y un texto de Gide que le brinda una patria posible, un anclaje. Lo cito: “La panadería del bulevar Saint-Michel me expulsaba de la comunidad. André Gide me reintegraba subrepticiamente a ella. A la luz de esta prosa que se me ofrecía, cruzaba clandestinamente las fronteras de una tierra de asilo probable”.[34] Vemos aquí hasta qué punto lo que está en juego en la apropiación de la lengua va mucho más allá de la cuestión del buen desempeño escolar. Atañe, en lo más profundo, a la posibilidad de pertenencia. Con palabras se nos expulsa, con otras palabras se nos da acogida. Palabras, pero a veces también imágenes: pinturas, si es que tenemos la suerte de poder contemplarlas, o fotos, o esas ilustraciones que pueden ser tan hermosas en los libros para niños.

Semprún encuentra un lugar en la lengua gracias a los libros; las palabras de Gide le brindan ese lugar, le confieren el derecho de estar allí. Su experiencia es un eco de las cosas que me contaron ciertos jóvenes, quienes sin embargo pertenecen a un medio social totalmente diferente. Los libros, y en particular los libros de ficción,

[34] *Adieu vive clarté…*, París, Gallimard, 1998, p. 121.

nos abren las puertas de otro espacio, de otro modo de pertenecer al mundo. Los escritores nos regalan una geografía, una historia, un paisaje en el cual recobrar el aliento.

Nos abren paso también hacia otro tiempo, en el que la capacidad de ensoñación tiene libre curso, y permite imaginar, pensar otras formas de lo posible. Insisto siempre en la importancia de esta elaboración de un tiempo para sí mismo, tiempo de disponibilidad, de ocio. Tiempo de reflexión, en que se puede evitar la precipitación. Cuando se lee, puede uno tomarse su tiempo, en vez de estar siempre forzado a plegarse al de los demás, al tiempo de la publicidad, de los *talk-shows* en la tele, al ritmo de las obligaciones escolares, a la agitación del recreo, e incluso algunas veces, dentro de la biblioteca misma, al ritmo apresurado de las visitas guiadas, como cuneta una joven: “A mí no me gustaba cuando venía toda la clase, porque no tenía tiempo para poder escoger yo sola mis libros, porque no había tiempo: ‘Escojan rápido, apúrense, y lárguense después…’ A mí me gusta tomarme mi tiempo, pero esas veces […] Prefería venir sola o con mi hermano”. Los maestros no son los únicos que le hacen recorrer a uno la biblioteca a paso acelerado: los mismos bibliotecarios con frecuencia invitan a los usuarios a visitar las instalaciones con actitud de mando militar.

En el medio rural, hablaron también de ese otro tiempo con el que comunica la lectura, el ritmo diferente a que da paso, como esa señora: “En la tele todo va rápido, la lectura deja más espacio para la imaginación que la imagen. La tele sirve todo cocinado, no deja tiempo para pensar, no deja que los personajes nos habiten, mientras que cuando se lee, reposa uno su libro, piensa uno en él durante el día, se piensa en lo que va a venir […]”

En Francia, si bien un gran número de jóvenes dedican más tiempo a otras actividades, existe un aspecto en el que, para ellos, el libro supera al audiovisual: abre una puerta hacia el mundo de los sueños, permite elaborar un mundo propio. Muchos de ellos, incluso de medios populares, hacen hincapié en esta dimensión. Y lo que está en juego con la democratización de la lectura es también la posibilidad de habitar el tiempo de un modo que sea propicio para el ensueño, para lo imaginario. ¿Es preciso recordar que todos los inventos, todos los descubrimientos se realizaron en momentos de ensoñación, y que, de manera más general, sin ensoñación no hay pensamiento? Es lo que nos recuerda Daoud, al que vuelvo a citar, cuando se rebela contra el hecho de que un gran museo de ciencias y técnicas eliminara de las colecciones de su biblioteca las obras de ficción. Escuchemos lo que dice al respecto:

> En la Ciudad de las Ciencias quitaron todos los libros de ciencia-ficción, los muy imbéciles; según esto decían que no era científico. Es completamente aberrante, ¿cómo quieren que los jóvenes se acostumbren a la imaginación científica, que quieran construir robots, si no tienen libros que les hablen de algo ficticio? Estoy seguro de que hay obras como las de Julio Verne que han inspirado cientos de carreras científicas o de ingeniería. Uno se hace a

> través del sueño, no es abriendo un libro de matemáticas con fórmulas científicas como se va a convertir uno en científico. No, es leyendo *El gran capitán Nemo [sic]*, su submarino luchando contra un platillo volador, eso es lo que hace que la imaginación se despierte. Y no suprimiendo eso porque dizque no es un científico o no es serio. Si se cierra uno a eso, se empobrece en vez de enriquecer.

El año pasado, algunos de ustedes conocieron probablemente a Geneviève Patte, y tal vez tuvo ella oportunidad, en ese momento, de destacar esta dimensión. Seguramente ella habló, en especial, del trabajo de dos psicoanalistas, René Diatkine y Marie Bonnafé, que también ha venido aquí. Voy a abrir un paréntesis para decir dos palabras sobre ellos.

Diatkine, Marie Bonnafé y los animadores de la asociación que han creado, y que se llama Accès, partieron de la observación siguiente: que una causa importante de la discriminación en el acceso al lenguaje escrito es que en ciertas familias el uso de la lengua es muy limitado, y ante todo utilitario: se habla de situaciones inmediatas; el placer de jugar con la lengua, de contar historias no tienen cabida. Cuando los niños de esas familias entran en contacto con el lenguaje escrito, que se desarrolla precisamente en el registro de la lengua del relato, del tiempo diferido, les faltan referencias, y se encuentran ampliamente marginados en relación con quienes, en el seno de sus familias, tienen acceso a diversos registros lingüísticos: el registro de la utilidad inmediata, pero también el registro de la narración.

Así pues, los animadores de esta asociación intentan reparar un poco esta diferencia, o más bien prevenirla, abrir desde muy temprana edad los registros de la lengua, aprovechando que, desde el primer año de vida, los bebés sienten gran atracción hacia las historias y los libros.

Hay varios elementos muy interesantes en su forma de proceder. En particular, son muy cuidadosos en todo lo relativo a lo que Marie Bonnafé llama los “demonios de la rentabilidad”: desconfían de toda desviación “útil”, de toda recuperación “rentable” de lo que hacen. No leen historias a los niños para que aprendan algo. Les hacen escuchar la música de la lengua, les hacen entender que en los libros hay historias que lo llevan a uno a otros lugares, que lo embrujan a uno, que lo hacen soñar. Y saben que sin ensoñación, sin juegos con la imaginación, como decía hace un momento, no hay pensamiento posible. A cualquier edad.

Agregaré que a través de los bebés ejercen también una acción en las mujeres, en las madres, quienes a veces se muestran reticentes al principio, temen a los libros, o se muestran agresivas o a la defensiva ante esta cultura letrada que no las ha aceptado en su seno. Y siguiendo los pasos de los niños, ellas también se abren poco a poco a los libros. Es muy importante para esas mujeres porque es algo que las ayudará a salir del aislamiento y del encierro en que con frecuencia se les tiene en los barrios marginados. Y es muy importante también para la gente cercana a estas mujeres. Porque son mujeres, la mayoría, las agentes del desarrollo cultural; ya tendré

oportunidad de hablar de esto en los primeros días. Por el contrario, si la acción se ejerce únicamente sobre el niño, este se iniciará probablemente en el placer de escuchar cuentos, pero si en su casa tiene una relación muy ambivalente, no modificada, con el libro, podría perder ese placer más adelante. Nada está aún definitivamente implantado.

Pueden ustedes observar, de paso, hasta qué grado están entremezclados los diversos aspectos de la lectura, como ya lo dije antes: se trata aquí de la construcción de sí mismo, pero también de la introducción a un registro de utilización de la lengua que posteriormente será útil en la escuela. Asimismo, me parece destacable que esto abre nuevos espacios de sociabilidad.

Vuelvo a cerrar el paréntesis para señalar que la ensoñación –que es muy importante- durante largo tiempo tuvo mala fama, pues se la consideraba un estado de ánimo de pequeño burgués egoísta. Y en Europa los patrones, la Iglesia, las élites obreras, todo el mundo se puso de acuerdo para alejar a los pobres de este tipo de riesgos, remitiéndolos a actividades de recreación colectivas debidamente vigiladas y con fines edificantes. Lo íntimo, la interioridad, no era para ellos.[35] Pero todavía hoy se confunde con frecuencia la elaboración de un mundo personal con el individualismo. Los soñadores, o los lectores, son considerados asociales. Y constantemente se intenta traerlos de vuelta al orden común. En cuántas familias no resulta irritante encontrar a los niños con un libro en la mano, aun cuando se les haya dicho repetidas veces que “hay que leer”. Cuántas pandillas no caen a golpes sobre el que lee, considerándolo como un servil, un marica, un traidor. Esto también es algo que volveremos a ver mañana, cuando hable del miedo al libro.

Sin embargo, de manera general, los jóvenes que leen literatura, por ejemplo, son también los que tienen mayor curiosidad por el mundo real, la actualidad, los temas sociales. Lejos de distanciarlos de los demás, este gesto solitario, salvaje, les hace descubrir cuan cercanos pueden ser. Como nos dice Aziza, al evocar su lectura de un relato biográfico:

> Me aportó más conocimientos sobre la segunda Guerra Mundial, cómo lo había vivido la gente. Se estudia en historia, pero nunca es lo mismo. Nos hablan de las consecuencias demográficas, pero bueno, mientras no lo viva uno. Porque ahí sí tenía yo la impresión de vivir la historia, con la gente. Parece abstracta cuando el profesor dice: “Pues bien, hubo cien mil muertos”. Se anota una cifra, y eso es todo. Cuando leí el libro, me dije: ¿cómo pudieron vivir todo eso?...

Nos recuerda de paso que la ciencia histórica la constituyen vidas anónimas. Mientras que la novela, la biografía, las memorias, el diario íntimo, le dan un nombre a un personaje al que uno acompaña y que, por su misma singularidad, puede llegar a cada lector en particular.

[35] Véase Alain Corbin (dir.), *L’Avènement des loisirs*, 1850-1960, París, Aubier, 1995.

De manera parecida, fueron la emoción y la identificación las que llevaron a Mounira, que es argelina, a volverse más abierta, a tomar una distancia crítica y a definirse respecto al discurso de su padre:

> Descubrí dos libros: había una exposición de libros, y en ellos hablaban de la condición de los judíos en los campos de concentración. Eso transformó mi manera de ver las cosas. El concepto que ahora tengo de la comunidad judía. Bueno, mi padre no está totalmente de acuerdo. Para él, un judío es un traidor, es un enemigo. Para mí no. Sufrieron como todo el mundo y desde un punto de vista histórico, podemos considerarlos como primos. Mi padre no está de acuerdo con eso. Yo lo comprendo pero no dejo de tener mi opinión.

El mundo, aquí, ya no está dividido entre "ellos" y "nosotros", clasificación muy frecuente en medios populares,[36] aunque no privativa de ellos.

Esta apertura ante el otro puede así realizarse por medio de la identificación, en la que uno se coloca en el lugar de la experiencia del otro, particularmente gracias a la lectura de esas "vivencias", que apasiona a tantos. Puede también darse gracias a un conocimiento acrecentado, que confiere suficiente nivel de dominio como para dejar de sentir temor del otro. Como dice Magalí: "Es una manera de aceptar lo que viene del exterior, de abrirse más a los demás. si hay algo que no se conoce, ese algo asusta, y uno se cierra".

Muchos entrevistados insistieron en la importancia que había tenido para ellos el acceso, a través de una lectura, a una diversidad de puntos de vista, a una apertura, a un distanciamiento crítico. Los comentarios en este sentido son muy frecuentes en casi todos los lugares: "Me dio la posibilidad de agrandar mi entorno", "Se aprende a ser más abierto, a ser más tolerante", "No tiene uno barreras", "Le permite a uno reconsiderar sus criterios", "Me permitió relativizar mi forma de pensar, mis emociones, mis valores", "Ir más allá, no quedarme allí donde nos han dicho que nos quedáramos", "Mirar a la gente con una mirada diferente de la que nos inculcaron en la educación, en la escuela", etcétera.

Y a veces también desde la infancia la lectura ha contribuido a esta formación del espíritu crítico, por ejemplo cuando en un cuento el ogro no devoraba al niño, conforme al estereotipo de rigor, sino que se mostraba amable. Oigamos lo que dice Ridha:

> Uno tiende a creer que todos los ogros son malos y en el momento en que ve uno a un gordo con barba, ve uno al señor malvado que va a comerse al niño. Se podía apreciar que eso no siempre era cierto. Los prejuicios vienen muchas veces de un cliché, le repiten constantemente a uno la misma cosa. Había allí una posibilidad de ejercer un espíritu crítico y de decirse que hay que ir al fondo de las cosas.

Por la lectura se aprende también, a veces, la fuerza de los ejemplos, y el arte de argumentar, de discutir, que no eran bien vistos en el medio de origen. Así pues, Liza, que es de origen

[36] Richard Hoggart, *La Culture du pauvre*, París, Minuit, 1970.

camboyano, se siente con derecho de tener una opinión propia, gracias a lo que le han aportado los estudios, así como los encuentros y los libros tomados en préstamo en la biblioteca:

> Ahora empiezo a tomar posiciones políticas, mientras que antes la política no me interesaba en absoluto. Y el hecho de tener opinión, todas esas tomas d partido, las conocí por la lectura, por los intercambios con amigos, con los profesores o por cosas como ésas [...] Creo que he llegado a un estadio en el que estoy madurando, para poder decidir, elegir [...] tomar decisiones y sostenerlas. Defenderlas sobre todo, argumentar. Es completamente diferente de la cultura camboyana, en donde se piensa en grupo, se hacen las cosas en grupo y de hecho no se intercambia mucho porque no se discute.

La lectura, la biblioteca, son pues lugares en los que algunos encuentran armas que les dan seguridad en una afirmación de sí mismos, en donde se distinguen de lo que habían conocido hasta entonces.

Conjugar la pertenencia a diversas culturas

En ese sentido, un aspecto que me pareció notable es que, gracias a la lectura, muchos jóvenes de origen inmigrado conjugan los universos culturales a que pertenecen, en vez de que esos universos luchen entre sí.

Desarrollaré un poco el tema, aunque, en principio, parece referirse a un contexto totalmente diferente del de México, que es más bien un país de emigración que de inmigración. Pero México es también una sociedad "pluricultural", "multiétnica", incluso "plurinacional", de acuerdo con las apelaciones oficiales sucesivas, según entiendo. Sus componentes lingüísticos y culturales son múltiples. Y es un país que ha experimentado una urbanización increíblemente rápida, que enfrentó a gran cantidad de hombres y de mujeres a un mundo y un modo de vida totalmente diferentes de los que habían conocido sus padres. Pero de manera más general, más allá de todas las diferencias que marcan la historia y la evolución reciente de nuestras sociedades, yo creo que en este fin de siglo la mayoría de nosotros nos encontramos entre dos o más lugares, entre varios medios, entre diversas culturas, y que la cuestión de la conjugación de esos universos culturales plurales en los que participamos se plantea para la gran mayoría, y se planteará aún más el día de mañana.

Por esta razón, voy a confiarles la experiencia de unos cuantos jóvenes cuyos padres, originarios de medios rurales analfabetos, salieron de África, de Turquía o de Extremo Oriente para probar suerte en Francia. Encontrarán ustedes ahí, eso espero, un material que podrán extrapolar, desde el momento en que la experiencia de esos jóvenes tiene que ver con una cuestión sensiblemente

"universal": cómo diferenciarse de los padres sin vivir eso como una traición.

Para esos jóvenes que conocimos, esta diferenciación progresiva de sus medios de origen, cuando tuvo lugar, no cobró prácticamente en ningún caso la forma de una ruptura. Y cuando se menciona a otros jóvenes que llegaros a ese punto, se percibe siempre como una posición extrema y dolorosa. El deseo de purificarse del propio origen es igualmente excepcional. Casi siempre, por el contrario, estos jóvenes se dedican a negociar esta evolución, este cambio, sin causar demasiado daño. Y aunque se hayan alejado mucho de sus padres en los hechos, las ideas o los valores, aunque se enfrenten a situaciones a veces muy conflictivas o dolorosas en el medio familiar, lo que aparece con mayor frecuencia son los discursos de gratitud, de comprensión hacia los padres. Y por ejemplo intentan disminuir la distancia creada por los estudios, la lectura, los encuentros, esforzándose, en la medida de lo posible, por compartir lo que descubren, por enriquecer a los suyos. No hay que subestimar por otro lado las posibilidades de evolución de los padres, y en particular de las madres.

Hay que medir bien el abismo cultural que separa, en los jóvenes de ascendencia extranjera, la civilización originaria de los padres, de aquella en la que crecen los hijos. Esos jóvenes cuyos padres inmigraron, mencionan con frecuencia el gran sufrimiento que significa el vivir entre dos mundos: ampliamente adaptados a la manera de pensar, de vivir y a los valores franceses, pero imposibilitados de vivir en cercanía con los jóvenes franceses de origen por causa de la xenofobia, y por el miedo de traicionar a sus familias y a su país de origen, en el que muchas veces también se sienten tan extranjeros, tan rechazados como en Francia. La historia colonial -tan reciente-, el mito del retorno al país, las imágenes estigmatizantes que cotidianamente se les presentan no son de ninguna ayuda.

En la mayoría de los casos, los padres guardan silencio sobre la historia colonial, y sobre la guerra de independencia en el caso de Argelia, sea cual sea el bando en el que hayan combatido. Y lo pasado puede ser particularmente difícil de asumir, como les sucede a los hijos de los llamados *harkis*, que combatieron del lado de los franceses y que son considerados por los demás argelinos como traidores. Igualmente difícil es para los que pasaron su primera infancia en países en guerra como Camboya. Y también en ese caso hay en los padres, según parece, un total silenciamiento después de tanto horror. La cuestión de la integración, en el sentido psicológico de la palabra, de su historia y de sus capítulos negros, de dónde vienen, y del recorrido que los trajo a donde están se plantea para todos. Y tal vez la integración social no sea posible sin esta integración. Es en efecto lo que dice Ridha:

> Yo digo que tuve un pasado y, para mí, integrar es aceptar. Acepto lo pasado; para mí eso es la integración. Acepto mis orígenes y no tengo

> ninguna razón para no aceptarlos, porque son lo que son, es todo, yo vengo de ahí y es todo. Hubiera podido venir de otra parte [...] Lo esencial es lograr que las poblaciones que llegaron aquí se sientan en su lugar; esto es, que hayan aceptado la situación en que se encuentran. Es decir, que hayan aceptado lo que la historia hizo allí, que hizo eso, y que hayan aceptado vivir ahí, en ese lugar.

A propósito de esta cuestión tan importante y tan difícil, lo que resulta digno de mención es que por la lectura, y en particular por la biblioteca, algunos hacen descubrimientos gracias a los cuales el ser originario de dos culturas se experimenta más como una riqueza y menos como un sufrimiento. Vinculan eslabones de su historia, integran una parte de su cultura de origen, tal vez para ya no tener una deuda con ella, de manera más o menos consciente, y para poder apropiarse también de la cultura del lugar en el que se encuentran ahora. Reconocen al país de origen, a esta cultura de origen, como algo que hace parte de su historia, pero con esa misma actitud se relaciones con esa cultura de modo más serio.

Tal es el caso, por ejemplo, de Zohra que gracias a sus lecturas encontró respuestas a las preguntas que se hacía:

> ¿Qué es lo que leía? La literatura magrebí, de donde venía, la historia de Argelia, mi historia. Porque mi padre peleó en la guerra de Argelia y nunca nos ha hablado de eso. Entiendo que él no pueda hablar, como entiendo que muchos franceses no pueden hablar de ella. Vivieron situaciones muy dolorosas y también le hicieron vivir cosas muy dolorosas a la población argelina. Pero al mismo tiempo nosotros nos quedamos ahí, sin respuesta. Hay que encontrar respuestas.

Pero sus lecturas no la llevan de vuelta a una identidad inmóvil, apegada al pasado, sino todo lo contrario. Le permiten liberar la palabra. Al volver a tener una historia, Zohra puede continuarla, leer al mismo tiempo a novelistas contemporáneos argelinos y occidentales, y confirmar su apego por la laicidad y los derechos de las mujeres. Y, gracias a sus visitas a la biblioteca, Zohra se abrió también a la historia de Francia, pues durante algunos eventos tuvo encuentros con antiguos residentes antinazis o antiguos deportados con los que sintió una gran cercanía.

Cito dos ejemplos más. Hajléa es marroquí, y en la biblioteca lee todos los libros en árabe que encuentra; toma en préstamo libros de fotos sobre su país de origen, y aprende también, todos los días, por sí misma, el francés en libros para niños. Aiche, que es turca, leyó entre otros a su compatriota Yachar Kemal, y también al filósofo Descartes; ella dice que es la lectura que más ha contado en su vida, porque con ella entendió lo que es el espíritu crítico y la importancia de una argumentación bien llevada, para negarse a un matrimonio por obligación o para contradecir a los que están subyugados por los fundamentalista religiosos. En efecto, para las chicas de origen musulmán, el margen entre la sumisión a la familia y la ruptura es más estrecho que para los muchachos. Y para defenderse de los confinamientos, de las regresiones, muchas de ellas encuentran en la

biblioteca armas que las confirman en su proceso de emancipación activa.

En Francia, algunos bibliotecarios se preguntan a veces qué tan oportuno es dar acceso a las culturas de origen a los usuarios inmigrados o hijos de inmigrados, o cuáles son las formas de hacerlo. Yo creo que deberían poder encontrar a Yachar Kemal y a Descartes, como la joven turca de la que hablaba. Cuando uno ha sido criado en una lengua y una cultura determinadas, y luego ha tenido que crecer en otras, la capacidad de simbolizar puede haber sufrido daños. Por ello es necesario encontrar formas de comunicar una con otra, de conciliar una con otra. El deseo individual de conocer sus orígenes, de saber de donde se viene es legítimo, y los padres, que muchas veces son analfabetos y que están aislados desde hace tiempo del país que dejaron atrás, no transmiten más que fragmentos de sus culturas, o algunas costumbres que a veces ni siquiera siguen practicándose en su país. Y si a los jóvenes no se le proporcionan los medios para responder a sus interrogantes respecto a su origen de manera individual, otros vendrán a llenar sus expectativas, pero bajo la modalidad mítica de la identidad comunitaria, con todos los riesgos que eso implica de desviación hacia diversas formas de autoexclusión, *apartheid* y xenofobia.

Por el contrario, si a través de las lecturas (o de otras prácticas culturales de las que hablaré más tarde) pueden asumir la pluralidad de pertenencias, apropiándose a la vez de las culturas “dominantes” y de las culturas del lugar de origen pero con toda su diversidad, sus particularidades y su dinamismo –porque una cultura no es algo inmóvil, es algo que vive, que se mueve todo el tiempo-, eso podría contribuir, me parece, a impedir que la unión totalizante con una religión, una etnia o un territorio se convierte en identidad.

Lo que esos jóvenes expresan es un alegato a favor de una posición alejada de todo dogmatismo, alejada de todo dogmatismo, alejada de dos posturas opuestas, que en realidad se originan en una misma concepción monolítica, inmóvil, inmovilista, de la cultura: el universalismo en su versión más ortodoxa, y el relativismo cultural llevado al extremo conservadurismo por ciertos etnólogos. Tanto la una como la otra cuentan en Francia con partidarios fervientes. Pero, una vez más creo que hay elementos para establecer una correspondencia en la situación de México, si se piensa en los grupos que han trabajado en pro de la “asimilación de los indígenas”, y en los partidarios del “etnodesarrollo”.

En Francia, los que se fundamentan en el universalismo republicano ortodoxo, quisieran hacer *tabula rasa* del pasado, de la memoria, para uniformar a todos con una regla de grandes valores, de grandes referencias, que supuestamente son las únicas adecuadas para “cimentar” a una nación, como dicen, como si los seres humanos fueran otras tantas piedras. En cuanto a los apologistas del relativismo cultural extremo, encierran a la gente en lo más reaccionario, lo más mutilante que hay en las tradiciones, y llegan hasta a erigirse en apóstoles de los guetos, o incluso a darle legitimidad a la clitoridectomía.

Yo opondría a los discursos de unos y otros, las palabras y las formas de proceder de la mayoría de los jóvenes que entrevistamos, quienes, con curiosidad, combatividad, y no sin sufrimiento, se esfuerzan por encontrar caminos propios para conciliar las culturas a que pertenecen. Uno puede disfrutar cantando las canciones árabes que escuchaba cuando era niño y ser fanático de Rimbaud. Se puede sentir curiosidad por la historia del país del que vinieron sus padres, y creer muy firmemente en los principios de la laicidad. Los promotores de los libros pueden contribuir a darles los medios para realizar esos descubrimientos, esas vinculaciones. Vincular, mezclar, tal es, por cierto, el gesto primordial de toda cultura. Evidentemente, no es algo que le voy a enseñar a los mexicanos. Como dice en uno de sus escritos el filósofo Jean—Luc Nancy: "...el gesto de la cultura es en sí mismo un gesto de mezclar: es enfrentar, confrontar, transformar, reorientar, desarrollar, recomponer, hacer talacha".[37]

En ese mismo sentido, claro, hay otras formas de "prácticas culturales" que no son la lectura, otras formas posibles de simbolización, otras formas de sublimación, y cada quien es libre de elegir las formas que le convengan. Durante esta investigación en barrios urbanos marginados, conocí por ejemplo a un joven albañil laosiano que aprendió a cultivar bonsáis, esos árboles en miniatura que cultivan los japoneses con tanto arte. Me contó que estaba probando "los colores según las estaciones, como una paleta de pintura". Integró también, a su manera, sus orígenes asiáticos en forma poética. Cuando lo conocí, fue unos días antes del primero de mayo. En Francia, en esta fecha, acostumbramos regalar a nuestros seres queridos unas ramitas de lirio de los valles *(muguete)* para la buena suerte. Me dijo que iba a llevar el domingo a los niños del barrio al bosque, para enseñarles a recoger el lirio de los valles. Para él, la pertenencia plural era eso: saber recoger el lirio y cultivar los bonsais. Pero es en los libros donde aprendía el arte de cultivarlos. Porque en la mayoría de los casos, tener acceso a esas modalidades distintas de simbolización presupone que uno conozca bien los códigos de la escritura.[38] Y agrego que en la pequeña "biblioteca" de su barrio, el chico tomaba también en préstamo discos compactos con canciones; pero para inspirarse y componer sus propias canciones, leía sonetos de Shakespeare, que había encontrado por casualidad en alguna sección de la biblioteca.

En conclusión, no es necesario salir en cruzada para difundir la lectura, lo que sería la manera más segura de ahuyentar a todo el mundo. Pero tampoco se gana nada si no se distingue la eficacia específica de cada práctica, de cada una de esas actividades que los sociólogos y los estadísticos juntan en un mismo costal llamado "prácticas culturales" o "prácticas de esparcimiento". Puede resultar exultante lanzar todos a un tiempo gritos en el estadio, para acentuar el final de una canción o la trayectoria de un balón de

[37] *Etre singulier pluriel*, Galilée, 1996, pp. 176-177.

[38] Cf. Jean-Claude Passeron, "Le polymorphisme culturel de la lecture", en *Le Raisonnement sociologique*, París, Nathan, 1991.

fútbol, pero se trata de un registro muy diferente del de la intimidad un poco transgresora que instaura la lectura. Y más aún la lectura de ficción, en la que a través de la ensoñación subjetiva de un escritor las palabras afectan a los lectores en forma individual y hacen posible la expresión de lo más secreto que hay en ellos.

Círculos de pertenencia más amplios

La lección que nos enseña la lectura podría ser también, como muchos lo han expresado, que antes de pertenecer a tal o cual territorio, se es un ser humano. Escuchemos lo que dice Matoub:

> Culturalmente yo ya no me siento ni kabil ni francés; uno es un individuo, y eso es todo. Ahora bien, yo nací en Kabilia; tengo recuerdos, hay una relación con mi país, con la gente, con la tierra misma, con el paisaje, lo cual hace que tenga lazos muy fuertes con el país, pero también los tengo con Francia, como puedo tenerlos con África del Sur o con cualquier país.

Escuchemos también a Ridha:

> Si me dicen: "así que eres de origen argelino", yo les digo: "si quieres, pero yo no fui el que le dio el nombre de Argelia". Les digo: "mis padres vivían en esa tierra con gentes que pensaban de cierta forma y que tenían cierto tipo de cultura y que eran ellos". Es todo. Yo soy yo y todo el resto no son más que etiquetas. En realidad es una cuestión de equilibrio, la noción de identidad es importante, claro está, pero no debe ser el centro de una política. Es secundaria; antes que eso está la persona, el que importa. Hay que reformular todo eso.

La lectura, tal como se practica en la actualidad, invita a otras formas de vínculo social, a otras formas de compartir, de socializar, diferentes de aquellas que se apretujan todos como un solo cuerpo alrededor de un jefe o de una bandera. Leer, como lo hemos visto, es tener un encuentro con la experiencia de hombres y mujeres, de aquí o de otras partes, de nuestra época o de tiempos pasados, transcrita en palabras que pueden enseñarnos mucho sobre nosotros mismos, sobre ciertas regiones de nosotros mismos que no habíamos explorado, o que no habíamos sabido expresar. Conforme pasan las páginas sentimos surgir en nosotros a un tiempo la propia verdad más subjetiva, más íntima, y la humanidad compartida. Y esos textos que alguien nos pasa, y que nosotros pasamos a la vez, representan la apertura hacia círculos de pertenencia más amplios, más allá del parentesco, de la localidad, de la etnicidad. Es ése un cuarto aspecto de la lectura sobre el cual quisiera, abundar, aun cuando, nuevamente, todos estos aspectos se encuentran entremezclados, y resulta artificial distinguirlos entre sí.

Voy a citar ahora a un escritor que conocía bien la pobreza; es Albert Camus, que escribió en *El primer hombre*: "La pobreza y la ignorancia hacían la vida más difícil, más insípida, como encerrada en sí misma; la miseria es una fortaleza sin puente levadizo". La

imagen de la fortaleza sin puente levadizo nos recuerda hasta qué grado el encierro y el aislamiento son por lo general parte del destino de los pobres. Pues lo que distingue a las categorías sociales, no lo olvidemos, es también el horizonte, el espacio de referencia de quienes las conforman. Hay quienes pueden ver más allá que los demás, pensar sus vidas en otra escala. Y el horizonte de muchos habitantes del campo de condición modesta, al igual que el horizonte popular urbano, fue por mucho tiempo, y lo es aún con frecuencia, la familia, los vecinos, "nosotros". Mientras que el resto del mundo es "ellos", y sus rasgos no están bien definidos.

Pero existen a veces puentes levadizos. Camus, al igual que otros escritores nacidos en una familia pobre, expresó su gratitud por un maestro de escuela y por una biblioteca municipal que lo habían ayudado a descubrir que existía algo diferente más allá del espacio familiar.[39] Los puentes levadizos, para él, eran ese maestro y esa biblioteca. Lo cito de nuevo: "Lo que contenían los libros importaba poco en el fondo. Lo importante era lo que experimentaban al principio al entrar en la biblioteca, donde no veían los muros de libros negros, sino un espacio y horizontes múltiples que, desde el quicio de la puerta, los sacaban de la vida estrecha del barrio".

La lectura, de hecho, es una promesa de no pertenecer solamente a un pequeño círculo. Es lo que han expresado muchas personas que hemos escuchado: la lectura permite romper el aislamiento porque facilita el acceso a espacios más amplios cuando no se encierra uno ante el espejo del diario local. En el medio rural, en especial, más que en otros lugares, la lectura ha sido un medio para desapretar un poco el espacio, para viajar por persona interpuesta, para abrirse a lo nuevo, a lo lejano. Luc recuerda a su abuela como sigue: "Era un medio pobre, y por lo tanto no había radio ni tele. Y ella leía hasta muy tarde. Era su escapatoria, su válvula de escape. Eso le permitía estar en otra parte. Para ella, era algo magnífico. Poder transportarse a otros lugares en la lectura, no había tenido otra cosa". Léontine, por su parte, evoca su gusto por los atlas:

> ¡A mí me encantan los atlas! Cuando tengo una hora libre, por las noches, tomo un atlas, y viajo, y sueño. Y ahora, con todo lo que sucede en la Unión Soviética, a veces cuando miro me cuesta reconocer el nombre de esos Estados que no eran conocidos, o muy poco, hace algunos años. ¡Eso también es lectura!

Pero sucede un poco lo mismo en los barrios urbanos marginados, separados del centro de las ciudades por fronteras visibles o invisibles, en donde un joven nos dijo, por ejemplo: "Yo puedo quedarme ahí sentado y leer sobre cualquier país, cualquier pueblo, sobre cualquier persona, y a través de eso entender su vida, su pensamiento, su país, muchas cosas, sin moverme de Bobigny [el municipio suburbano en donde vive], sin moverme de mi pequeña silla".

[39] Albert Camus, *Le Premier homme*, París, Gallimard, 1994, pp. 224-229.

Esta apertura al otro, que es consecuencia de la lectura, adopta también, muy concretamente, la forma de nuevas sociabilidades, de nuevas formas de compartir, de conversaciones alrededor de los libros. En Francia, como en otros países, un número cada vez mayor de profesionales de la lectura organizan debates, animaciones, incluso en ciudades pequeñas, en pueblos, en barrios desheredados. Estas nuevas modalidades de animación en torno a los libros, muy apreciadas por mucha gente, se ven hoy en día fomentadas por los poderes públicos, que cada vez más esperan que la cultura repare el maltratado "tejido social". Hay también, claro está, formas de compartir espontáneas, gente que intercambia libros, que habla de ellos entre sí. Y por esas redes de sociabilidades, con frecuencia flexibles y múltiples, circulan ideas, sensibilidades.

Algunas de esas formas de intercambio son muy tenues, incluso clandestinas. Por ejemplo, las palabras escritas por otros en las páginas de los libros que se sacan de la biblioteca. Cito a un chico: "Lo que me pasa es que veo lo que otros escribieron en los libros. Veo una prueba material de la persona que leyó el mismo libro que yo. Eso es algo que me gusta mucho". Jacques-Alain, por su parte, busca siempre en los libreros si alguien ha tomado los libros de Tolkien que él tanto quiere, y siente una complicidad secreta con ese usuario desconocido. Véronique suela con un libro blanco en el que la gente pudiera escribir lo que piensa de un libro y con ello hacer que otros se interesen en leerlo, lo cual por cierto existe en ciertas bibliotecas. Pero las palabras compartidas a hurtadillas son también las palabras escuchadas. Zohra evoca sus primeras visitas a la biblioteca, con sus hermanas: "Escuchábamos, porque hay cosas que se dicen en las bibliotecas. Había conversaciones…"

Pero, evidentemente las conversaciones son a veces sonoras, y con la configuración actual de los locales, los bibliotecarios tienen dificultades para administrar esas dos funciones: la función del estudio, de la lectura, y la función del intercambio. Los jóvenes pueden entonces ser expulsados "a la calle" para discutir, cuando la biblioteca es precisamente lo que les permitió escapar de ella, y uno de los lugares en donde se ofrece una alternativa para las pandillas, en donde se esbozan otras formas de sociabilidad.

Ese papel de foro informal que tiene la biblioteca fue mencionado con frecuencia por nuestros entrevistados. Uno de ellos nos dijo: "La biblioteca era como un club". Y otro: "Tenemos un lugar en el que podemos reunirnos, como los demás, de manera digna". En muchos barrios marginados situados en los suburbios de las ciudades francesas, es muchas veces el único lugar vivo en donde darse cita, reunirse con otros, participar en un grupo, tener –algunas veces- nuevos encuentros. Muchos exigen una mayor convivencia y ya han expresado su deseo de que haya debates sobre temas de contenido social. Como si dentro de la vocación misma de la biblioteca estuviera ser, en todos los sentidos, el lugar del lenguaje compartido. Y ya sea en las bibliotecas o en otros lugares, me parece que habría que encontrar formas que permitan el ejercicio de una libertad de palabra y la actualización de un deseo de expresión civil, política,

para que éste no se pierda en un callejón sin salida. Porque no hay verdadera ciudadanía sin una toma de palabra.

Nos imprsionó ver hasta qué grado esos jóvenes se apasionan por las discusiones, y sueñan con oportunidades para expresarse. Y mientras que la opinión de moda en Francia describe a los jóvenes como poco politizados o individualistas, los que conocimos nos parecieron profundamente “ciudadanos”, en el sentido de que, sin dejar de intentar hacerse dueños de su destino, muestran una gran preocupación por el bien público. Casi todos dicen estar decepcionados de “la política”, a la que identifican con los juegos de la clase política, pero eso no significa que no se interesen por la cosa pública. Se afilian a asociaciones, desarrollan redes de solidaridad que no se limitan a atender a quienes son como ellos. Tienen mucha curiosidad por los “temas de contenido social” de la actualidad.

Pero en lo que toca a ese punto, hay que aclarar desde ahora que rara vez satisfacen esa curiosidad con sus lecturas: es la televisión, ante todo, la que desempeña ese papel, pese a lo cual manifiestan gran desconfianza ante ese medio de comunicación. Y para contribuir en la formación de su inteligencia histórica, política, no cabe duda de que los promotores del libro podrían ir más allá si permitieran el acceso a fuentes de información diversificadas, gracias a diferentes medios. Porque no hay una verdadera ciudadanía sin un trabajo del pensamiento, lo que presupone que se proporcionen los medios para ese trabajo. He sugerido algunas veces a los bibliotecarios que, por ejemplo, propusieran mesas de exposición sobre temas de actualidad que se renovaran con mucha frecuencia, pues les permitían conocer otros puntos de vista sobre los temas de que hablamos, en particular en lo que toca a los temas abordados en programas de televisión a los que estos jóvenes son muy asiduos. Imagen e impreso, de hecho, no son opuestos: muchas veces tras haber visto una película es cuando los jóvenes quisieron leer el libro que la había inspirado (o viceversa); de la misma manera en que ciertas lecturas podrían estar motivadas por programas vistos en televisión.

Llegamos al término de esta presentación. Ha llegado la hora de recapitular un poco. Al escuchar a los lectores, se da uno cuenta de que la reorganización de un universo simbólico, de un universo del lenguaje a través de la lectura, puede contribuir a que los jóvenes –o los menos jóvenes- lleven a cabo desplazamientos, reales o simbólicos, en diferentes campos: desplazamientos en el historial escolar y profesional, que les permitan llegar más allá de donde hubiera podido llevarlos la programación social; desplazamientos en la autoimagen, en la manera de pensarse, de decirse, de situarse, en el tipo de relaciones que uno tiene con su familia, con su grupo social y su cultura de origen; desplazamientos de las asignaciones relacionadas con el hecho de haber nacido niño o niña; en las formas de sociabilidad y de solidaridad; en la manera de habitar y percibir el barrio, la ciudad, el país en el que se vive…

La lectura contribuye así a crear un poco de “juego” en el tablero social; a que esos jóvenes se hagan un poco más actores de sus vidas, sujetos de sus destinos, y no solamente objetos del discurso de los demás. Los ayuda a salir de los puestos prescritos, a diferenciarse de las imágenes estigmatizantes que los excluyen, pero también de lo que sus allegados esperan de ellos, o incluso de lo que cada uno de ellos creía, hasta entonces, que era lo más adecuado para definirse.

En un sentido, no es una novedad: algunos escritores que crecieron en un medio pobre, como Jack London o Albert Camus por ejemplo, han evocado la forma en que el descubrimiento de los libros revolucionó sus vidas. La posibilidad de escapar de los puestos asignados gracias a la lectura, es en el fondo una vieja historia. Pero hoy en día la lectura puede desempeñar un papel no sólo para personalidades “fuera de lo común”. En Francia, aprovechando el desarrollo de las bibliotecas municipales en esos barrios, hay toda una “minoría activa” que intenta salir de los caminos preestablecidos que llevan a un callejón sin salida, a través de la frecuentación de las bibliotecas y de la lectura.

Lo que está en juego no tiene que ver solamente con el recorrido personal de cada quien, su destino singular. Si se escuchan lo que dicen los lectores, se da uno cuenta de que leer puede ser también un atajo que lleva de una intimidad un tanto rebelde a la ciudadanía. No es que leer lo haga a uno virtuoso, no hay que ser ingenuos: es sabido que la historia es prolija en tiranos o perversos letrados. Pero leer puede volverlo a uno rebelde, e infundirle la idea de que posible apartarse del camino que le habían trazado otros, escoger la propia ruta, su propia manera de decir, tener derecho a tomar las decisiones y participar en un devenir compartido, en vez de siempre remitirse a los demás. Estar familiarizado con los juegos del lenguaje permite estar menos desprotegido ante cualquier charlatán que pase por ahí y proponga curarle a uno las heridas con una retórica simplista.

Lo que está en juego en el desarrollo de la lectura, en particular entre los jóvenes hombres y mujeres para los que leer no es algo natural, no me parece reducirse a una cuestión “social”. Lo que está en juego creo yo que atañe a la ciudadanía, a la democratización profunda de una sociedad.

Una ciudadanía activa, no hay que olvidarlo, no es algo caído del cielo, es algo que se construye. La lectura puede ayudar, en todos los aspectos que he mencionado: acceso al saber, apropiación de la lengua, construcción de sí mismo, ensanchamiento del horizonte de referencia, desarrollo de nuevas formas de sociabilidad... y otros que seguramente olvido. Mediante la difusión de la práctica de la lectura, se crea un cierto número de condiciones necesarias para acceder a una ciudadanía. Necesarias, propicias, pero insuficientes. Una vez más, no seamos ingenuos. Además si bien hay una lectura que ayuda a simbolizar, a moverse de su lugar, a abrirse al mundo, no cabe duda de que hay otra que sólo conduce a los placeres de la regresión. Y si bien hay textos que nos

transforman, hay una gran cantidad que, en el mejor de los casos, no hace sino distraernos. Volveremos a hablar de esto.

A manera de conclusión, se me antoja citar una vez más a Daoud, el chico de origen senegalés:

> Para mí, lo esencial es que existe un lugar al que puede ir la gente cuando tiene ganas de cultivarse o de cambiar, cuando tiene ganas de ser diferente. Algo que la sociedad puede poner a disposición de la gente. Creo que habría que repensar la sociedad como una especie de biblioteca. Tal como está hecho el sistema, es la gente la que está a disposición de la sociedad.

TERCERA JORNADA
El miedo al libro

¿CÓMO SE VUELVE UNO LECTOR?

Hemos visto que la lectura podía ser la clave de una serie de desplazamientos en diferentes terrenos, y en particular contribuir a recomponer las representaciones, la identidad, las formas de pertenencia. Y que además podía ser el preludio para una ciudadanía activa. Por lo tanto, no hay que sorprenderse de que suscite miedos, resistencias, inclusive en la actualidad, cuando todo el mundo clama con voz unánime: "Hay que leer". Los seres humanos tienen una relación muy ambivalente con el movimiento, la novedad, la libertad, el pensamiento, los cuales pueden ser por un lado el objeto de un fuerte deseo, pero también de ciertos miedos a la medida de ese deseo.

Hablaré pues, de ese miedo al libro, o al menos de algunos de sus aspectos, pues me parece que sigue vivo, aun cuando a veces cobra formas más sutiles que las precedentes. Aclaro de antemano que ese miedo no es solamente algo que atañe a los jóvenes. Se encuentra también en su entorno, sobre todo cuando nacieron en un medio en el que el libro es poco familiar. Puede estar activo en sus familias, en sus barrios, entre sus amigos, incluso entre sus profesores. Pero también se encuentra presente en el poder, detrás de los bellos discursos de los políticos sobre la difusión de la lectura.

Con demasiada frecuencia se piensa que el acceso al libro debería ser algo "natural", a partir del momento en que tiene uno ciertas capacidades, en que tiene uno un grado escolar. Sin embargo, la práctica de la lectura puede resultar imposible, o arriesgada, particularmente cuando presupone entrar en conflicto con las costumbres, con los valores del grupo, del lugar en el que se vive. La lectura no es una actividad aislada: encuentra –o deja de encontrar- su lugar en un conjunto de actividades dotadas de sentido.

EL DIFÍCIL ESCAPE DE LA ACTITUD COMUNITARIA

Esto es algo cuya importancia pude medir cuando empecé a trabajar en el tema de la lectura y participé en esa investigación sobre la lectura en el medio rural.[40] Por ello les propongo, en un primer momento, a partir de esa investigación, hablar un poco del tema, y después continuar a partir de otros puntos de vista.

También en este caso, aunque las diferencias entre los estilos de vida rurales en Francia y en México puedan ser muy importantes,

[40] *Lecteurs en campagnes* (Raymonde Ladrefoux, Michèle Petit y Claude-Michèle Gardien, París, BPI-Centre Georges Pompidou, 1993, 248 p.)

encontrarán ustedes probablemente elementos que puedan trasponer o sobre los cuales puedan reflexionar. Hay algo específico relacionado con el hecho de pertenecer a pequeñas comunidades, y vivir en espacios situados en cercanía con la naturaleza, al margen de los lugares en que operan los poderes de decisión y se concentran los bienes culturales: maneras de vivir, valores también, que durante mucho tiempo estuvieron relacionados con la economía de supervivencia y que a veces se prolongan hasta el interior de las ciudades debido a las migraciones. Francia es un país con una fuerte impronta rural, pese a que la mayoría de la población vive desde hace mucho tiempo en ciudades. Me imagino que ése es también el caso de México, con ciertas diferencias, claro está. Espero que me hablen de ello más tarde.

En Francia, la población rural, y particularmente la campesina, han sido escolarizadas desde hace tiempo, desde antes de la Revolución francesa, en el caso de ciertas regiones, hasta la generalización de la instrucción primaria gratuita, obligatoria y laica, a finales del siglo XIX, tras la promulgación de las llamadas leyes Jules Ferry.

Sin embargo, a pesar de esta alfabetización relativamente antigua, la lectura sigue siendo una actividad menos común en el campo francés que en las ciudades. Y cuando preguntamos a los lectores rurales cómo les había nacido el gusto por la lectura, evocaron historias llenas de obstáculos, no obstante la modernización del campo, la multiplicación de los intercambios y de las aperturas; no obstante también las iniciativas públicas, asociativas o individuales, en pro del desarrollo de la lectura. Esos obstáculos no eran sólo físicos; no se trataba únicamente de la lejanía geográfica de las librerías o de las bibliotecas. Eran también obstáculos sociales, culturales, psíquicos. Ésa fue una de las cosas que más me sorprendieron en aquel momento: para un gran número de gente del campo con la que platicamos, la lectura era una actividad riesgosa. De hecho, en el campo, los lectores –o lectoras- tienen que transgredir con frecuencia, todavía en la actualidad, diversos tabúes: la culpabilidad que se identifica con el acto de leer, el temor al escrutinio de la sociedad o el miedo al qué dirán, han regresado, pasando de una región a otra como un eco.

Esos tabúes, ¿en qué consisten? Son de diferentes órdenes. El primer tabú es que al leer se entrega uno a una actividad cuya "utilidad" no está bien definida. Nuestros interlocutores se referían así a esta prescripción secular: "Es malo perder el tiempo, es malo estar inactivo, es malo estar sin hacer nada". Se referían a la memoria de esa ética compartida que por mucho tiempo fue garantía de supervivencia en toda la Francia rural y que daba al trabajo la categoría del valor más alto y condenaba el ocio. Tal como dijo Léontine, por ejemplo, se fomentaba siempre "lo útil". Hasta nuestros días se dedica una gran parte del tiempo libre a los pasatiempos útiles, como construir o reparar la casa, hacer talacha, jardinería, cazar, coser o tejer.

Pero ese tabú que afecta a la lectura "inútil" se ve duplicado, en todos los niveles de edad, por el hecho de ser un placer solitario: en nuestra época, mientras uno lee, se retira del grupo, se aparte, está distraído, en el sentido más fuerte de la palabra, separado. Una deserción como esta no era bienvenida en un mundo rural que se reconocía tradicionalmente por la homogeneidad de sus creencias, sus representaciones, sus valores; un mundo en el que "hacerse el listo", "creerse alguien", distinguirse mediante la expresión de opiniones o de sentimientos personales no era bien visto. Incluso hoy en día esa preocupación por uno mismo, si se muestra a la luz del día, puede ser juzgada inconveniente, ruda, en los lugares en que siempre se atribuye un valor positivo a las actividades compartidas, en que las adhesiones familiares y comunitarias son impositivas, si no en los hechos, al menos en los valores. La afirmación de una singularidad no siempre es algo natural, aun cuando, en muchos espacios rurales, la sociabilidad tradicional pierda cada vez más importancia, aun cuando, como observa Lucette, "antes éramos como una familia, todo el mundo actuaba igual. Ahora cada quien está en su propio espacio".

Cada quien está en su propio espacio, pero para entregarse a la lectura tiene que escapar del grupo caminando de puntitas: resulta, en efecto, notable que en su gran mayoría la gente del campo que conocimos y que gusta de la lectura haya dicho que leía de noche, en la cama, cualquiera que fuera su edad, su situación familiar o profesional. Para citar un ejemplo, escuchemos a esta mujer: "Nunca leí durante el día. Nunca antes de que se hiciera de noche. Incluso ahora que podría hacerlo, no leo durante el día. Leo de noche. De niña me regañaban: '¡El petróleo!' Tenía que hacerlo un poco a escondidas…"

Pero hay también un tercer tipo de tabú: en el campo, el dominio de la lengua y el acceso a los textos impresos han sido por largo tiempo el privilegio de quienes detentaban el poder: los notables, los representantes del Estado y de la Iglesia. Y éstos siempre han intentado hacer de chaperón con los lectores. La Iglesia católica en particular, obsesionada por los peligros de la lectura a nivel popular, estigmatizó por mucho tiempo las lecturas no controladas de la Biblia o de las obras profanas, y se esforzó por hacer de la lectura un acto colectivo y vigilado.

Confrontarse directamente con los libros, sin intermediarios, es deslindarse de ese modelo religioso de las lecturas edificantes, de la lectura vigilada que se aplicó con rigor en las sociedades rurales. Y es salirse de los puestos prescritos, traicionar en cierta forma la propia condición, pasarse del otro lado de esa frontera que marcaba con el ostracismo a quienes estaban destinados a las labores manuales.

Leer en el campo presupone así muchas veces la transgresión de esos tabúes, ya sea que se negocie o que se tenga la astucia para rodear los valores que le dieron sentido a la vida campesina durante siglos, y cuya memoria parece pesar aún sobre las maneras de vivir y pensar. En diferentes regiones, muchos habitantes del campo hablaron de la difícil conquista de un espacio de lectura, un tanto

clandestino: ¡cuántos recuerdos de lecturas a la luz de una linterna, bajo las sábanas, incluso a veces bajo el simple rayo de la luna! Y no eran solamente personas de edad, que hablaran de infancia lejanas, las que nos contaban esto. No, todavía hoy hay gente que se esconde para leer, como la esposa de un agricultor que decía:

> Es la mentalidad de aquí: no se debe perder el tiempo leyendo resolviendo crucigramas. Siempre hay gente que pasa y dice: "Claro, se la pasa sin hacer nada, mientras que su marido se mata trabajando". Cuando veo que alguien llega, escondo el libro. Estoy atenta a lo que sucede. Mi atención no está dormida. Al menor ruido… me pongo lista.

A no ser por ciertas familias, o ciertas regiones, en las que leer era una práctica más familiar, muchas veces la gente del campo accedió a la lectura desde fuera de su marco habitual de vida. Como si eso supusiera rupturas, desgarramientos, separarse bruscamente del tipo de infancia que se vivía en la naturaleza: "Nunca aprendimos a estar en nuestra habitación". "Vivíamos afuera, con el sol o con el día y la noche." Separarse bruscamente de los lazos familiares, pueblerinos, de las comidillas del pueblo. Muchos de ellos se aficionaron a los libros durante un momento de separación: durante su encierro en el internado, durante una guerra o una estancia en el hospital. Al escucharlos hablar, pensaba que la lectura, como la escritura, era cómplice del exilio. Se instauraba mediante una pérdida del vínculo corporal con la tierra, de un éxodo del lugar consuetudinario.

Abro aquí un paréntesis para recordar que, para el psicoanálisis, la lectura tiene un parentesco con las actividades llamadas de sublimación, que se originan en las pulsiones sexuales, pero que se derivan hacia objetos socialmente valorados: principalmente, según Freud, la actividad artística y la investigación intelectual. Estas actividades de sublimación nacen de hecho junto con la separación, junto con el primer objeto cuyo duelo hay que asumir. Para Winnicott, de forma más precisa, las experiencias culturales presuponen un espacio donde situarlas, que él llama el área transicional, la cual se instaura en el espacio de la separación entre hijo y madre.[41] En esa área, ciertos objetos, ya sea una esquina del cobertor o el oso de peluche al que se abraza para dormir o, más tarde, ciertos objetos culturales, representan la transición, el viaje del niño que pasa del estado de unión con la madre al estado en el que entabla una relación con ella. Esos objetos protegen de la angustia de la separación, simbolizan la unión de las cosas que desde ahora están separadas, restablecen una especie de continuidad. De manera que no es imposible pensar que la lejanía respecto al lugar de origen vuelva a activar la angustia de separación primordial, y que, por lo tanto, sea propicia para la lectura. Además, de forma muy concreta claro está, esa lejanía representa la oportunidad de establecer otros encuentros, con gente para quien leer es una actividad más usual. Y

[41] Donald W. Winnicott, *Jeu et rêalité*, París, Gallimard, 1975.

es también la oportunidad de tener acceso a libros que no existen donde uno vive y de liberarse del control mutuo que prevalecía en el pueblo.

Pero la gente del campo que leía, en el fondo, era siempre un poco tránsfuga. Tránsfugas eran los que acabo de mencionar, que se sentían desarraigados –ya sea de forma temporal o duradera- y se habían convertido a esta actividad. Tránsfugas los que se iban un día del pueblo, porque al leer un libro, al apropiarse de fragmentos de conocimiento, habían escuchado el llamado de algo diferente. Tránsfuga también, a su manera, toda esa gente del campo que no se había ido pero que mientras se entregaba a la lectura se fugaba. Como ya vimos, la lectura les permitía viajar por persona interpuesta, abrirse a los sitios lejanos. Los libros los transportaban a otras partes, los invitaban a escaparse. Como a Geneviève, quien lee sagas que la transportan muy lejos, fuera de las paredes de su casa, fuera de los muros del poblado, y que acompaña a su heroína en todas sus tribulaciones: “Sufro todas las miserias que ella sufre: ella cruzó las montañas, luego fue a Turquía; yo estoy realmente con ella”.

Tránsfugas sobre todo porque, a partir de ese espacio de lectura discretamente conquistado, esos lectores rurales veían las cosas de manera diferente. Aprendían, se apropiaban de los conocimientos. Adquirían un dominio más amplio del mundo circundante, y se liberaban del yugo de los que hasta ese momento detentaban el monopolio del saber. Pero, al mismo tiempo, al abrirse a lo novedoso, descubrían en sí mismos territorios y deseos desconocidos. Nos contaban cómo la lectura era la oportunidad para dar un paso fuera del carril, para ver las cosas desde otro ángulo. Para salir de un modelo de vínculo social en el que el grupo ejercía su predominio sobre todos y cada uno. La lectura en el medio rural, cuando no se limitaba al diario local, constituía una vía real de acceso a la individuación.

Pero con ello la lectura se convertía en una práctica riesgosa para el lector, quien podía verse privado de su seguridad, zanrandeado en sus formas de pertenencia, y sobre todo para el grupo, pues uno de sus miembros podía tomar su distancia y abandonarlo. Y también para los poderes, puesto que todas las fidelidades pueden hacer más fluidas cuando se ejerce esta actividad de forma compartida, tanto las fidelidades familiares y comunitarias como las religiosas y políticas.

Lo que, a mi parecer, había resultado difícil en muchos lugares del campo, era precisamente ese paso de una modalidad inicial de lectura pública, oral, edificante, de la que hablé anteayer, a otra forma privada, silenciosa, en la que cada uno y cada una suele encontrar palabras que permiten que se exprese lo más íntimo que hay en ellos; en la que el juego de la lengua va creando poco a poco cierto juego en los puestos asignados, y en la que le viene a uno la idea de que también tiene derecho a tomar la palabra y la pluma.

La transición de la primera a la segunda vertiente de la lectura no se efectuaba sin dificultad. Porque preocupaba a quienes detentaban los poderes y no se resignaban a dejar de controlar a los

que leían. Pero además perturbaba también a la gente cercana al lector, porque ponía en entredicho esa forma de ser en la que la persona no existía más que por y para la congregación en un grupo, en una comunidad. Lo que estaba en juego en ello era la transición a otra forma de vínculo social.

Hay ahí algo que rebasa por mucho, creo yo, el espacio rural francés. No sé cuál sea la situación en México, una vez más, espero que ustedes me lo digan. Pero, por ejemplo, hace unos meses vi en televisión un programa grabado en África, en Malí, un país con un alto porcentaje de población rural. Algunos escritores malinenses hablaban de lo difícil que les resulta en la vida cotidiana aislarse para leer o escribir. Al que se aísla, en Malí, le dicen "el malo". Y el presidente de malí, que es historiador, hablaba de la multiplicidad de cosas que se ponían en juego con la alfabetización y la lectura, y del papel particular que desempeñaban en el acceso a la individuación y al concepto de libertad individual.

No cabe duda que la lectura pone en entredicho el "holismo", como a veces se llama a esas formas en las que el grupo siempre predomina por encima del individuo. Sin embargo, no hay que confundir individuación e individualismo, como hacen muchas veces quienes padecen de nostalgias comunitarias. El que uno no quiera seguir apretujándose en torno a un líder o a una bandera, no significa que se preocupe únicamente por su parte del pastel. Ya comentamos que la lectura, por el contrario, podía introducirnos en círculos más amplios de pertenencia, en nuevas sociabilidades, en formas diferentes de vivir con los demás. Y que podía desempeñar un papel en la democratización profunda de una sociedad.

De hecho, las resistencias respecto a la lectura son proporcionales a lo que está en juego: la manera en que se vincula un individuo con un grupo, con una sociedad. Por ello uno de los primeros actos que realizan los poderes totalitarios es controlar las formas de utilización del lenguaje impreso. Por ello también, de manera más general, la soledad del lector ante el texto siempre ha sido causa de inquietud.

DEL LADO DE LOS PODERES: EL HORROR DE QUE LAS LÍNEAS SE MUEVAN

En la historia, el miedo que sienten los que tienen el poder de que el monopolio del sentido se les escape de las manos tiene una legión de ejemplos. Para no tomar más que uno de ellos, recordemos las leyes que prohibían a los negros el aprendizaje de la lectura, especialmente en Carolina del Sur, donde siguieron vigentes al menos hasta la mitad del siglo XIX, tal como nos lo recuerda Alberto Manguel en su *Historia de la lectura*.[42] Los propietarios de esclavos temían que los negros encontraran en los libros ideas revolucionarias que constituirían una amenaza para su poder, ya sea que tuvieran la

[42] Arles, Actes Sud, 1998, p. 330.

posibilidad de leer volantes llamando a la abolición de la esclavitud, o incluso que a través de la lectura de la Biblia, se abrieran a las ideas de rebelión, de libertad. Manguel evoca a esos propietarios de plantaciones que colgaban a cualquier esclavo que intentara enseñar a los demás. Evoca también a esos esclavos que a pesar de todo aprendieron a leer por los medios más insólitos. Como cierta mujer que había aprendido el alfabeto mientras cuidaba al bebé del propietario de la plantación, el cual jugaba con cubos en los que estaban inscritas las letras. Cuando el propietario la descubre, la golpea a puntapiés y luego a latigazos.

Más recientemente, Manguel recuerda, por ejemplo, que *Don Quijote* fue prohibido en Chile en 1981 por la junta militar, porque Pinochet pensaba (con razón, dice Manguel) "que contenía un alegato en pro de la libertad individual y un ataque contra la autoridad en turno".[43]

Y ustedes saben hasta qué grado los últimos años han sido prolijos en locuras de este tipo, particularmente en lo relacionado con el ascenso de los integrismos. En Egipto, por ejemplo, se llegó incluso a controlar la circulación de *Las mil y una noches*. Y en ese mismo país, y también en Irán, Turquía y Argelia, se ha perseguido o asesinado a escritores. No voy a volver sobre el tema; únicamente quisiera hacer hincapié en detalles que me parecieron interesantes y que, en mi opinión, constituyen otros tantos indicios, otras tantas pistas para avanzar en nuestro intento por entender un poco mejor de qué pueden estar hechos esos miedos al libro.

Por ejemplo, me llamó la atención un detalle. Se trata del imán Jomeini, que fue el que pronunció la *fatwa* contra el escritor Salman Rushdie, clamando por su muerte. Antes de su regreso a Irán y de subir al poder, Jomeini vivía en Francia, en un suburbio de la región parisina, pues nuestros dirigentes de ese entonces habían tenido la buena idea de otorgarle asilo. Cuando Jomeini salía de su casa para hacer un poco de ejercicio, nunca alzaba los ojos para no ser corrompido por el Occidente. Me parece que fue precisamente Rushdie quien mencionó ese detalle durante una entrevista en la televisión. Así pues, leer es arriesgarse a ser alterado, invadido a cada instante. Y el miedo al libro es también el miedo a esa invasión, el miedo a una fisura de nuestro ser, que provocaría el desplome de todo el edificio, de toda la armadura que uno piensa que es su identidad. Cuán frágil, cuán mortífera identidad, ésa que no puede soportar la más mínima alteración, la más mínima novedad, el más mínimo movimiento.

Para entender mejor esas facetas del miedo al libro, sigamos un poco más con Rushdie, quien conoce bien ese miedo, porque ha sufrido sus consecuencias. Lo evocó en un cuento intitulado "Harún y el mar de las historias".[44] Durante la aventura, Harún, que es el hijo de un cuentacuentos, conoce a un personaje llamado *El maestro del culto*. Ese *Maestro del culto* tiene una ambición en la vida: quiere

[43] Ibid., p. 337.

[44] París, 10/18, 1991, p. 187.

destruir todas las historias. Entonces Harún le pregunta: "¿Pero por qué detesta usted las historias hasta ese grado? Las historias son chistosas..." *El maestro del culto* le responde: "Sin embargo, el mundo no es chistoso [...] El mundo está hecho para ser controlado [...] Todos están ahí para ser dirigidos. Y en cada historia única, dentro de cada corriente de historias, hay un mundo, un mundo-historia que yo no puedo controlar. He ahí la razón".

Creo que Rushdie da en el clavo: las historias, las ensoñaciones subjetivas de los novelistas, en especial, son incontrolables, y por lo tanto son inquietantes para quien pretende controlarlo todo. Existe en estos fundamentalistas la voluntad de tener el monopolio absoluto de sentido. Y las historias son tanto más inquietantes cuanto que las palabras tienen la característica peculiar de quedar fuera del alcance de cualquier policía de los signos, desde el momento en que cada quien puede cargarlas de su propio deseo y asociarlas, a su manera, con otras palabras, como vimos en la primera jornada.

Para continuar nuestra pequeña investigación, para recoger indicios una vez más, quisiera confiarles algo que me llamó la atención, y que muestra hasta dónde puede llegar la voluntad política de controlar los juegos del lenguaje. Se trata de las observaciones de una lingüista argelina, Malika Greffou, sobre el sistema de enseñanza del árabe que se aplica en Argelia desde hace más de treinta años. Ese sistema, observa ella, no tiene más finalidad que la de empobrecer la lengua para intentar reducirla a una mera función instrumental. Explica que durante los cuatro primeros años de escuela, los niños no escuchan ni leen texto alguno. Se les condiciona a reflejos pavlovianos por medio de métodos audiovisuales del tipo pregunta-respuesta. No construyen nada por sí mismos, no tienen acceso al lenguaje, es decir a la argumentación, al pensamiento.

La voluntad de empobrecer el lenguaje, de comprimirlo, de ponerle frenos, va muy lejos. Malika Geffou observa que con base a instrucciones oficiales se recomendó explícitamente a los maestros que siempre dieran preferencia al término genérico: *pájaro* en vez de *golondrina*, o a la palabra *rojo* en vez de *carmín*. Y comenta: "Así pues, para nuestros hijos no hay golondrinas, no hay primavera. ¿Qué es lo que tienen entonces en el fondo de los ojos nuestros doctrinarios? Seguramente no son aves migratorias ni hadas de todos los colores". Lo mismo sucede en el caso de la enseñanza religiosa: también se recurre al audiovisual y a las fichas, y se excluye el acceso al texto, a los relatos, a los versículos, a la poesía.

Así pues, todo eso no deja de tener relación con la situación actual de ese país devastado por continuas masacres, aun cuando esto evidentemente no agota el tema. He tomado algunos ejemplos del mundo islámico. Pero creo que en ninguna parte se está asalvo de esa voluntad de los poderes autoritarios de controlar el juego de las palabras. Por ejemplo, en Francia, durante estos últimos años, un partido de extrema derecha, muy xenófobo, ganó las elecciones en

varios municipios. En cuanto asumió el poder, una de sus primeras medidas consistió en apoderarse de las bibliotecas, limitar su acceso y controlar los acervos.

Borges decía que el verdadero oficio de los monarcas era construir fortificaciones e incendiar bibliotecas. Querer controlar los desplazamientos físicos y los juegos del lenguaje es probablemente una sola y misma cosa. Un solo y mismo horror de que las líneas se muevan, un mismo miedo a quienes –sean hombres o mujeres- no pueden ser encerrados en una casilla. Entonces, allí donde existe una *cultura*, hecha de aportaciones múltiples, abierta a todos los juegos, a todas las apropiaciones, los poderes autoritarios quisieran imponer un *código*, un conjunto de preceptos; ahí donde hay un cuadro, matices, luces y sombras, ellos quisieran poner en su lugar un cuadro rígido.

No obstante creo que todos debemos estar atentos a las formas más sutiles que puede adoptar el miedo a esos juegos del lenguaje. el miedo a lo que puede surgir en forma imprevista, gracias a la polisemia de la lengua. En especial, el miedo a los textos literarios, en los que se desempolva la lengua, y en los que se expresan la contradicción y la complejidad humanas. Creo que las sociedades occidentales también están enfermas, a su manera, de un cierto modo de tratar la lengua, de esa ideología de la "comunicación" que fomenta la representación de la lengua como un simple comercio de informaciones. De una visión rígida del "código" semántico, que avanza en esta época de predominio de lo técnico, de multiplicación de las jergas utilitarias. Y esta manera de mutilar la lengua se acompaña, por supuesto, de la descompostura del mundo imaginario y de la "crisis del vínculo social" que en Francia nos aturden continuamente.

Lo que viene a complicar aún más las cosas, es que el soberano, que teme perder el control de su pequeño reino y que quisiera dominarlo todo, puede también actuar en el fuero interno de cada quien. Eso es lo que vamos a ver, después de esta disgresión, al volver a ocuparnos de esos jóvenes que viven en los barrios urbanos marginados de los que hablé extensamente la jornada anterior.

¿Traicionar a los suyos?

Comentaba que una minoría se adueña de las bibliotecas instaladas en esos barrios y de los libros que en ellas se encuentran. Una minoría, puesto que debemos admitir que la mayoría de los que viven allí, desgraciadamente, nunca atraviesan el umbral de esas bibliotecas.

Y he aquí la razón: también esos jóvenes se enfrentan con varios obstáculos y tabúes que se refuerzan unos a otros. Muchas veces encontramos en sus familias características parecidas a las que pudimos observar en el medio rural: la ausencia de los libros, la

imposición de “lo útil”, la desconfianza respecto a lo que se piensa que es algo propio de los ricos, o de los mismos explotadores, de los colonizadores. Y también encontramos ese temor ante el libro, que puede alterar al lector, llevarlo a otras partes, alejarlo de los suyos, emanciparlo del grupo.

Por ejemplo, en ciertas familias inmigradas originarias de África del Norte, o con mayor frecuencia de Turquía, esta desconfianza es abierta y declarada. Al grado de que pone en peligro la educación de los niños, como explica Aiché, quien ayuda a los niños de origen turco a hacer su tarea:

> Ahí tiene usted, por ejemplo, la imagen, en la secundaria o en la escuela primaria, del hombre prehistórico. Nuestra religión no lo admite. entonces el niño vuelve a casa con sus libros y los padres lo regañan: “¿Qué quiere decir esto? Te cuentan una historia estúpida y tú te la crees? […] Y luego, la química, la biología, todo eso, la imagen que el educador construye en la cabeza del niño es destruida en el hogar. Entonces el niño queda confundido. Yo he oído decir a muchos alumnos en la escuela primaria: “Mi mamá dice que lo que hacían en la escuela era cualquier tontería. ¿Qué son todas esas historias de ratas que hablan, de ratones que hablan?” [Se refiere a los libros para niños en los que hay animales que hablan.]

La misma Aiché, quien tenía un gran deseo de aprender y de leer, tuvo que esquivar estos tabúes: “Mis padres me prohibían tomar en préstamo todo lo que fueran libros franceses. Me decían: ‘¿Y ahora qué libro sacaste?’ ‘No, no, mamá, son libros que tomé hace tres semanas, voy a regresarlos a la biblioteca’. Mientras tanto, yo ya los había cambiado…”

Escuchemos ahora a este joven kurdo, que habla el lugar de origen de sus padres:

> Allá todo era pequeño, era el desierto, y había una cultura […] todo el mundo tenía la misma, una religión igual, y estaba el trabajo del campo o de la construcción. Toda su vida se basa en esas cuantas cosas. Ellos no ven el mundo como lo vemos nosotros. Ellos ven solamente ese rincón, y su rinconcito aquí. No ven el resto […] Cuando se les habla de algo nuevo que no conocen, encuentran siempre una respuesta negativa. De hecho, es miedo lo que sienten: como no conocen, le ponen a uno una barrera. No es una barrera mal intencionada, para discriminar algo, un objeto o un ser humano; no, es realmente una protección; quieren que uno permanezca dentro del círculo de ellos. Pero no podemos quedarnos más dentro de su círculo.

Cuando se ha vivido dentro de un registro muy estrecho de puntos de referencia para pensar la relación con el entorno, el hecho de introducir conocimientos o valores nuevos puede ser percibido como algo peligroso, que desequilibra demasiado un universo frágil. Las familias inmigradas, que llegaron recientemente a esos barrios en la periferia de las ciudades francesas, originarias, permítanme recordarles de medios rurales analfabetos, se enfrentan en una verdadera colisión entre universos culturales, particularmente en lo que respecta a la situación de las muchachas. Y es un poco como si la familia tuviera la obligación de ser una verdadera fortaleza que no

admite transformación alguna. Entonces, evidentemente, la lectura representa una vez más el riesgo de que el mundo exterior haga irrupción, de que ponga a temblar los muros de la fortaleza. Tienen miedo de que los libros se lleven a sus hijos, temen perder el control sobre ellos, y más aún sobre ellas; les asusta la idea de que vengan a distraer a las muchachas del mundo doméstico al que pensaban confinarlas.

Y ciertos niños, y en particular ciertas niñas, tuvieron que conquistar en batalla campal el derecho de leer y de ir a la biblioteca, tuvieron que hacer frente al rechazo que manifestaban sus padres respecto a la cultura de las letras. Como Zohra, que es de origen argelino:

> No admitían que hubiera una cultura, y menos aún una cultura francesa. Para ellos la palabra cultura era más bien "quedarse en casa y protegerse lo más posible del exterior". Había que conquistar el derecho de ir a la biblioteca. No era una obligación, los padres no se sentían obligados [...] La biblioteca era más bien un lugar de placer y de ocio, y el placer ha sido siempre algo difícil de aceptar por los padres. Cuando mis padres nos veían a las cuatro hermanas leyendo, y que no queríamos movernos porque teníamos un libro en las manos, se ponían a dar de alaridos; no aceptaban que leyéramos por placer. Les costaba aceptar que tuviéramos momentos propios.

Sin embargo, quisiera de una vez señalar que, aun en este caso en que el miedo es tan manifiesto, las cosas pueden cambiar. Escuchemos nuevamente a Zohra: "Mi padre leía muchas veces el periódico el día del *tiercé* [un pronóstico deportivo popular, basado en las carreras de caballos]. Haía como si estuviera leyendo, incluso ahora tiene unos lentes, y lee el periódico a partir de números. Conoce perfectamente su periódico [...] logra codificar, encontrar puntos de referencia". Así pues, en esta pareja tan hostil a la lectura, el padre es analfabeto... pero a su manera es un "lector".

En cuanto a la madre, escuchemos a Zohra: "Muchas veces mi madre me decía: 'Deberías escribir un libro'. ¡Tenía ganas de contar lo que sabía! Porque muchas veces nos contaba historias de familia terribles, y yo pensaba: estaría bien poder escribir todo esto, porque voy a olvidar todo lo que ella me cuenta..."

Y casi podríamos preguntarnos si, al apropiarse de la cultura escrita, e incluso al convertirse más tarde en la bibliotecaria, Zohra no expresó una parte secreta de sus padres, si no trató de hacer realidad un deseo no expresado de esta cultura de las letras tan vilipendiada. O también podemos pensar que la apropiación de los libros que llevaron a cabo Zohra y sus hermanas reveló en sus padres un deseo de ese tipo.

Sigamos ahora a Zuhal, que es de origen turco: es casi la misma historia:

> Tenía unos padres que veían la lectura con desconfianza, que decían: "¿Qué tanto puede haber en ese libro?" Y ahora han cambiado de opinión [...] Mis padres desconfiaban de la gente que lee. Hasta me acuerdo a veces: "¿Qué es lo que piensan hacer con todos esos libros? No sirve para nada, no lean".

> Y creo incluso que eso fue lo que nos llevó a mis hermanas y a mí a leer y a continuar.

La madre de Zuhal no recibió prácticamente ninguna educación. Cito: ·En este momento está por regresar a la escuela, intenta aprender francés. Se puso a leer ahora y tiene ganas de leer ella sola. En la biblioteca, va a la sección de niños, creo, para leer. Es cierto que ha tenido un cambio total".

He tomado estos ejemplos de algunas familias musulmanas. Pero en esos barrios populares, para muchas familias de origen francés leer es igualmente temido, denigrado. Varias veces me encontré con padres que en el fondo sentían descontento cuando sus hijos eran buenos alumnos y buenos lectores. Había, claro está, una rivalidad, consciente o inconsciente, una inquietud de ser superado, de la que se protegían burlándose de esos muchachos que mejor habrían hecho, según ellos, en buscar más a las chicas, un tema importante del que volveré a hablar en un momento.

Sin embargo, quisiera recordar que ir más lejos que sus padres, distinguirse de ellos, no ha sido nunca una tarea fácil. Puede ser vivido como una traición, un asesinato simbólico. Freud observaba esto cuando intentaba analizar el sentimiento de culpa que acompañaba la satisfacción de haber tenido éxito. Lo cito: "Es como si lo principal para tener éxito fuera ir más lejos que el padre, y como si siempre estuviera prohibido que el padre sea rebasado".[45] Cosa que el sociólogo Pierre Bourdieu vuelve a encontrar, al observar el desgarramiento que surge de la experiencia del éxito vivida como una transgresión: "Cuanto más éxito tienes, más fracasas, más matas a tu padre, más separas a los tuyos".[46]

Ciertos escritores evocaron también los riesgos de estas escapadas solitarias, que a veces alcanzan lo trágico, como en Martín Edén de Jack London, un libro completamente autobiográfico en el que el héroe, un obrero fanático de la lectura y loco de orgullo que se convierte en novelista, se siente incomprendido tanto en su medio original como entre los ricos y acaba suicidándose.

Todo ello no significa evidentemente que no haya que moverse de su puesto, sino que se trata de una aventura compleja, más compleja de lo que se cree, y que exige ser elaborada, pensada acompañada. Y cuando el "ir más lejos que su padre", el diferenciarse de los suyos, se inscribe también en un alejamiento geográfico, debido a una migración en el interior de un país, o de un país a otro, las cosas pueden ser aún más difíciles. Con mucha frecuencia se culpabiliza al emigrante y este interioriza la culpabilidad; no puede dejar de pagar una deuda manteniendo a los suyos que quedaron en el país natal, y probando incesantemente que no traicionó su cultura de origen, ni los valores que eran importantes en su pueblo. Tener un fracaso escolar o rechazar la cultura de las letras puede ser así, de forma inconsciente, la manera de pagarle una deuda a esa cultura de origen, o a la de los padres. Eso es algo

[45] Sigmund Freud, en *Résultats, idées, problèmes II*, 1921-1938, París, PUF, 1985, pp. 221-230.
[46] Pierre Bourdieu, en *La Misère du monde*, París, Seuil, 1993, pp. 711-718.

que los psicólogos observan frecuentemente cuando se enfrentan con niños que rechazan el lenguaje escrito.

Hasta aquí nos hemos ocupado de las familias en que el miedo a los libros se presenta de forma manifiesta, declarada. Pero existen también familias en las que este miedo es más retorcido, en las que, por ejemplo, los padres alejan a los niños de los libros porque son demasiado insistentes en sus recomendaciones. En el medio rural por ejemplo, un nuevo imperativo ha venido a sustituir –o más bien a agregarse- el mandamiento secular de "no pierdas el tiempo". Este nuevo imperativo es: "Hay que leer, hay que tener instrucción". Escuchemos por ejemplo a esta mujer hablando de sus hijas: "Ya lo he dicho: 'Hay que leer, hay que leer' [...] y en cada cumpleaños había libros. Por muy pequeñas que fueran, les regalé siempre libros, todo el tiempo..."

En Francia, de manera más general, los discursos sobre la lectura se han invertido. Hasta los años sesenta, preocupaban más bien los peligros a los que podría exponer una difusión incontrolada de la lectura. A partir de entonces, todo el mundo se queja de su insuficiente distribución; la lectura es considerada en la actualidad por la mayoría de los padres como un capital, y tanto la gente del campo como la de las ciudades se quejan al unísono de que: "Los jóvenes no leen bastante". Hay que observar que muchas veces es una visión utilitaria, estrecha, la que los hace desear que sus hijos lean: hay que leer para mejorar el francés, para alcanzar el conocimiento, para tener buenas calificaciones en la escuela, en esta época en que la tasa de desempleo es tan alta y en la que uno se pregunta cómo brindar a sus hijos alguna posibilidad de encontrar un empleo.

Así pues, para las generaciones anteriores el deseo de lectura a veces se abría camino leyendo bajo las sábanas, con una linterna en la mano, a escondidas, en contra del mundo entero. Hoy en día se tiene la impresión de que el gusto por la lectura traza su camino entre "lo prohibido" y "lo obligatorio". Los niños, tanto en el campo como en la ciudad, se enfrentan muchas veces con consignas paradójicas, como: "debes tener gusto por la lectura", es decir: "debes desear lo que es obligatorio". Y ciertos padres pueden por un lado incitar a sus hijos a la lectura, porque podría ser útil para sus estudios, y al mismo tiempo irritarse porque los sorprendieron con un libro en las manos, bastándose a sí mismos.

Continuando con el tema de las resistencias –no tengan temor, ya habrá oportunidad de evocar aspectos más positivos-, hay que decir también unas palabras sobre la escuela, aun cuando yo no estoy particularmente calificada para hacerlo.

Si bien la escuela brinda a ciertos jóvenes los medios para librarse de los determinismos sociales, si bien ciertos profesores hacen todo para "sacar adelante" a los niños, para ayudarlos a salir de los senderos trazados, otros maestros contribuyen, por desgracia, a que la escuela funcione como una máquina para reproducir el orden social, una máquina de excluir.

A estos jóvenes de los barrios marginados se les destina con frecuencia a sistemas formativos que llevan a una deficiente preparación, que ellos llaman "armarios" y "acotamiento". Escuchemos a Zohra: "Nosotros, en aquella época, estábamos en un armario. Era, en pocas palabras, la maestra de los débiles mentales y de los extranjeros, porque la clase estaba compuesta por no francófonos y por niños con dificultades de aprendizaje que a veces era de origen francés". Y ya, desde la infancia, han debido aprender a valerse de la astucia, como Nejma:

> A todos nos orientaron a hacer carreras cortas, e incluso me acuerdo de una maestra de matemáticas que le decía a mi hermanito: "Sí, vas a estar bien con tus amiguitos; van a estar bien todos juntos cursando un diploma de estudios técnicos". Sin embargo, nunca nos dejamos influir, y todos hicimos estudios superiores [...] Los profesores impulsaban a algunos a orientarse más bien hacia las secciones de acotamiento. Y eso en general se siente, aun cuando uno sea muy chico. Me acuerdo que en el primer año de primaria no hablaba, no conocía todas las palabras en francés, y recuerdo que ocultaba ese hecho porque sentía que si lo dejaba ver, iba a tornarse en contra mía. Y en efecto, a todos los niños que tenían dificultades los ponían en una escuela especializada de donde nunca volvían a salir. Y aunque fuera muy chica, y sin saber exactamente por qué, sentía las cosas, veía que no había que confiar en esta persona, y que había que ocultar esa desventaja mía.

Sin embargo, no todo el mundo tiene la agudeza y la combatividad de Nejma. Otros se quedarán con la idea de que el aprendizaje es una humillación cotidiana. Y de que la lengua de los libros es la lengua de los que tienen el poder. De ahí que manifiesten conductas defensivas para compensar su marginación cultural, su exclusión simbólica, política. Rebeldía cuando se siente arrinconados en la sumisión, en la impotencia, y que puede llegar hasta el odio a la cultura y hasta el vandalismo contra las instituciones que la encarnan.

Es necesario observar que incluso muchos jóvenes que lograron concluir con éxito sus estudios no son benevolentes hacia la escuela. Entre nuestros entrevistados, muchos coinciden en pensar, por ejemplo, que la enseñanza tiene un efecto disuasivo sobre el gusto por la lectura. Se quejan de esos cursos en los que se disecan los textos y donde les resulta imposible verse reflejados. De las fichas de lectura abominables, de los programas que rinden culto al pasado. De toda esa jerga tomada de la lingüística con que los atiborran, etcétera.

Pero de manera más general, más allá de esos jóvenes que viven en los barrios marginados, algunos sociólogos lograron resumir la situación como sigue: "Cuanto más asisten a la escuela los alumnos, menos libros leen".[47] Según esos sociólogos, la enseñanza del francés contribuye a crear un proceso de rechazo a la lectura. Particularmente, la transición de la secundaria a la preparatoria, que sucede en principio hacia los quince años, suele ir acompañada de "una transformación profunda de las normas de lectura, que

[47] Christian Baudelot y Marie Cartier, *Actes de la recherche*, núm. 123, junio de 1998, p. 25.

desestabiliza a la mayoría de los alumnos…", pues se exige a estos alumnos una verdadera "conversión mental": a partir de entonces deben tomar ante los textos una actitud distante, erudita, de desciframiento del sentido, totalmente diferente de sus lecturas personales anteriores.

Así pues, tal vez el predominio en el sistema de enseñanza francés de un modelo de lectura entendida como "decodificación" o "desciframiento" del texto inhibe la emoción e impide la identificación. Pero las quejas de los alumnos son sensiblemente las mismas en otros países, como Alemania, donde la formación literaria está sin embargo orientada al retorno hacia sí mismo, más que al distanciamiento respecto a los textos. Puede haber una contradicción irremediable entre la dimensión clandestina, rebelde, eminentemente íntima de la lectura para sí mismo, y los ejercicios realizados en clase, en un espacio transparente expuesto a la mirada de los demás. Claro está que deben establecerse matices, y en la jornada siguiente veremos cómo ciertos educadores han sabido, por el contrario, comunicar su pasión, e introducir a los jóvenes en una relación totalmente diferente con los libros. Pues lo que está en tela de juicio es también la relación personal del maestro con la lectura.

Pero, volviendo al tema de los jóvenes de sectores marginados, con gran frecuencia los libros recuerdan demasiado a la escuela, y eso les trae memorias de humillación, de aburrimiento. Rechazan ese saber que no los admitió en su seno, tienen una relación de despecho amoroso con la lengua y la cultura de las letras.

El miedo a la interioridad

Y esto se da sobre todo en los muchachos, que son rehenes de las pandillas en las que se les ofrece un sentimiento de pertenencia, en las que se controlan los unos a los otros. Porque, además de los padres temerosos de que los libros lleven demasiado lejos a sus hijos, además de los educadores que no siempre han logrado comunicar que leer no era necesariamente someterse a un sentido impuesto, además, están los amigos. Y las conductas de fracaso a la escuela, al saber, a la lectura, vienen a sustentar una armadura, un caparazón que identifican con la virilidad, y son reforzadas por el deseo de no verse rechazado por el grupo. Un educador me contó que en el barrio en que trabajaba, cuando un muchacho sentía la tentación de acercarse a los libros, los miembros de su banda le decía: "No vayas. Vas a perder tu fuerza".

Con gran frecuencia, en los medios populares, el "intelectual" resulta sospechoso; se le hace a un lado como un paria, se le trata de "lambiscón", de marica, de traidor a su clase, a sus orígenes, etc. Muchos sociólogos y escritores han relatado esto en diferentes países. Me inclino a pensar que se trata de un hecho compartido comúnmente y que no conoce fronteras, aun cuando, claro está, las variaciones culturales son de gran importancia. Daré algunos

ejemplos, porque es necesario conocer esta forma de resistencia para, llegado el momento, poder ayudar a los jóvenes a escapar de ella. Y me daría mucho gusto escucharlos hablar más tarde de cómo se llama esto en México.

Sigamos por ahora los pasos del novelista Andreï Makine: la historia sucede en Rusia; el narrador es un adolescente interno en una pensión al que le gusta mucho leer:

> La sociedad en miniatura de mis colegas manifestaba hacia mí, ya sea una condescendencia distraída (yo era un "inmaduro", no fumaba y no contaba historias salaces en las que los órganos genitales masculinos y femeninos eran los principales personajes), o bien una agresividad cuya violencia colectiva me dejaba perplejo: me sentía muy poco diferente de los demás, no creía merecer tanta hostilidad. Es verdad que no me extasiaba ante las películas que su mini sociedad comentaba durante los recreos, no distinguía uno de otro a los equipos de fútbol de los que eran apasionados fanáticos. Mi ignorancia los ofendía, veían en ella un desafío. Me atacaban con sus burlas, con sus puños.[48]

Sigamos ahora al novelista Paul Smaïl, en el patio de recreo de un gran liceo parisino. El narrador es de origen kabil:

> Me inicié en el box a los trece años. Estaba en cuarto año de secundaria, en el liceo Jacques-Decour y en cada pausa, los demás me caían a golpes. Y a la salida me expropiaban. ¡Me quitaban todo!, mi gorra, mi chamarra, mi mochila…
> ¿Por qué? Pues porque yo era el más joven, justamente, y tenía las mejores calificaciones. Porque le caía bien a las niñas. Porque leía todo el tiempo. Porque no me sentía deshonrado al contestar cuando el maestro interrogaba en la clase. Porque el maestro de francés le leyó un día a toda la clase mi redacción, usándola como modelo. Porque, al igual que a mi padre, me parecía importante hablar con corrección […] Cuando veo en las noticias de la televisión algún reportaje sobre los hutus y los tutsis, me parece que vuelvo a ver el patio de recreo del liceo Jacques-Decour.[49]

A continuación les presento los adjetivos atribuidos al alumno que gusta de la lectura por alumnos de liceos técnicos o profesionales en Francia: "bufón", "cerebrito", "lentudo", "hijo (o hija) de papi", alguien que no debe sentirse muy bien en su pellejo, sin personalidad, alguien que se cree más listo que los demás, un enfermo, un trabado, un solitario, alguien que "da flojera", etc. Como dice François de Singly, el sociólogo que comenta esta encuesta: "Basta con escuchar el retrato hablado de un alumno muy aficionado a leer que hace una clase de contabilidad, para entender que, si existe un joven como éste, vive escondido".[50]

De hecho se oculta: el sociólogo Erving Goffman, en su libro *Stigmate*, nos da un ejemplo más, esta vez en Inglaterra, de un bandido que se esconde de sus seres cercanos para ir a la biblioteca: "Iba a una biblioteca pública cerca de donde vivía, y miraba por

[48] *Le Testament français*, París, Mercure de France, 1995, p. 139.
[49] *Vivre me tue*, París, 1997, pp. 26-27.
[50] *Les Jeunes et la lecture*, Ministère de l'Éducation Nationale et de la Culture, Dossiers Éducations et formations, 24, enero de 1993, p. 124.

encima de mi hombro dos o tres veces antes de entrar, sólo para estar seguro de que no hubiera nadie que me conociera en los alrededores y que pudiera verme en ese momento".[51]

En los medios populares, y a veces más allá de ellos, muchos hombres piensan que la lectura afemina al lector. He aquí un ejemplo de un libro intitulado *Chut* (Shhh), que trata del amor por la lectura, escrito por Jean-Marie Gourio. El padre del narrador, que hasta entonces nunca había tocado un libro, se compra un día un pequeño tratado médico. Y helo aquí caminando por las calles sin saber cómo llevar ese objeto insólito. Cito:

> [...] ese pequeño libro de unos cuantos gramos le pesaba en el extremo de la muñeca y le provocaba tensión en la nuca, siendo que de por sí cojeaba un poco a consecuencia de su herida; ¡con su libro, papá daba la impresión de ser un verdadero minusválido! Y muy pronto –no había más que treinta metros de recorrido- se sintió aliviado de poder colocar su adquisición sobre el mostrador. ¡Parecía que le hubiéramos pedido que caminara con falda y tacones![52]

En cuanto al narrador, que se enamoró de una bibliotecaria, y que se deja llevar por la ensoñación, por las metáforas, dice: "Nunca antes se me habían ocurrido semejantes mafufadas; me hubiera llamado a mí mismo marica".

Esta relación entre el hecho de aproximarse a los libros y el riesgo de perder la virilidad tal vez se da ante todo lenguaje escrito que pueda exponer al riesgo de verse influido, aunque sea en forma momentánea: esos muchachos confunden el dejar de lado por unos minutos su caparazón y el caer en un abismo de debilidad.[53] Pero esto resulta particularmente claro en el caso de lecturas que tienen mucho que ver con la interioridad. Para los muchachos no es fácil aceptar que en ellos existe un hueco en el que se puede dar cabida a la voz de otra persona, y ese tipo de lectura puede ser percibido de forma inconsciente como algo que expone al riesgo de la castración. La pasividad, la inmovilidad, que parecen ser necesarias para la lectura, pueden también vivirse como algo angustioso. De hecho al abandonarse a un texto, el dejarse llevar, poseer por las palabras, presupone tal vez para un muchacho la aceptación, la integración de su parte femenina. Si bien esto es algo relativamente fácil en las clases medias o en un medio burgués –en donde existen otros modelos de virilidad, en donde la cultura de las letras es reconocida como un valor-, en un medio popular, en que los muchachos se mantienen bajo un estrecho control mutuo, resulta particularmente difícil.

Los conflictos socioculturales, por lo tanto, pueden reforzar o disfrazar miedos más inconscientes: esos muchachos tal vez no soporten la duda, la sensación de carencia que acompaña a todo aprendizaje, y se sienten acosados por palabras que los remiten a

[51] *Stigmate*, París, Minuit, 1975, p. 13.
[52] Julliard, 1998, p. 54.
[53] Serge Boimare, Nouvelle Revue de Psychanalyse, núm 37, 1998.

interrogaciones arcaicas, a la muerte, al sexo, a los misterios de la vida, a la pérdida.

No olvidemos aquella antiquísima relación entre el libro, el conocimiento y los misterios del sexo, ejemplificada hoy día en el hecho de que a menudo nuestros primeros conocimientos sobre el sexo los obtenemos del diccionario. Si la curiosidad fue por mucho tiempo considerada como un defecto, esto no deja de tener relación con el hecho de que, según el psicoanálisis, la pulsión del conocimiento se origina en la curiosidad sexual de la infancia.[54] De manera más precisa, la curiosidad consiste, desde el primer momento, en saber de qué está hecho el interior del cuerpo, y por excelencia el interior del cuerpo materno. Melanie Klein y James Strachey mostraron que había una equivalencia para el inconsciente entre los libros y el cuerpo materno.[55] Melanie Klein escribió: "Leer significa para el inconsciente tomar la ciencia del interior del cuerpo de la madre [...] el miedo a despojarla es un factor importante en las inhibiciones respecto a la lectura".

Con esto coincide también Alberto Manguel, en su Historia de la lectura, que ya he citado aquí, cuando dice:

> La inquietud común respecto a lo que podría hacer un lector entre las páginas de un libro se parece al temor eterno que sienten los hombres ante la idea de lo que las mujeres podrían hacer en los lugares secretos de su cuerpo, de lo que podrían realizar en la oscuridad brujas y alquimistas detrás de sus puertas cerradas con triple llave.[56]

Si los he llevado tan lejos, es solamente para hacerles sentir en qué medida la lectura no es la actividad anodina a la que se quiere reducirla algunas veces. Para decirles también que es posible ayudar a los jóvenes a dejar atrás esos miedos: por ejemplo, en Francia, hay un psicoterapeuta, Serge Boimare,[57] que reconcilia a los muchachos con la lectura aportándoles, por medio de mitos, cuentos, poesías, un material capaz de enriquecer su imaginación, y gracias al cual pueden pasar por el tamiz, filtrar en cierta forma los sentimientos inquietantes que les despiertan la lectura y las situaciones de aprendizaje, y que bloquean su pensamiento. Mediante la lectura de la cosmogonía de Hesíodo, de los cuentos de Grimm o de las novelas de Julio Verne, Boimare les da la posibilidad de simbolizar fantasmas muy arcaicos. Así su necesidad de control y de dominio, su rigidez, dejan paso a movimientos psíquicos.

Ciertos muchachos eligen de manera espontánea, otra cosa que la virilidad gregaria, eligen la búsqueda de sí mismos. En

---

[54] Vése, por ejemplo, Melanie Klein, *Psychanalyse des enfants*, París, PUF, 1990, y "Contribution à la théorie de l'inhibition intellectuelle", en *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1968. Roger Dorey, *Le Désir de savoir*, París, Denoël, 1988, y Françoise Schulman, "Le lecteur, ce voyeur", en *Espirit*, núm. 453, enero de 1976.

[55] *Cf.* Melanie Klein, "Contributions…", op. cit., y James Strachey "Some unconscious factors in reading", *International Journal of Psychoanalysis*, 1930, vol. XI.

[56] *Op. cit.*, p. 37.

[57] Art. cit.

particular me sorprendió la cantidad de muchachos que confesaron que les gustaba leer poesía o escribirla. Aunque, claro, sin revelárselo a sus amigos, para evitar la represión que padece todo el que se "quiebra la cabeza". Es el caso de Nicolas, a quien escucharemos ahora:

> Si una piensa: "ése va a burlarse de mí" [...] el factor vergüenza tiene mucho peso sobre la lectura y la relación con la escritura. Es algo reservado para una élite. Tengo un amigo que es muy aficionado a ir a las galerías de pintura. Es lo mismo: irá al club deportivo, lo guardará para sí, no hablará de ello [...] Confiarse a los demás es demasiado cruel [...] La cantidad de gente que lee cosas y que nunca van a decirlo es enorme.

En realidad, en los medios populares, no cualquier muchacho es el que va a seguir el camino de la lectura: con frecuencia será alguno que, por una u otra razón, se diferencie del grupo. Escuchemos nuevamente a Nicolas:

> No creo que tenga un carácter como para andar vagando por las calles. Nunca estuve integrado en el grupo, porque yo no tenía la noción de grupo [...] Por eso tuve que salirme de la escuela, había dos de ellos que me causaron problemas. Fui más fuerte que ellos, pero todo el barrio se me echó encima, y el barrio son cincuenta personas, así que no tuve elección: dejé la secundaria, dejé a mis amigos, sentía demasiado miedo.

Escuchemos ahora a Jacques-Alain, que es un gran lector: "Siempre fui un niño solitario y diferente, vuelto hacia mi interior [...] Mis amigos eran los libros". O a Roger, en otro contexto, en el campo. Roger es un agricultor autodidacta:

> ¿De dónde viene ese amor por los libros? Sebe usted, a los veinte años caminaba por el pueblo pegado a las paredes, no saludaba. Muy tímido. Replegado en mí mismo. Nunca jugué fútbol, detesto el bar. Me gustaba andar en bici, ¿por qué? Cómo se explica... No lo sé. De cualquier manera, siempre me gustó leer.

O, para terminar, escuchemos a Richard Hoggart, un intelectual originario de las clases populares inglesas que escribió su autobiografía:

> Necesitaba descubrir algo por mí mismo, apartarme en cierto modo del camino trazado, realizar mis propios descubrimientos, encontrar mis propios espacios para el entusiasmo fuera de lo que los maestros proponían y más allá de los temas de que hablaban casi todos mis compañeros. Ese camino pasaba por la biblioteca municipal...[58]

La individuación y la lectura van de concierto, pero tal vez la lectura, si bien constituye un punto de apoyo decisivo en la elaboración de la singularidad propia, presupone sin embargo, al menos para los muchachos, el haber salido del grupo, o la dificultad de sentirse parte integrante de él, o un deseo de diferenciarse. Y esta

[58] *33 Newport Street. Autobiographie d'un intellectuel issu des clases populaires anglaises*, París, Gallimard, 1991, p. 228.

diferencia, en lo sucesivo, se ve ratificada, desarrollada, gracias a la lectura.

Observemos de paso que esto puede ser cierto también, en menor proporción, en el caso de las muchachas: como por ejemplo Leá, una joven zaireña de diecisiete años que vive en los suburbios parisinos: “Ellos se desplazan en grupo. Yo, cuando vengo de la biblioteca, vengo sola, prefiero hacer mis cosas sola. No tengo espíritu de colectividad.”

Incluso entre quienes frecuentan las bibliotecas, hay algunos que solo vienen en grupo a hacer su tarea, y nunca desarrollarán el gusto por la lectura o por descubrir algo por sí mismos. Mientras que hay otros que algún día se atreverán a curiosear solos entre los libreros. Entonces, ¿por qué algunos permanecen siempre pegados unos con otros, sin que se les ocurra nunca abrir un libro, mientras que otros emprenden, algún día, un camino singular hacia la lectura? Por un lado es una cuestión de temperamento personal; pero también suponen que el joven usuario de una biblioteca cuenta con una autonomía que se espera que tanto la lectura como la biblioteca ayuden a construir. Pero sin duda éstas no pueden, precisamente, más que contribuir, infundir seguridad. Si bien la lectura y la biblioteca posibilitan grandes cosas para quien tiene el deseo de cambiar, de convertirse en algo diferente, de “apartarse del camino trazado”, esto resulta mucho más incierto para quien tiene mal afirmado ese deseo.

Dicho de otra forma, la lectura puede reforzar la autonomía, pero el hecho de entregarse a ella presupone ya cierta autonomía. La lectura puede ayudar a construirse, pero tal vez presupone que se esté ya lo suficientemente construido y que se soporte la soledad, la confrontación consigo mismo. En términos psicoanalíticos, la lectura ayuda a elaborar la “transicionalidad”, para usar la expresión de Winnicott, pero presupone que se haya tenido acceso a esa transicionalidad, que se haya salido de la fusión.

Para leer libros, y más aun para leer literatura –que es algo que perturba, que puede poner en entredicho la seguridad, la pertenencia-, es necesario tal vez que haya una especie de estructuración mínima del sujeto. Entonces, ¿de qué margen de acción se dispone para atraer hacia la lectura a la gente, joven o menos joven, que necesita una identidad hecha de concreto (por carecer de una verdadera seguridad en cuanto a la identidad)? No lo sé, sería necesario en ese punto trabajar más cerca con psicoanalistas y psicólogos.

Si no puede trabajarse en ese sentido, la mayor parte del tiempo habrá dos caminos: algunos elegirán el comunitarismo viril, y sentirán temor del encuentro frente a frente consigo mismos que implica la lectura, de la alteración que la acompaña, de la carencia que puede significar; y otros van a elegir un camino singular. Por mi parte, obviamente, me parece que un hombre que no le teme a su propia sensibilidad es mucho más maduro, más humano, que los que se desplazan en hordas y que alardean ruidosamente de su

musculatura. Y he de confesarles mi preocupación sobre este punto cuando me doy cuenta de que, en Francia, la división entre muchachos y muchachas respecto a la lectura se acrecienta: según varias investigaciones recientes las tres cuartas partes de quienes leen novelas son actualmente lectoras. Entonces, ¿cómo hacer para que los muchachos le tengan menos miedo a la interioridad, a la sensibilidad?

¿Cómo transmitirles, en particular, la experiencia de otros hombres que vieron en ella dimensiones infinitamente deseables? Como el escritor Jean-Louis Baudry, quien escribió un hermoso texto sobre su relación con las mujeres-, del que tomo algunas frases:

> La lectura me parecía una actividad específicamente destinada a las mujeres, como por ejemplo, la danza. Los hombres solo participaban en ella en la medida en que podía llevarlos más directamente a las mujeres. Leer un libro era convertirse en un caballero al servicio de los placeres de su dama, que eran ante todo placeres de expresión. La lectura era además tan femenina que feminizaba a los que, al igual que mi padre, se entregaban a ella. Los feminizaba al grado de que los volvía capaces de reflejar la luz de esas virtudes que hacían resplandecer a las mujeres, virtudes asociadas con la práctica y el dominio del lenguaje: inteligencia, sutileza, finura, imaginación, y ese don que parecían poseer ellas de ver más allá de las apariencias. Pero ante todo, y de manera tal vez paradójica, la lectura constituía uno de los atributos de la autonomía que yo les adjudicaba.[59]

Una vez más, la lectura se ve asociada con las mujeres. Pero para ese escritor, lejos de volverla despreciable, esto es por el contrario lo que constituye su atractivo, su encanto.

Ha aquí, pues, cierto número de “materiales” sobre el miedo al libro. Los he llevado a pasear por muchos lugares, desde las campiñas francesas hasta las riberas de Arabia, desde los fantasmas arcaicos hasta las plantaciones esclavistas, y me imagino que ya deben estar mareados. Así pues, sin tener la pretensión de decirles la última palabra sobre todo esto, porque la cuestión es inmensa y sigue abierta, ¿qué podemos observar si hacemos el esfuerzo de recapitular un poco?, ¿existe algo en común, en grados claro está muy diferentes, entre los fundamentalistas religiosos, los muchachos preocupados por la pérdida de su virilidad, los padres que temen que sus hijos se les vayan de las manos, etcétera?

Tal vez sea ese temor a perder el dominio sobre algo. El miedo a enfrentarse a la carencia. A la pluralidad del sentido, a la contradicción, a la alteridad, miedo a salir de Uno. Miedo, también, a que la identidad se resquebraje, se desplome; una identidad que sólo puede concebirse como hecha de concreto, exenta de fisuras, inmutable. O al menos la dificultad de la transición entre una modalidad donde la identidad, que se vive como una entidad fija, se preserva gracias a un alto grado de cerrazón ante el otro, hacia otra modalidad en que la identidad se concibe más bien como un proceso,

[59] “Un autre temps”, Nouvelle revue de paychanalyse, núm. 37, 1988.

un movimiento, y en que se percibe al otro menos como una amenaza y más como una posibilidad de enriquecimiento.

Tal vez quien permanece alejado de los libros es porque cree que va a perder algo, mientras que quien se acerca a ellos entiende que tiene algo que ganar. El primero tiene miedo a que se le dé un nombre a la carencia, que él intenta negar con todas sus fuerzas. El segundo sabe que a través de los libros, y a través de la literatura, podrá, por el contrario, apaciguar sus miedos. Lo dice muy bien el escritor italiano Alessandro Baricco:

> La literatura debe constituir un medio para enfrentarse a la tristeza de la realidad, a nuestros miedos y al silencio. Debe intentar pronunciar palabras, porque tenemos miedo a lo desconocido y a lo innombrable. Creo entonces que todas las historias –tanto las mías como las de los otros escritores- no son más que elaboraciones lingüísticas complejas que intentan darle un nombre a nuestras heridas, a nuestros miedos, haciéndolos de esta manera menos atemorizantes. He ahí el inmenso valor ético y civil de las narraciones [...] Si mucha gente lee mis libros, es entre otras cosas porque como yo, tienen miedo a la realidad, aun cuando no siempre lo sepan [...] Si uno conoce lo que le asusta, puede escapar de ello. Nombrar es conocer; por lo tanto los escritores nos ayudan a dominar nuestros miedos. Personalmente, prefiero la dominación de las narraciones a la denominación de la ciencia, de la filosofía o de la religión. En el filósofo, el erudito o el cura, hay siempre una especie de autoridad que no se encuentra en el escritor.[60]

Además el que tiene miedo a los libros no ve en ellos más que algo repelente, austero, alejado de la vida. Mientras que el lector sabe que pueden ser una fuente de infinito placer. Y aunque he hablado extensamente del miedo al libro, quisiera decir, para volverles a infundir un poco de ligereza, que aquellas y aquellos que han tenido la oportunidad de leer, lo que evocan, antes que nada y extensamente, es su placer. Les cederé, pues, la palabra antes de seguir recorriendo los caminos que lo llevan a uno a convertirse en lector.

Algunos hablan de la lectura como de un ejercicio vital (“si uno no lee, se muere; leer es un alimento vital”), o de una historia de amor, que incluye amores a primera vista. Otros se dejan tocar, invadir por el texto, se entregan a sus aventuras, se abandonan a la alteración: “Kundera cambió mi forma de leer”, nos cuenta una mujer joven:

> Lo volví a leer y esa vez me transformó totalmente. Dejé de preguntarme lo que pensaba, o con qué estaba de acuerdo; me sorprendía, a veces me molestaba, y a partir de eso se dio un nuevo descubrimiento de la lectura y de los libros. Ya no se trataba de autores, de ideas que podían gustarme, sino que podían precisamente aportarme algo diferente.

La lectura puede ser un asunto de pasión que no espera, por ejemplo en esa mujer, madre de tres hijos que dice: “Si es realmente apasionante, me instalo ahí. No importa que griten mis hijos, que tengan hambre, no vale la pena. O les preparo un huevo frito, y

[60] *Magazine littérarie*, febrero de 1998, p. 81.

rápido regreso a mi lectura". Y los que gustan de leer encuentran los atajos que les permiten entregarse a esa pasión, como este agricultor:

> Sabe usted, mi mujer y yo teníamos siete hijos; es algo que realmente lo mantiene a uno ocupado. Mi esposa además ayudaba en la iglesia, daba catecismo. Y sin embargo, siempre encontramos formas de compartir el trabajo, nos las arreglábamos. Así que no me venga con que "no tengo tiempo". Eso no existe. Cuando uno quiere organizarse, se puede.

Para ellos, el gusto por la lectura adopta muchas veces la forma de una incorporación ávida, de un asunto oral. Veamos algunas expresiones que aparecieron una y otra vez en las entrevistas: "leer hasta hartarse", "me lo devoré todo", "me chupé los dedos", "es como una golosina", "es algo sabroso, sabroso", "quisiera probarlo todo", "hay quienes saquean el refrigerador, yo saqueo la biblioteca", etc. Con mucha frecuencia, la intensa necesidad de lectura, la incapacidad de liberarse de ella, hacen que se la compare con una droga, como esa mujer que dice: "Los libros son como una droga. Si no lee, uno puede morirse. Mi marido ha leído toneladas de libros, se ha leído todas las bibliotecas del pueblo, siempre leyó y sigue leyendo todo el tiempo. Es una enfermedad. Leía incluso mientras comía, ya no hacía otra cosa".

¿Cómo se vuelve uno lector?

Entonces, en conclusión, ¿cómo se vuelve uno lector? Todo lo que hemos dicho hasta ahora nos ha brindado ya muchos elementos para responder.

Es, claro está, en buena parte una cuestión de medio social: cuando se ha nacido en un medio pobre, aun cuando se haya recibido alfabetización, los obstáculos, los tabúes, como vimos, pueden ser múltiples: pocos libros en el hogar, la idea de que eso no es para uno, la preferencia que se le da a las actividades de grupo sobre estos "placeres egoístas", las dudas respecto a la "utilidad" de esta actividad, la dificultad de acceso al lenguaje narrativo, todo puede unirse para disuadirlo a uno de leer. A esto se agrega que, si se trata de un muchacho, los amigos ponen un estigma sobre el que practica esta actividad "afeminada", "burguesa", que para ellos se asocia con el trabajo escolar.

Sin embargo, los determinismos sociales no son absolutos: en Francia, la tercera parte de los hijos de obreros leen por lo menos un libro al mes, y la tercera parte de los hijos de los empleados de alto nivel leen menos de un libro al mes. En el transcurso de los últimos treinta años, las diferencias entre categorías sociales han disminuido para los que tienen menos de veinticinco años (por desgracia esto es efecto sobre todo de la disminución del número de lectores asiduos de las categorías superiores...). De hecho, incluso en los medios más

familiarizados con el libro (¡incluso en los medios de la edición, de las bibliotecas, de la universidad o de la investigación!), muchos son los que no leen, o que limitan su práctica de la lectura a un marco profesional estrecho o se encierran en un género definido. Como dije antes, es común encontrarse con universitarios que no leen más que tesis y tesinas, con bibliotecarios que se conforman con las cuartas de forros y las revistas profesionales, o con profesores de literatura que no hacen más que hojear manuales pedagógicos. Es también común observar en el metro parisino, que es la principal biblioteca de la capital, a gente de origen modesto que se entrega a la lectura con gran placer.

Estas diferencias entre personas de la misma categoría social pueden ser atribuidas en parte a diferencias de temperamento. Los médicos homeópatas distinguen por ejemplo entre diferentes tipos, diferentes perfiles, que según ellos van a tener relación diferente con la lectura. Es algo muy divertido. Un homeópata me explicó un día que las personas que se encuentran en la categoría del remedio "Sepia" son quienes tienen mayor relación con la lectura. Cito sus palabras:

> Sepia no puede dormir si no tiene un libro a su lado. Sepia, cuando está angustiada [notarán ustedes que, al parecer, se trata una vez más de una mujer] recorre las librerías. Compara, se lleva libros a casa, necesita siempre tener libros por adelantado. En homeopatía, se dice que la problemática de base de Sepia es el conocimiento. Su deseo es conocer. En términos simbólicos, el conocimiento es el libro. A partir del momento en que siente esa necesidad de conocerlo todo hasta el final, si no tiene algo junto a ella que represente eso, no puede dormir. Los Sepia son los mejores compradores de libros, están siempre en las librerías con el pretexto de "que no me vayan a faltar". Son gente que compra libros más allá de sus posibilidades financieras. Los Sepia se endeudan para comprar libros, que son más que su propio alimento. Los Sepia miran la portada, leen la contraportada y compran todo.

Mientras la escuchaba me sentía como un papel tornasolado que se teñía cada vez más de "sepia".

Los psicoanalistas tendrían también algo que decir. Por ejemplo, para retomar la jerga de los discípulos de Melanie Klein, puede ser que cuando se está en una posición llamada "depresiva", se halle más predispuesto a la lectura que cuando se está en la posición llamada "paranoide". No seguiré jugando con esas pequeñas clasificaciones, pues habría que hacer esto de forma más seria.

Nos obstante, la relación con la lectura, más allá de la estructura psíquica o del perfil homeopático de cada uno de ustedes, es en gran parte una cuestión de familias, como ustedes bien lo saben. Varias investigaciones han hablado de la importancia de la familiaridad temprana con los libros, de su presencia física en el hogar, de su manipulación, para que un niño se convierta más tarde en un lector. También han mencionado la importancia de ver adultos que leen. Igualmente de la importancia de los intercambios relacionados con los libros y en particular de las lecturas en voz alta en que los gestos de ternura, las inflexiones de voz, se mezclan con

las palabras –ya toqué ese tema al hablar de Marie Bonnafé y de la iniciación precoz al lenguaje narrativo-. En Francia, los niños cuya madre les ha contado una historia cada noche tienen dos veces más posibilidades de convertirse en lectores asiduos que los que prácticamente nunca escucharon una.

Lo que atrae la atención del niño es el interés profundo que sienten los adultos por los libros, su deseo real, su placer real. Y voy a tomar ahora un ejemplo del escritor antillano Patrick Chamoiseau, cuyos padres sin embargo no leían prácticamente nunca:

> Mi acercamiento a los libros fue solitario, nunca me leyeron nada, nunca me iniciaron. Me habían atemorizado con cuentos, arrullado con canciones, consolado con cantos secretos; pero en esos tiempos no eran cosa de niños. Así pues, me encontré solo con esos libros dormidos, inútiles, pero que recibían los cuidados de Man Ninotte [se trata de su madre]. Eso fue lo que llamó mi atención: Man Ninotte se interesaba en ellos a pesar de que no tenían utilidad alguna. Yo observaba como utilizaba los alambres, los clavos, las cajas, las botellas o los garrafones recuperados, pero nunca la vi hacer uso de esos libros que tanto cuidaba. Eso era lo que intentaba comprender al manipularlos sin cesar. Me maravillaba de su complejidad perfecta cuyas razones profundas desconocía. Les atribuía virtudes latentes, sospechaba que eran poderosas.[61]

Encontré cosas semejantes durante las entrevistas que realicé, ya que, incluso en ambientes muy coactivos, hay familias en las que el gusto por los libros, algunas veces muy ávido, se transmite de una generación a otra. Como en el caso de ese marinero cuya madre trabajaba en una fábrica de pescado: “Leíamos mucho en la familia, mi madre leía mucho. Tenía un presupuesto muy modesto, pero compraba libros; no era gran literatura pero de cualquier forma leía libros, novelas. Leía también *Bonnes Soirées* [una revista femenina popular que contenía recetas de cocina, fotonovelas, guías de tejido…] y las leía yo también cuando era chamaco”. O como en el caso de esta hija de agricultores: “Mamá leía mucho cuando estaba soltera; era muy buena lectora, conocía muy bien el francés y me explicaba”. En el medio rural, en que los tabúes son impositivos, como vimos, el ejemplo de los padres resulta esencial. Sea cual sea su nivel sociocultural, la mayoría de los que leen han visto y escuchado leer en su primera infancia y han continuado con esa tradición familiar.

En los barrios urbanos marginados, convertirse en lector es también con frecuencia cuestión de familias. Ya que si bien hay padres, como los que mencioné hace un rato, que desconfían del libro, hay otros que le dan gran importancia a la dignidad que da el ser “sabio”, culto, letrado, pese a que ellos también vienen de medios rurales y analfabetos. Para ellos, la instrucción es un bien en sí mismo, y los logros de los hijos son una revancha social. Incluso si esos padres no pueden ayudar concretamente a sus hijos en sus tareas o sus lecturas, les manifiestan regularmente con palabras, con

[61] *Ecrire en pays dominé*, París, Gallimard, 1997, p. 31.

gestos, su deseo de que se apropien de esa instrucción, de esa cultura de la que ellos carecieron.

Algunas veces, son los mismos padres quienes incitan a los niños a ir a la biblioteca o quienes los acompañan. O al menos no se oponen a que sus hijos frecuenten este espacio relacionado con la escuela, en donde pueden estar –en particular las muchachas- sin correr peligro. Espacio que además los salva de andar en la calle. Así pues, hay familias en las que varios hijos logran concluir sus estudios con éxito, frecuentan asiduamente la biblioteca y se convierten en lectores. De hecho, puede resultar menos paralizante tener padres que, aunque analfabetos, valoran positivamente los conocimientos y el libro, que padres que tuvieron una escolaridad caótica y que siguen teniendo una relación muy ambivalente con la escuela, la cual van a transmitir a sus hijos de forma consciente o no.

Agregaré que si bien muchos adolescentes leen estimulados por el deseo de sus padres, hay otros que se vuelven lectores “en contra” de su familia, y encuentran en esta actividad un punto de apoyo decisivo para desarrollar su singularidad. Recordemos por ejemplo a esa joven turca que decía, tras haber evocado el miedo a los libros que manifestaban sus padres: “Y creo incluso que tal vez fue eso lo que nos llevó a mis hermanas y a mí a leer y a seguir adelante”.

Una vez más los escritores han dado testimonio de este tipo de rebeliones, de estas escapadas solitarias. Y también algunos de los jóvenes que entrevistamos, como Daoud, ese muchacho senegalés al que cité varias veces, y al que cedo nuevamente la palabra:

> Tengo diez hermanos y hermanas, somos hijos de los mismos padres pero no nos parecemos ni físicamente ni siquiera por los gustos. Ellos no leen. Mi hermana tal vez lea un poco más pero lee todo lo que lee la gente, no tiene su propia biblioteca. Y los demás no leen absolutamente nada. Por el contrario, consideran eso como un acto de traición. Yo, al principio, era como ellos.

Y cuando le preguntamos cómo explica sus gustos diferentes contesta con toda modestia: “Eso es parte de las maravillas de la vida: hay unos que nacen Hitler y otros que nacen Mandela”.

Daoud había ido a la biblioteca los días que llovía, desde cuando tenía siete años. Lo dejo a él contar el resto:

> Realmente me entraron ganas de leer cuando las dos televisiones se descompusieron. Me veía enfrentado a una situación por la que nunca había pasado. Sin televisión [...] todos mis amigos se habían ido de vacaciones. Me quedé, ¿con qué? ¡Pues con un libro en la mano! Viajé con ese libro, investigué con el personaje en Inglaterra, sufrí los miedos de Stephen King; pero son libros que luego olvidé, me parecían demasiado poca cosa.

Ciertos profesores, ciertos bibliotecarios ayudaron mucho a Daoud más adelante. Y de haber sido un lector de Stephen King, se convirtió en un apasionado de Faulkner, de Kafka, de Joyce.

En efecto, ciertos encuentros ayudan a estos tránsfugas a modificar su destino: si bien la lectura es con frecuencia una cuestión de familias, es también una cuestión de encuentros. Y, una vez más, se trata de algo que observamos tanto en la ciudad como en el campo.

En el campo, cuando los padres no eran lectores o no impulsaban a sus hijos a leer, otras personas cumplieron ese papel de "iniciadores" al libro, desde la infancia, o bien más tarde: algunas veces otro miembro de la familia, la hermana o el hermano mayor, los abuelos, los hijos. También maestros que "empujaron" al niño desde el momento en que sintieron que tenía el deseo de leer. Ya que, una vez más, y volveré a hablar de ello mañana, aunque ciertos maestros disuaden a los niños de nunca llegar a abrir un libro, hay otros que, por el contrario, sostienen su deseo de aventurarse en la lectura tanto tiempo como pueden.

Los iniciadores al libro pueden ser también personas a las que uno conoció en circunstancias que facilitan la mezcla social: asociaciones, o también amistades con niños de otras categorías sociales más acomodadas, que hacen posible salirse de las programaciones familiares, contar con otros modelos para identificarse, tener, de forma muy concreta, un acceso a esos bienes inexistentes para ellos: los libros.

Puede ser el caso, por ejemplo cuando los padres tienen un empleo doméstico. O cuando un niño es "apadrinado", o casi adoptado, por notables, como esa mujer que hoy trabaja como voluntaria en una biblioteca:

> Mi madre empezó trabajando en una fábrica, yo tenía cuatro años. Había unos gerentes que tenían una hija cuatro años más grande que yo, y yo jugaba muchas veces con ella. Fui en cierto modo adoptada por esa gente [...] En el fondo les estoy muy agradecida. No era el mismo medio que el de los marinos, había otro tipo de educación. Y allí fue donde empecé a leer. Había en el fondo de mí un deseo de leer, claro está, y me metí en los libros y leí todo lo que pude. Gracias a los padres de esta amiga conocí cosas que una niña de mi edad no conocía en aquella época. Yo salía con ellos cada vez que iban a algún lado, porque mi madre trabajaba y mi padre estaba en el mar, mientras que los niños de la región no leían porque "no estaba de moda".

Puede suceder, también, que la militancia política favorezca estos encuentros: "Mi padre leía mucho. Es un hombre que fue deportado político, pero durante su deportación tuvo la suerte de estar en un campamento donde había intelectuales que lo iniciaron en la lectura, y pienso que fue a partir de ese momento cuando empezó a sentir esa necesidad".

O puede ser cuestión del "espíritu del lugar": un contexto, un ambiente más amplio que el de la familia, que el del propio medio social, que puede favorecer también esto: en una pequeña región de montaña, donde desde tiempos remotos existe una tradición de las letras, casi todos nuestros interlocutores dieron muestra de tener una relación familiar con los libros, y recurrían con aparente facilidad a diferentes tipos de lectura eclécticos, según sus necesidades o su

gusto del momento. Por el contrario, en otras regiones poco familiarizadas con los libros, donde se privilegia una convivencia deportiva y festiva, la lectura no solamente es menos frecuente, sino que para medios sociales equivalentes puede ser más “tensa”, más determinada también por el modelo escolar o religioso.

En los barrios urbanos marginados se encuentran cosas parecidas. Cuando los padres no han impulsado a sus hijos a introducirse en los libros, a veces la intervención de un maestro, el apoyo de una prefecta, de un animador en una asociación, de una asistente social, de un bibliotecario o una bibliotecaria, fue lo que logró cambiar el destino. Este punto lo abordaremos detalladamente en la jornada que sigue, cuando trate del papel del promotor y de su margen de acción. Porque dicho margen está lejos de ser despreciable. Lo digo para su tranquilidad, porque los dejo por el momento con todos esos tabúes en la mente.

Pero a ese respecto, quisiera hacer una última observación: incluso en las familias en que los padres nunca han prohibido la lectura, hay niños que leen bajo las sábanas, con la linterna en la mano, en contra del mundo entero. Hay una dimensión de transgresión en la lectura. Si hay tantos lectores que leen por la noche, si leer en con frecuencia un acto de la oscuridad, no es solamente porque haya el ello un sentimiento de culpa: de esta manera se crea un espacio para la intimidad, un jardín protegido de las miradas. Se lee sobre los márgenes, las riberas de la vida, en los linderos del mundo. Tal vez no hay que desear que se haga totalmente la luz en ese jardín. Dejemos a la lectura, como al amor, conservar su parte de oscuridad.

CUARTA JORNADA
El papel de los mediadores

El día en el cual terminé de escribir el texto de la jornada anterior, en París, salí de mi despacho y en la vitrina de la librería de enfrente descubrí un letrero que hasta entonces nunca había visto. En él estaba escrita, a mano, la frase siguiente: “La lectura de un libro prohibido, tras una puerta cerrada, en una noche de nieve, es uno de los mayores placeres de la vida”. La firmaba Lin Yutang. De vez en cuando, la vida nos hace este tipo de pequeños regalos. André Breton, quien amaba a México, los llamaba “azares objetivos”.

Resumiré un poco lo que he venido comentando es estas jornadas. Hemos visto que la lectura es una experiencia singular. Y que, como cualquier experiencia, implica riesgos para el lector y para quienes lo rodean. El lector se va a desierto, se pone frente a sí mismo; las palabras pueden sacarlo de su casa, despojarlo de sus certidumbres, de sus pertenencias. Pierde algunas plumas, pero eran plumas que alguien le había pegado, que no necesariamente le quedaban. Y a veces le entran ganas de soltar amarras, de trasladarse a otro lugar.

el grupo, por su parte, ya se trate del grupo familiar o del de compañeros, ve cómo uno de sus miembros toma distancia y a veces lo abandona. Desde ese momento está ojo avizor. Ese alejamiento de la vida comunitaria, del tiempo, de los lugares donde predomina el grupo, es siempre difícil. Y los llamados al orden, el ostracismo hacia el lector autosuficiente no se hacen esperar.

De hecho, los lectores son molestos, como los enamorados, como los viajeros, porque no se tiene control sobre ellos, se escapan. Se los considera asociales, incluso antisociales. No deja de llamárseles al orden común. Yo no creo que los lectores sean asociales definitivos. Sin duda hay personas –incluyéndonos a todos nosotros en ocasiones- que leen como quien se chupa el dedo. Pero si el poder ha temido tanto la lectura no controlada es por algo: la apropiación de la lengua, el acceso al saber, pero también la toma de distancia, la elaboración de un mundo propio, de una reflexión propia que se hace posible con la lectura, son el requisito previo, la vía de acceso al ejercicio de un verdadero derecho de ciudadanía. Porque los libros lo alejan del mundo un momento, pero después el lector regresa a un mundo transformado y ampliado. Y pueden sugerirle la idea de tomar parte más activa en su devenir.

En este sentido entendemos por qué la lectura, cuando uno se acerca a ella sin demasiados chaperones, puede ser una máquina de guerra contra los totalitarismos y, de manera más amplia, contra los sistemas rígidos de lectura del mundo, contra los conservadurismos identitarios, contra todos los intentos para encajonarnos en un lugar.

Vimos también, por último, que si bien la lectura era en buena medida un asunto de familias, también se ve influida por el contexto más amplio, por un ambiente que invite o desaliente a acercarse a los libros. Y también hemos visto que era una historia de encuentros.

Espero haberles hecho sentir la importancia de lo que está en juego con la difusión de estos textos escritos de los cuales ustedes son mediadores. Y también la importancia de las resistencias, que de heho son proporcionales a lo que está en juego. Se comprende así que, salvo los casos donde leer es algo "dado", salvo los casos en que se ha nacido entre libros, los iniciadores al libro han desempeñado un papel clave. Cuando un joven proviene de un medio donde predomina el miedo al libro, el mediador puede autorizar, legitimar, un deseo mal afirmado de leer o aprender, e incluso revelarlo. Y otros mediadores podrán acompañar enseguida al lector, en diferentes momentos de su recorrido. Este mediador es a menudo un maestro, un bibliotecario, un documentalista, o a veces un librero, un prefecto, un trabajador social o un animador social voluntario, un militante sindical o político, hasta un amigo o alguien con quien se topa uno. Apoyándome siempre en las entrevistas que realicé durante mis investigaciones, tomaré algunos ejemplos que se refieren a veces a maestros, y más a menudo a bibliotecarios, dejándoles como tarea, una vez más, el trasladar a su propia actividad y a su propio contexto estas experiencias de otro continente.

UNA RELACIÓN PERSONALIZADA

Para que entiendan hasta qué punto un mediador puede influir en un destino, le daré un primer ejemplo. El de Hava, una jovencita de origen turco que, tras haber vivido has la edad de diez años en un barrio marginado de Estambul, fue a dar a Francia, a una ciudad de provincia, donde su padre, albañil, había llegado para probar suerte.

Debido a su ignorancia inicial del francés, Hava estaba muy atrasada en su formación escolar. Y ya se disponía a dejar sus estudios en segundo año de secundaria para buscar un trabajo, como era el deseo de sus padres. Le cedo la palabra:

> Se lo había dicho a mi maestro de matemáticas y él me dijo: "¡Estás loca! En qué podrías trabajar al salir de segundo año de secundaria". Y yo le dije: "Sí, pero ya tengo quince años. Voy a salir, voy a trabajar. Voy a hacer un certificado de aptitudes profesionales". Y él me contestó: "No. Yo te aconsejo que termines la secundaria para ver, tal vez las cosas cambien". Yo quería mucho a ese maestro [...] Entonces le dije que sí, para darle el gusto, y también para ver qué pasaba: "Terminaré la secundaria, así obtendré mi certificado; un certificado, para mí, era mucho en esa época; ahora ya no significa nada". Así que me dije: "Voy a intentarlo y luego me pondré a buscar trabajo". Porque todo el tiempo me había remachado "trabajar, trabajar". Así, terminé la secundaria y me dije: "Quiero ir un poco más lejos". Es verdad que me entendía bien con mis maestros [...] Además ellos ya se habían dado cuenta de que la escuela era el único lugar donde yo me sentía bien [...] Eran los únicos que no me decían todo el tiempo: "Tienes que casarte". Además me enseñaban muchas cosas.

Durante todos estos recorridos, Hava encontró apoyo en las bibliotecarias de su barrio:

> Tenía muchos problemas por haber llegado grande a Francia, pero ella me ayudó mucho. Tuve suerte, hay otras que no te ayudan [...] En francés, me corregía mis resúmenes. Me decía: "irá, no se dice así, mejor dilo así". O los errores de gramática. Ella me explicaba, se daba tiempo para hacerlo. Decía: "De matemáticas, bueno, mejor no me preguntes nada porque..." Me ayudaba mucho. Nunca la olvidaré. O si no, era la documentalista de la biblioteca escolar. Ella me ayudó mucho también. Sobre todo en francés. Como yo tenía muchos problemas en esta materia, debía ponerme al corriente.

Y en la biblioteca, Hava intercambiaba también conocimientos, experiencias, con otros usuarios que, como ella, iban a hacer sus tareas.

Cuando encontramos a esta jovencita vivaz, tenía veinte años. Cursaba el último año de preparatoria, quería ser maestra. Desde entonces ya era animadora intercultural y ayudaba a los niños del barrio a hacer la tarea. También era lectora. En las jornadas anteriores la cité; es a ella a quien le gustaba leer a Victor Segalen, porque le parecía que le devolvía su dignidad a la gente sencilla. También nos habló de Agatha Christie, de Shakespeare, de escritores turcos y antillanos, etc. Las cosas no son tan sencillas para Hava: se siente desgarrada entre su deseo de emancipación y el apego a sus padres. Y aunque éstos evolucionan, lo hacen menos rápido que ella. Pero ella está mejor armada para enfrentarse a los obstáculos que encontrará en su camino.

Aquí podemos ver que con el apoyo simultáneo de un maestro, una bibliotecaria y una documentalista pudo modificar su destino.

Tomemos otro ejemplo, el de Zohra. A Zohra también la nombré ayer; es la muchacha cuyo padre, muy hostil a la cultura letrada, analfabeto, pese a todo "leía" el periódico con asiduidad, a su modo, particularmente para seguir los resultados de las carreras. Escuchémosla:

> Mi vida escolar fue muy difícil, llena de fracasos. Las cuatro llegamos a Francia entre las edades de tres a cinco años. Yo hablaba argelino. Cuando entré a la primaria me costó mucho trabajo adaptarme, y luego sufrí la separación de mi madre. Nos pusieron en los grupos no francófonos que había en la época [...] Chapurreábamos el francés. Pero yo sentía mucho cariño por mis profesores en forma individual. Es decir, adoraba a la maestra, le escribía tarjetas postales que nunca le enviaba. Quería mucho a los maestros porque transmitían cosas, estaban allí, eran personas sensatas, que razonaban, que comprendían, mientras que mis padres no comprendían. Eran adultos diferentes a los que me rodeaban. Me dieron una fuerza. Después de todo había otras personas aparte de los padres, de la vida tradicional en familia. Me ayudaban a abrirme hacia el exterior, al igual que las bibliotecarias. Eran otros adultos que no me consideraban una bebé o una niñita que está para hacer el quehacer.
>
> Vivíamos en un capullo familiar muy fuerte. Mis padres nunca recibían visitas, amigos franceses o argelinos [...] Es muy difícil cuando ésa es la única referencia que se tiene de joven. Es como si estuvieras completamente aislada. El libro era la única forma de salirme de eso, de abrirme un poco.

Zohra y sus hermanas le habían arrancado a sus padres el derecho de ir a la biblioteca. Escuchémosla de nuevo:

> La biblioteca fue un hallazgo extraordinario porque modificó el curso de mi vida. Me permitía salir de mi casa, conocer gente, ver cosas interesantes. Escuchaba cosas porque en las bibliotecas se dicen muchas. Había conversaciones. La biblioteca, para mí, era también un lugar de intercambios, hasta cuando se oía a los pequeñitos reír, jugar, correr por todas partes [...] Era un lugar vivo, donde pasaban cosas. el libro nos lo podíamos llevar a casa y después devorarlo, mirarlo. Fue allí donde verdaderamente leí, devoré, recibí consejos de los bibliotecarios. De inmediato los intercambios fueron agradables. Iba a la biblioteca a leer, por mis libros, a escogerlos, y por el contacto con las bibliotecarias. En verdad era muy importante. No quiero decir que anduviera detrás de ellas, en espera de sus sugerencias; pero con mucha frecuencia ellas podían darme ideas de lectura, y cuando me llevaba algún libro me decían: “Ah, ya leíste éste, te voy a recomendar este otro”.
> Hubo mujeres bibliotecarias que me marcaron mucho. Es un trabajo muy femenino. ¡Las mujeres son también las mejores lectoras del mundo a pesar de que tienen menos tiempo que los hombres!

Zohra soñaba con ser impresora pero, a diferencia de Hava, tuvo que interrumpir sus estudios al terminar la secundaria: se le reprochaban sus malas calificaciones en las materias científicas. La cito nuevamente:

> En francés sacaba buenas notas, el francés me gustaba mucho porque había lecturas. Pero luego me pidieron que aprobara una serie de materias que no eran de lectura, materias científicas, matemáticas, y yo era incapaz de hacerlo. La escuela no fue placentera, no me ayudó pese a que la lectura era muy importante para mí. Nadie me sacó de apuros. Más bien me dejaron hundir, me orientaron hacia una carrera corta. Así pues, me convertí en secretaria, sin mucha pasión. Asistí al liceo profesional durante dos años para convertirme en secretaria. Seguía yendo a la biblioteca; ya tenía 16, 17, 18 años.

Pero un día, para buena suerte de Zohra, le propusieron que sustituyera a otra secretaria en la biblioteca, y poco a poco decidió convertirse en bibliotecaria. Se formó de manera autodidacta, participó en los concursos respectivos y los aprobó.

Así, para Zohra, la maestra a quien le escribía tarjetas postales que nunca le enviaba tal vez desempeñó, en forma precoz, el papel de destinataria –probablemente sin saberlo-, en un proceso que se asemeja a la transferencia psicoanalítica: es decir, alguien que nos acoge, que recoge las palabras del otro, que es el testigo de su deseo, con quien se establece un lazo parecido al amor. El deseo de Zohra tenía mucho que ver con las letras; es lo que se oye a lo largo de todo su relato, desde las tarjetas postales nunca enviadas hasta su vocación de impresora, desde la pasión por los libros hasta su oficio de bibliotecaria y su deseo actual de escribir. Tal vez el gusto por leer y escribir le nació “por transferencia”, por amor a alguien, como esa maestra, que gustaba de leer y escribir. Y como esas

bibliotecarias a las que admiraba, quienes acompañaron y sostuvieron su recorrido personal.

El gusto por leer no puede surgir de la simple frecuentación material de los libros. Un saber, un patrimonio cultural, una biblioteca, puede ser letra muerta si nadie le da vida. Sobre todo si uno se siente poco autorizado para aventurarse en la cultura letrada debido a su origen social o al alejamiento de los lugares del saber, la dimensión del encuentro con un mediador, de los intercambios, de las palabras "verdaderas" es esencial.

Transmitir el amor por la lectura: ¿una apuesta para el maestro?

Regresemos por un momento a la institución escolar. Ayer les comentaba que esos jóvenes no eran muy benevolentes con la escuela y que solían decir que la escuela les había quitado el gusto por leer, porque lo había convertido en una obligación, en una disección de textos, textos que no les decían nada la mayor parte de las veces. "Cuando me han obligado a leer, he reaccionado en forma sistemática", dice un muchacho. Y otro más: "¡Qué flojera! ¡Guácala! En los libor no hacen más que trabajar".

En realidad, el efecto de la escuela sobre el gusto por la lectura es a menudo complejo. Escuchemos a Bopha, por ejemplo. En un primer momento, en la escuela adquirió el gusto de leer, según dice:

> Recuerdo muy bien cómo fue que le encontré gusto a la lectura. Presentando un libro a mis compañeros en primero de secundaria. Tenía que exponer a mis compañeros un libro que hubiera leído y escogí *Of mice and men*, de Steinbeck. Era la historia de un retrasado mental, la historia de la amistad entre dos hombres. Ese libro e marcó profundamente, y a partir de él empecé a leer otras cosas, a leer libros sin imágenes, a leer autores. A frecuentar las bibliotecas, siguiendo a mi hermana, para ir a ver los libros, hojeando, mirando.

Pero estuvo a punto de perder ese gusto en la preparatoria (a la que en teoría se ingresa a la edad de quince años):

> Pienso que en la preparatoria uno le toma aversión a la lectura porque hay demasiadas cosas que hacer, nos encargan tanto trabajo, sobre todo en la preparatoria donde yo estaba, una escuela bastante estricta, que ya no tenía ninguna gana de leer. Yo no me acuerdo en absoluto de los libros que me gustaron. Sobre todo los de filosofía me caían como bomba. La cabeza me estallaba. No eran escapatorias para mí. Más bien al contrario: tenía que concentrarme para meterme en eso. Si no te concentras, no entiendes el sentido. Realmente, para mí no es un placer leer cuando me obligan a hacerlo contra mi voluntad.

También les contaba en la jornada anterior que algunos sociólogos, tras analizar las cifras, corroboraban las afirmaciones de

estos muchachos,[62] es decir: que en particular en la preparatoria, donde la postura del lector debe ser mucho más distante y el acercamiento más erudito, muchos jóvenes pierden el gusto por leer. Desde luego, hay otros factores que intervienen en esta edad, pero la enseñanza en sí al parecer tiene mucho que ver.

El psicoanalista Bruno Bettelheim decía que para sentir muchas ganas de leer, un niño no necesitaba saber que la lectura le va a servir para más adelante. En vez de ello –cito-: "Debe estar convencido de que ésta le abrirá todo un mundo de experiencias maravillosas, disipara su ignorancia, lo ayudará a comprender el mundo y a dominar su destino".[63] Según él, debe sentir que en particular en la literatura hay un "arte esotérico" que le revelará secretos hasta entonces ocultos, un "arte mágico" capaz de ofrecerle un poder misterioso.

Desconozco por completo cómo se enseñan la lengua y la literatura en las escuelas mexicanas; espero que en un rato ustedes me lo expliquen. Pero en Francia, durante los últimos treinta años, me paree que la enseñanza ha evolucionado más bien hacia lo opuesto de la iniciación a un "arte mágico", y que de manera general ha asignado una parte menor a la literatura. Con la mejor intención del mundo, por cierto: era en gran parte el efecto de una crítica social mezclada con sociología que sólo veía en la lectura literaria una preciosidad, una coquetería de la gente bien nacida.

De hecho, diverso factores han contribuido a este cambio en la enseñanza del francés. La industria tenía una urgente necesidad de ingenieros, y se elaboraba otra concepción de la cultura general, otros modelos de lectura. Además, cabe señalar que esta enseñanza necesitaba una buena desempolvada. A lo que llevaba era a una especie de panteón, a un monumento austero, pomposo: un *corpus* de grandes textos clásicos, que te miraban desde arriba a menos que un maestro con genio supiera darles vida. Así pues, en los años sesenta y setenta se criticó mucho esta forma de dejarles caer encima a los muchachos fragmentos literarios escogidos con fines de edificación moral. En este método se descubrió algo que contribuía a reproducir cierto orden social, pues sólo los niños de los medios favorecidos se sentían en su elemento en esta cultura letrada que era el pan de cada día para sus familias. Se rompió el tajo con la identificación. Y poco a poco se fue privilegiando un enfoque que se creía más democrático, más "científico", inspirado en el estructuralismo y la semiótica.

Evidentemente, habría que afinar las cosas, sobre todo para ajustarlas a los momentos de la trayectoria escolar: no se enseña francés de la misma manera en primaria que en secundaria o en preparatoria. Además estoy resumiendo y simplificando este tema en una forma que horrorizaría a los especialistas en historia de la educación. Pero alguien que conoce bien esta historia, Francis Marcoin, escribió: "Apenas es exagerado decir que en 1968, en las

[62] Christian Baudelot y Marie Cartier, "Lire au collège et au lycée", *Actes de la recherche*, núm. 123, junio de 1998.

[63] *La lectura et l'enfant*, París, Hachette-Pluriel, 1993, p. 50.

universidades, la lingüística era de izquierda y la literatura, de derecha. Esta curiosa dicotomía inspirará durante mucho tiempo la pedagogía del francés, empeñada en borrar del aprendizaje de la lengua cualquier uso literario considerado elitista, normativo, y casi ajeno al público interesado".[64] Menciona también que el esquema de la "comunicación" había sido el pilar de la formación lingüística de los maestros durante diez largos años.

Pero con toda la voluntad de desacralizar las letras, muchos de los que hacían votos por estos cambios, muchos de quienes los pusieron en práctica, olvidaron que en la desigual habilidad para manejar el lenguaje no influye simplemente la posición más o menos privilegiada que uno ocupe dentro del orden social. Y que el lenguaje no es un simple vehículo de información, un simple instrumento de "comunicación". Olvidaron que el lenguaje tiene que ver con la construcción de los sujetos hablantes que somos, con la elaboración de nuestra relación con el mundo. Y que los escritores pueden ayudarnos a elaborar esa relación con el mundo. No debido a una inefable grandeza aplastante sino, al contrario, por el desnudamiento extremo de sus cuestionamientos, por brindarnos textos que llegan a lo más profundo de la experiencia humana. Textos donde se realiza un trabajo de desplazamiento sobre la lengua, que nos permite abrirnos hacia otros movimientos.

Al privilegiar las técnicas de desciframiento de los textos, los enfoques inspirados en la semiología y la lingüística lograba una distancia mayor en relación con dichos textos. Hasta el momento en que los profesores fueron sacudidos por el libro de Daniel Pennac, *Como una novela*, que se presentaba como un alegato a favor de la "lectura placer" y rehabilitaba la oralización. Y que reivindicaba, frente a los que clamaban que "había que leer", el "derecho a no leer". Lo que tal vez es un poco limitado.

Nuevamente, estoy caricaturizando la situación para hacerles sentir lo esencial, para que ustedes puedan encontrar las semejanzas –o las diferencias- entre esta situación francesa y la de su propio sistema de enseñanza. Y, desde luego, hay que decir que en todas las épocas, pese a las limitaciones que se han impuesto, a las modas y a los cambios en los programas, siempre hubo maestros que supieron transmitir a sus alumnos la pasión de leer, como veremos en un momento. También hay que decir que se les pide algo imposible, un verdadero rompecabezas chino. Se espera que enseñen a los niños a "dominar la lengua", como se dice en la jerga oficial. Que lo inviten a compartir este supuesto "patrimonio común". Que les enseñen a descifrar textos, a analizarlos, a tomar cierta distancia. Pero, además, que los inicien en el "placer de leer". Todo esto es materia de numerosos debates, de numerosas interrogantes en la profesión.

Pero regreso a mis investigaciones. Durante las entrevistas que realizamos había algo que me llamaba la atención: estos jóvenes tan críticos hacia la escuela, entre frase y frase evocaban a veces a *un*

[64] *À l'école de la littérature*, París, Editions ouvrières, 1992, p. 137.

maestro que había sabido transmitirles su pasión, su curiosidad, su deseo de leer, de descubrir. E incluso hacerlos amar textos difíciles. Hoy, como en otras épocas, aunque la escuela tenga todos los defectos, no falta algún maestro singular, dotado de la habilidad de introducirlos a una relación con los libros que no sea la del deber cultural, la de la obligación austera. Daoud, un muchacho al que ya he citado, establece la diferencia entre la "institución" –donde dice él: "hay profesionales que están allí para instruir a la gente"- y lo que él llama "la creación", donde:

> Hay gente que rebasa, que va más allá de sus funciones, de su trabajo, para aportar lo que es en realidad. Me he topado con profesores de francés que tenían en su clase a gente desagradable que no los escuchaba pero que en cuanto veían que alguien se interesaba, trataban pese a todo de aportar algo más que sus horas contabilizadas.

Su propia historia está marcada por encuentros con profesores y bibliotecarios que lo ayudaron a avanzar, mediante una atención personalizada que iba más allá de sus funciones estrictas.

> Hice los peores estudios posibles en el sistema escolar francés. Es decir, el diploma técnico, las tecnologías, cosas sin ningún interés. Sin embargo, los profesores de francés eran muy interesantes. Fueron ellos quienes me llevaron a leer, por ejemplo, *1984* de Georges Orwell, cosas como ésa, que yo nunca habría leído por mi cuenta. No es la escuela, no es la institución: son los maestros quienes me enseñaron.

Lo mismo sucedió con Nicolas, quien detesta el sistema escolar, pero a quien un maestro le infundió el gusto por leer al dejarle el espacio de la elección:

> Al principio hubo muchos encuentros, fue un maestro quien nos empujó realmente. Nos propuso algunos libros: "¿Quién quiere leer esto?" o "Miren, tengo cuatro o cinco libros, ¿quién quiere leer este?" No era: "Todos tienen que leer esto y después contarme lo que pasa". Era más abierto, era: "¿Quién quiere leer esto?"

Cuando hacíamos entrevistas en el medio rural, era algo parecido. Aquí también los efectos de la escuela sobre el gusto por la lectura son complejos. En todas las generaciones, las lecturas impuestas –en especial las de autores clásicos- han desalentado a leer. Pero para buena parte de la población rural, en particular la gente de mayor edad o la más desprotegida, la escuela ha sido "la puerta abierta", el lugar donde se podía acceder a los libros que tanta falta hacían. Estas personas han conservado el recuerdo de maestros que fomentaban el ascenso sociocultural de los niños prestándoles obras de su biblioteca personal, como una mujer que dice: "Nuestra maestra de escuela era muy culta y tenía libros y viejas estampas a todo lo largo de su escalera. Para mí era un verdadero placer; yo creo que allí debí atrapar el virus [...] al subir esa escalera de caracol encerada, verdaderamente impecable, y viendo todos esos libros". Pero si el maestro es presentado por esta

población rural como alguien que inspiró el gusto por leer, es a menudo en una relación personalizada, individual, fuera del marco escolar.

Esta dicotomía entre la escuela como institución y un maestro singular no es exclusiva de Francia. Por ejemplo, un investigador alemán, Eric Schön, que ha estudiado las biografías de muchos lectores jóvenes, señala que para ellos "la escuela aparece como la institución con mayor responsabilidad por la pérdida del encanto amable de las lecturas de infancia". Leer fue primero "algo maravilloso... hasta que hubo que tomar los cursos de literatura alemana". Pero aquí también, "la imagen negativa que se atribuye a los cursos de literatura contrasta con los numerosos enunciados positivos acerca del profesor como individuo y su influencia positiva sobre la motivación del alumno".[65]

Con esos maestros, la lengua, el saber, que hasta entonces eran ámbitos que los repelían, se vuelven acogedores, hospitalarios. Esos textos absurdos, polvorientos, de repente cobran vida. Curiosa alquimia del carisma. Del carisma o, una vez más, de la transferencia. Evidentemente, no toda la gente puede desencadenar esos movimientos del corazón. Pero, en cambio, creo que todos: maestros, bibliotecarios o investigadores, podemos interrogarnos más sobre nuestra propia relación con la lengua, con la lectura, con la literatura. Sobre nuestra propia capacidad para vernos afectados por lo que surge, de manera imprevisible, a la vuelta de una frase. Sobre nuestra propia capacidad para vivir las ambigüedades y la polisemia de la lengua sin angustiarnos. Y para dejarnos llevar por un texto, en vez de intentar dominarlo siempre.

Citaré un último ejemplo, tomado esta vez del novelista antillano Patrick Chamoiseau, al que ya he nombrado. En el libro titulado *Camino de la escuela*, evoca a un maestro que le resultaba repulsivo. Un negro blanqueado con cal. Rígido, austero, que reprende a los niños por cada giro idiomático y persigue cualquier rastro de lengua *créole* en sus palabras. Pero algunas veces este maestro olvida un poco su actitud de dominio y uno percibe que le gusta leer. Y es entonces, desde luego, cuando llega a los niños. Escuchemos a Chamoiseau:

> El maestro leía para nosotros, pero pronto se dejaba llevar, olvidaba el mundo y vivía su texto con una mezcla de abandono y vigilancia. Abandono porque se entregaba al autor; vigilancia porque en su interior seguía viviendo un viejo controlador al acecho, buscando la ocasión para la eufonía desolada, la idea ablandada por la debilidad del verbo [...] El negrito seguía con la boca abierta, no el texto sino los banquetes de placer que el maestro se daba con las palabras.[66]

Para transmitir el amor a la lectura, y en particular a la lectura literaria, hay que haberlo experimentado. Uno podría pensar que ese gusto se debe a dar por hecho en nuestros círculos donde el libro es

[65] "La 'fabrication' du lecteur", en Martine Chaudron y François de Sigly (dirs.), *Identité, lecture, écriture*, París, BPI/Centre Georges Pompidou, 1993.

[66] Patrick Chamoiseau, Chemin d'école, París, Folio, p. 161.

un objeto familiar. No obstante, como ya he dicho, eso está muy lejos de ser cierto.

La hospitalidad del bibliotecario

Cuando escuchamos lo que dicen los lectores, no ya de los maestros sino de los bibliotecarios, encontramos cosas parecidas. En los barrios urbanos marginados numerosos jóvenes han expresado la importancia decisiva que tuvo para ellos una relación *personalizada* con algún mediador, incluso si fuera efímera. Puede tratarse de alguien que los ha apoyado, ayudado a ir más lejos, como en el caso de Hava, la joven de origen turco que cité antes. O puede ser alguien que les ha leído historias cuando eran pequeños. Como en el caso de Ridha; escuchémoslo:

> Recuerdo que ese bibliotecario tenía una forma de trabajar muy interesante. Por momentos se detenía en su trabajo, reunía a varios niños y les contaba historias [...] Es alguien que te pasa la corriente, a quien le gusta su trabajo, y que no hizo amar la lectura porque tenía una forma bella de contar, simplemente.

Muchos jóvenes han evocado, como él, "la hora del cuento", ese placer de escuchar a un bibliotecario leyendo historias. Como Saliha:

> Lo que también me gustaba era su forma de contar. Me maravillaba. El tono, todo eso. Me sentía por completo dentro de la historia y la seguía, pues él hacía gestos y ademanes que me conmovían [...] es bueno que los bibliotecarios lean libros, eso despierta en los niños el amor por los libros, por la lectura.

Otros mencionaron que algunos bibliotecarios les habían encomendado pequeñas tareas, los habían acercado a sus actividades, y que de ese modo los habían hecho sentirse parte activa del lugar: "A veces cuando limpiaban los libros y eso, yo les ayudaba. Y los sellos... es algo que cuando eres niño no se te olvida. Siempre quieres poner los sellos, era algo maravilloso."

El bibliotecario que les ha hecho un lugar también puede ser el que les ha sugerido libros, como a Malika: "Mi mejor recuerdo era Philippe [así se llamaba el bibliotecario]; tengo la impresión de que realmente éramos amigos. Siempre sabía todo, los libros que me gustarían. Sabía qué tipo de libro le gustaría a tal o cual persona". O a Daoud:

> En realidad, lo que más me marcó fueron los bibliotecarios. En la biblioteca donde crecí había siempre una bibliotecaria que me recomendaba obras de ciencia ficción, novelas policíacas [...] Ella sabía que yo era principiante. Me conoce desde que era chico; me sacaba cuando me portaba mal.

El camino de Daoud, ya lo dije, estuvo marcado por sus encuentros con los bibliotecarios, hasta el día de hoy en que, como

dice él: “en cuanto [los bibliotecarios] ven que estás interesado en el libro, que haces algo interesante, comienzan a interesarse en ti. Quiero decir, es recíproco”. Cito ahora a otro muchacho, Abdallah: “Ella conocía mis gustos. Al principio me atraía algo, pero ella sentía que no era mi gusto principal, y yo no lo sabía. Y me aconsejó otros libros. Yo pensé: ‘No tiene nada que ver con lo que yo quería’, pero de todos modos me gustaba. Y cada vez ella me daba algo diferente, y eso me gustaba siempre…”

O puede ser alguien que les ayudó a hacer una investigación, como a Christian:

> Siempre me sorprende, me sorprende agradablemente, ver la dedicación de las personas que trabajan en la biblioteca. Uno les expone el tema y ya está: se movilizan y todo se pone en movimiento para ayudarte. Es realmente sorprendente. Ahora ya estoy acostumbrado, pero al principio eso me dejaba con la boca abierta. Me preguntaba yo: “Pero, a fin de cuentas, ¿qué les importa lo que busco yo?”

Como dice también Hadrien: “Es muy importante que haya personal que crea en la gente, en las personas, que crea que a la gente le pueden interesar cosas y que es posible ‘atraparla’. En la medida en que crea en el potencial de la gente para ser curioso, para interesarse, ese personal tiene un importante papel que desempeñar”.

Estos jóvenes están atentos a todos estos gestos con los cuales los bibliotecarios les demuestran su hospitalidad, el gusto por su trabajo. Daoud, nuevamente:

> Hay bibliotecarios que hacen su trabajo aquí, que son creativos ante todo [...] En la colocación de los libros; en el hecho de organizar actividades que tengan que ver con el libro; de que quieran montar obras de teatro en coordinación con el editor; el hecho de invitar a autores. No es un trabajo que los limite. Podrían decir: “Pues sí, soy bibliotecario, estoy aquí para acomodar los libros. Pero no, están realmente comprometidos”.

En Francia, el oficio de bibliotecario ha evolucionado mucho en un tiempo relativamente corto. En efecto, el número de bibliotecarios municipales se ha duplicado desde hace unos veinte años, y casi una tercera parte de los franceses han ido a una biblioteca o una medioteca durante el año de 1997. Esta proporción se eleva hasta 63% para los jóvenes de 15 a 19 años y el 48% para los de 20 a 24 años. Este cambio cuantitativo se ha acompañado de un cambio de naturaleza. Se ha generalizado el libre acceso a los libros –lo que era una práctica común desde hace tiempo en numerosos países, sobre todo anglosajones, pero no en Francia, donde el retraso era considerable-. También hubo una evolución de las técnicas y una diversificación de los bienes y servicios propuestos en lo que llegaron a ser las mediotecas. Y durante los años ochenta, a instancias del Ministerio de Cultura, pero también debido a la toma de conciencia de cierto número de municipalidades de todo lo que está en juego en las bibliotecas, hubo la voluntad de apertura a públicos más numerosos, sobre todo en los barrios marginados, o bien por medio

de los hospitales, las instituciones de protección a la infancia, las cárceles, etc. Como resume una bibliotecaria: “Antes nos orientábamos más hacia los libros; ahora nos orientamos más hacia las personas”.

Y como expresa Ridha, que frecuenta la biblioteca desde su infancia, lo importante es:

> Que el bibliotecario tenga tiempo para dedicarse a lo que es del orden de la vida, a todo lo que se refiere a la vida, también a la moral, pero simplemente haciendo cosas, contagiándoles emociones, cosas positivas. Más que ser un conservador o un guardián de libros, ser una especie de mago que nos lleve a los libros, que nos conduzca a otros mundos.

Como ven, allí coincide con lo que decía Bettelheim a propósito del “arte mágico”. Pueden ver también cómo todos son sensibles a este compromiso de un profesional. Al igual que son sensibles a todo lo que les demuestre que nada es demasiado bello para ellos, ya sea un mobiliario cuidado o unas obras de calidad. “Cuando entras en ese biblioteca enseguida notas algo artístico”, señala Daoud. Sensibles también al hecho de que este espacio de libertad se les da en forma gratuita, o casi: “La biblioteca es un lugar para todo el mundo, es gratuito”, dice una jovencita. “Leer gratis es genial. Sólo das diez francos al año (es decir veinte pesos mexicanos) y tienes la posibilidad de llevarte libros gratuitamente. ¡Es extraordinario! Es un tremendo privilegio que se le concede a la gente”, dice otra; y agrega un muchacho: “A los alcaldes de los municipios, que hacen bibliotecas en su ciudad, yo les agradezco porque creo que es muy importante”.

Pero, ya lo vimos en todos los ejemplos que he dado, no es la biblioteca o la escuela lo que despierta el gusto por leer, por aprender, imaginar, descubrir. Es un maestro, un bibliotecario que, llevado por su pasión, y por su deseo de compartirla, la transmite en una relación individualizada. Sobre todo en el caso de los que no se sienten muy seguros para aventurarse por esta vía debido a su origen social, pues es como si para cada paso que dan, con cada umbral que atraviesan, necesitaran recibir una autorización para ir más lejos. Y de no ser así, se replegarán hacia lo que les resulta conocido.

Traspasar umbrales

No sólo para iniciar a la lectura, para legitimar o revelar un deseo de leer, resulta primordial el papel de un iniciador a los libros. También para acompañar, más adelante, durante el recorrido. Por ejemplo, en los barrios marginados, para quienes han elegido la biblioteca en vez de la vagancia, que osaron atravesar la puerta una primera vez y luego regresar regularmente, no significa que todo está ganado. Aún falta repasar numerosos umbrales. Y a menudo algunos trayectos se cortan de tajo.

Cuando alguien no se siente autorizado a aventurarse en los libros todo está por hacerse: cuando niño, uno puede haber adorado los cuentos que leía un bibliotecario y sin embargo no volver a abrir un libro más adelante. Porque los recorridos de los lectores son discontinuos, marcados por momentos de interrupciones breves o largas. Algunos de estos momentos de suspensión son inherentes a la naturaleza de la actividad de lectura; todos nosotros sabemos que hay períodos de la vida en que se siente de manera más imperiosa la necesidad de leer. No hay por qué inquietarse por las interrupciones de ese tipo: no se entra en la lectura o en la literatura como se abraza una religión.

Pero existen también suspensiones debidas a que un joven –o no tan joven- no pudo traspasar un umbral, no pudo pasar a otra cosa, porque se sintió perdido, porque la novedad lo asustó, o bien porque le faltó algo, porque sintió que ya agotó el tema. Y el mediador, el bibliotecario en particular, puede ser quien le dé precisamente una oportunidad de atravesar una nueva etapa.

En Francia, en muchas bibliotecas, se ha concedido gran atención desde hace una veintena de años a la llegada del niño, a los primeros pasos que da. Se ha desarrollado el trabajo conjunto con la escuela. Ha habido esfuerzos por iniciar al niño precozmente en el funcionamiento de la biblioteca, con plena conciencia de que saberse manejar en ella, apropiarse de los lugares, conocer las reglas necesarias para compartir un espacio público no son cosas evidentes. Se le han leído historias, se han creado espacios a su medida, se le ha enseñado a utilizar los catálogos, ya sean de papel o automatizados.

Sin embargo, se necesitó más tiempo para entender que, una vez iniciado el niño, no estaba ganada aún la batalla. Es en parte lo que decía ayer: había la idea de que el usuario era autónomo, pese a que la biblioteca estaba allí para que él construyera su autonomía. Muy a menudo esto se inspiraba en los mejores sentimientos: en el respeto por el usuario, al que se suponía lo bastante capaz como para saber lo que le convenía, así que había que dejarlo en paz. Muchos bibliotecarios tienen un espíritu un tanto libertario. Su oficio se ha constituido en parte deslindándose del maestro, y la idea de monitorear al lector, de imponerle cualquier cosa, resulta de lo más chocante para muchos de ellos. Y los jóvenes perciben muy bien esta especificidad. Aun cuando vienen a la biblioteca a hacer sus tareas, marcan claramente la diferencia entre la escuela, a la que ven como el lugar de la obligación, para desgracia de los profesores, y la biblioteca, una tierra de libertad, de elección.

Esto está muy bien: evidentemente no se trata de cuestionar este aspecto, esta libertad del usuario. Pero, en ciertos momentos, es vital ayudar a ciertos usuarios, a ciertos lectores, una vez más, a superar algo. En efecto, cualquier umbral nuevo puede reactivar una relación ambivalente con la novedad. Y estos umbrales son numerosos: pasar de la sección juvenil a la de adultos, a otras formas de utilización, a otros registros de lectura, a otros anaqueles, a otros tipos de lectura, a otra biblioteca, etcétera.

Tomemos como ejemplo el paso de la sección juvenil a la de adultos; un verdadero dolor de cabeza para los bibliotecarios, quienes a menudo se sienten confundidos respecto a cómo indicarlo físicamente. Todo tipo de respuestas se han dado. Pero en numerosas bibliotecas los profesionales dejan en la sección infantil los libros para adolescentes –salvo los materiales de consulta-, retrasando así el momento en que estos adolescentes lleguen a la sección reservada para adultos. Y esta separación no necesariamente conviene a este grupo intermedio.

De modo que algunos se sienten perdidos y no saben dónde buscar, como Virginia, quien evoca así el momento en que tenía 13 o 14 años: “A la sala para adultos yo no me atrevía siquiera a entrar, y en la sala infantil me sentía como una bebita”. Otros hacen trampa con el reglamento. Como este muchacho que nos cuenta cómo burlaba la vigilancia de los bibliotecarios cuando, siendo adolescente, quería consultar libros de la sección para adultos:

> Estaba en la parte de debajo de la biblioteca para niños, y en la parte de arriba, la de adultos. En la biblioteca para niños no se encontraban libros sobre psicoanálisis y astrología, no son temas para los adolescentes más jóvenes; entonces, de vez en cuanto, tratábamos de subir a la sección de adultos, pero de allí nos corrían porque teníamos prohibido ir [...] A veces nos las ingeniábamos porque había unas estanterías, luego la puerta y luego el escritorio un poco desnivelado. Entonces alguien se metía. Cuando veía que ella no estaba en el escritorio, nos escurríamos entre los libros. Luego nos quedábamos en un rincón sin hacer ruido, porque ella estaba en los archivos, y cuando regresaba al escritorio no podía vernos porque estábamos en un rincón.

Otros disfrutan estas divisiones, estas etapas sucesivas, y su conocimiento progresivo de los lugares hace pensar incluso en un recorrido iniciático, como con Verónica:

> Lo más padre es que el mundo de los adultos está en las alturas. Cuando eres niño te llevan abajo y luego llega un momento, una edad, en que puedes ir arriba. Así es como yo lo percibía. Llegué a la edad de 13 o 14 años, subía y tenía derecho de tocar los otros libros que estaban allá arriba [...] Pienso que estaría bien que recordaran que en el piso de arriba hay otros libros, otras cosas.

Como ven ustedes, no hay una respuesta universal, porque hay adolescentes, que quieren avanzar lentamente, quedarse cerca de la infancia, mientras que otros quisieran brincarse las etapas. Además, en esa edad muchos jóvenes cambian su forma de utilizar la biblioteca. Desde entonces vienen también para hacer sus tareas. Y lo que en Francia se llama “la sala de documentación”, que está reservada a estos usos para escolares, puede constituir así una especie de tamiz entre la sección para jóvenes y la sección para adultos. Para algunos, sin embargo, esta sala no será un tamiz sino un punto terminal: su recorrido por las bibliotecas no llegará más lejos.

Ésta es pues, otra transición difícil, la transición de las formas de utilización paraescolares hacia otros usos de la biblioteca. En Francia, sobre todo entre los niños de ambientes marginados, los usos paraescolares son muy frecuentes. Me imagino que también se ve aquí. Y tan importante como la posibilidad de tener acceso a materiales y documentos que no existen en la casa, es la oportunidad de encontrar un lugar donde trabajar, un marco estructurante, donde los jóvenes se motiven unos a otros, a veces por el simple hecho de verse trabajando, ya lo he dicho antes. en particular para muchos chicos, es como si la elaboración, en la biblioteca, de una alternativa a la pandilla, de otra forma de grupo, con una fuerte cohesión, fuera por sí sola capaz de brindar una protección, de darles fuerzas para seguir adelante.

Pero en estos casos, si se aventuran por los anaqueles, es ante todo para encontrar documentos relacionados con el tema que están viendo en la escuela. Y para algunos de ellos la utilización de la biblioteca parece terminar allí. Habrán pasado jornadas enteras en la biblioteca, rodeados de libros, pero nunca habrán buscado nada más que lo que les pidieron, nunca le encontraron gusto a la lectura. O incluso, en el caso de otros, quizá pudieron disfrutar del placer de leer durante su infancia gracias a la biblioteca, y al parecer lo perdieron más tarde. Y dejarán de asistir a ella en cuanto termine su trayectoria escolar.

En realidad es complicado entender qué es lo que permite la transición a los usos más “autónomos”, que no estén inducidos únicamente por las exigencias escolares, sino también donde intervenga el gusto de descubrir. Al parecer esta transición es más difícil en el caso de los adolescentes que acostumbran acudir únicamente en grupo. Ya lo mencioné antes: es el reverso de la medalla: de tanto caminar juntos, no pueden moverse solos, y entones ni siquiera se les ocurre la idea de levantarse a rebuscar en los anaqueles.

Desde ahora podemos señalar que el inicio de una búsqueda personal, no dirigida por un maestro, se realiza a menudo autodocumentándose sobre temas tabú. Muchos buscan así en la biblioteca conocimientos sobre temas que no se abordan en familia, u casi nunca en la escuela; entre ellos, por excelencia, el de la sexualidad. Este tema puede asociarse en las entrevistas a otros temas prohibidos: el sexo y la religión, el sexo y la política, etc. Esta autodocumentación es importante por varias razones: ayuda a encontrar palabras para no ser presa de angustias incontrolables, o para evitar la burla de los compañeros, siempre listos a tranquilizarse a expensas de los demás en este campo; y la curiosidad sexual de la infancia es también, ya lo he mencionado, la base misma de una pulsión hacia el conocimiento. Pero no son únicamente los manuales de educación sexual o los libros de medicina lo que se consulta en estas investigaciones. Puede ser también una historieta, testimonios, biografías, o literatura erótica, como en el caso de una joven mujer de origen magrebí, para quien la lectura de Anaïs Nin fue toda una revelación y el inicio de un itinerario como lectora:

> Cuando hablo de Anaïs Nin, es verdad que descubrí a una mujer que escribe literatura erótica sumamente bien, reconocida en el mundo entero. Aprendí cosas sobre mi vida sexual, sobre mi intimidad, que nadie hasta entonces pudo enseñarme [...] Al mismo tiempo me permitió comprender las cosas, descubrir el mundo, a Mark Twain, pasando por grandes sagas históricas. Descubrí que había vidas apasionantes y también temas íntimos.

De paso notarán ustedes que el descubrimiento propio y el del mundo van de la mano.

No obstante, no todo el mundo tiene la suerte de poder documentarse a profundidad sobre su intimidad en la biblioteca. Por ejemplo, en una ciudad pequeña, una muchacha de catorce años, de un medio social modesto y poco familiarizado con el libro, trató en vano de que le prestaran un libro de Marguerite Duras. Le cedo la palabra:

> Busqué *El amante* de Marguerite Duras en la biblioteca. La bibliotecaria me dijo que no era adecuado para mi edad. Parece que se habla un francés no muy correcto. A mí me gustan mucho los libros para mayores, así que me dirijo a los anaqueles para adultos pero los bibliotecarios me dicen: "¡Todavía no tienes la edad, ve a la otra sala, donde estás *Los tres ositos* y otros títulos!" [...] Mientras que la biblioteca debería ser un lugar donde se nos dé acogida [...]

Los bibliotecarios son generalmente menos puritanos e incluso un tanto maliciosos: por ejemplo, ponen en los anaqueles las obras de educación sexual junto a las de deportes. De este modo el joven usuario puede disimular el objeto de su interés en un manual dedicado al fútbol. En algunas bibliotecas se organizan campañas de información sobre la prevención del sida o los anticonceptivos. Y en esas ocasiones puede medirse, si he de creer a los bibliotecarios, la tremenda falta de información que existe entre los jóvenes, aun en nuestros días, sobre todo en los barrios marginados.

Pero no sólo es la curiosidad de los jóvenes por los temas tabú lo que puede conducirlos, como en el caso de la joven que mencionaba, a descubrir a Anaïs Nin y a Mark Twain. La arquitectura del lugar, por ejemplo, incita a utilizarlo de manera más o menos limitada. He conocido bibliotecas en las que, cuando uno sale de la sala de documentación tras acabar la tarea, puede dirigirse a la salida sin cruzar un solo libro. En cambio hay otras donde se debe recorrer primero la gran sala de la biblioteca, y pasar frente a todo tipo de tableros de presentación, vitrinas de exhibición, que se renuevan constantemente, llaman la atención e invitan a la lectura.

Algunos bibliotecarios inventan igualmente diferentes tipos de animación y eventos para estimular el interés de los adolescentes en otros temas, para hacerlos pasar a otras lecturas distintas de los libros de consulta. Por ejemplo, ante el miedo que sienten los muchachos a perder su virilidad si se arriesgan a leer, ante el hecho de que en Francia, como en muchos otros países, los mediadores del libro son generalmente mujeres, los profesionales invitan a escritores

que pueden romper con los estereotipos. Tenemos así autores de novelas policíacas con un aspecto de súper machos, que suelen recorrer el territorio francés en una gran motocicleta, con chamarra de cuero, para hablar de los libros y de su pasión por la escritura. En sentido más amplio, ver a un autor de carne y hueso modifica la impresión que estos jóvenes tienen de los libros. Pues más de uno pensaba hasta entonces que un escritor era forzosamente alguien muerto.

Otros profesionales, en el interior de la biblioteca o fuera de ella, animan clubes de lectura, talleres de escritura, actividades teatrales, e introducen así a los jóvenes en otras formas de compartir, diferentes de aquellas donde todos están pegados unos a otros, amontonados. Cabe señalar, de paso, que para un bibliotecario es muy sutil tener siempre en mente un doble aspecto: por un lado la importancia de compartir, de conversar acerca de los libros; por el otro, la importancia del secreto, de la dimensión transgresora de la lectura.

Un ejemplo más, el del paso de una biblioteca a otra: generalmente de una pequeña biblioteca de barrio a una biblioteca mayor. Escuchando a estos jóvenes, la primera es una burbuja en la que uno se siente bien, como en casa. Las bibliotecarias son amables, te conocen. Cito: “[Aquí] si la necesitamos, siempre están a mano”, “Aquí tienen más tiempo para ocuparse de cada persona”, “Es pequeño. Hay todo lo que hace falta, te ayudan”.

En la biblioteca grande, en cambio, nada de esto sucede ya, según ellos. Los prefesionales se asemejan a “cajeras”, según Hadrien, a quien cito: “Pasan el libro bajo una lucecita; en la pantalla se oye un *clic*, y listo. Está tu tarjeta pero ya no tienes nombre. Es de lo más extraño. Es perturbador”. Esas grandes bibliotecas son frías, impersonales, te sientes perdido. Pilar recuerda que “nadie me sonreía jamás. No sé, para mí eso es algo tan natural. Al menos que dijeran ‘buenos días’. Nadie me conocía, así que yo no existía”.

Desde luego, no siempre tiene uno ganas de sonreírle a todo el mundo y de decirle “buenos días”. En una de las bibliotecas que visité, los bibliotecarios habían resuelto ese problema del modo siguiente: a la entrada y encima de su escritorio, había un letrero que daba el tono. Decía algo así como: “Nosotros somos como usted: a veces tenemos preocupaciones, no siempre tenemos ganas de sonreír o la energía para decirle ‘buenos días’ a todos y cada uno. Además, tal vez quieran que los dejemos tranquilos. Pero tengan la seguridad de que si necesitan cualquier información, nos dará mucho gusto atenderlos. Para eso estamos”.

Como ven, no tengo recetas mágicas que darles. Tan sólo el afán de hacerles sentir que el papel del mediador, en todo momento, es, en mi opinión, tender puentes.

Puentes hacia universos culturales más amplios

Así pues, el iniciador a los libros es aquel o aquella que puede legitimar un deseo de leer no bien afianzado. Aquel o aquella que ayuda a traspasar umbrales, en diferentes momentos del recorrido. Ya sea profesional o voluntario, es también aquel o aquella que acompaña al lector en ese momento a menudo tan difícil, la elección del libro. Aquel que brinda una oportunidad de hacer hallazgos, dándoles movilidad a los acervos y ofreciendo consejos eventuales, sin deslizarse hacia una mediación de tipo pedagógico.

El iniciador es, pues, aquel o aquella que está en una posición clave para hacer que el lector no se quede arrinconado entre algunos títulos, para que tenga acceso a universos de libros diversificados, ampliados.

Porque una de las especificidades de los libros es la infinita variedad de sus productos. Pero en los espacios rurales, en los barrios urbanos marginados, ¿quién tiene acceso a esta diversidad? Hoy en día, en nuestros países, el proceso de control de la difusión del libro incumbe rara vez a los censores. Pero hay otras formas de reglamentación que se aplican, comenzando por las que tienen que ver con los distribuidores o prescriptores.

Y a ese respecto, habría que decir cuán limitados parecen los universos del libro de muchos de los jóvenes a quienes hemos conocido. Algunos han podido diversificar sus lecturas con el tiempo, aventurarse incluso en textos difíciles, gracias a la atención personalizada de un profesional, como ya señalé. Pero otros jamás se ha atrevido a visitar otros anaqueles que no sean los ya conocidos, así que releen sin cesar a Stephen King o a Tolkien. Pero, de manera más amplia, las mismas referencias clásicas que se encuentran en la escuela, los mismos *best-sellers* que se encuentran en la biblioteca, regresaban frecuentemente aquí y allá durante la entrevista. Desde luego están también los efectos de la moda entre adolescentes. Y además los *best-sellers* permiten desentumecer los ojos y hay algunos de calidad que permiten ensanchar el imaginario, jugar con las palabras. También puede ser el pretexto para compartir, para conversar. Así que no seamos mojigatos.

Sin embargo, hay que tener cuidado, y pienso que esto no sólo se refiere a Francia. Al ajustar la oferta sólo en función de lo que imaginan que son las expectativas de los jóvenes y por miedo de parecer austeros o académicos, algunos bibliotecarios corren el peligro de contribuir a perpetuar la segregación. De un lado, los usuarios de los medios pobres, para quienes asignarían solamente ciertos títulos de cajón. Y del otro lado, los lectores privilegiados, quienes tendrían acceso a una verdadera posibilidad de elección. De hacerlo así, se estaría perpetuando una vieja tendencia histórica: ya lo señalé antes: lo íntimo, la “preocupación por sí mismo”, no era para los pobres. A éstos se les ha considerado por mucho tiempo “al mayoreo”, en forma homogeneizadora. Si tenían diversiones, éstas generalmente se organizaban de manera colectiva y estaban debidamente enmarcadas, con fines edificantes y de higienización social. Sólo los privilegiados tenían realmente el derecho a la diferenciación, a ser considerados como personas.

También dije en una jornada anterior que la lectura podía ser una especie de atajo que levara a la intimidad rebelde a la ciudadanía. Puede ser pero, una vez más, no seamos ingenuos: ya lo dije, esto no siempre funciona así. si bien hay un tipo de lectura que ayuda a simbolizar, a moverse de su lugar, a abrirse al mundo, hay otra que sólo conduce a las delicias de la regresión. Y si algunos mediadores ayudan a que algo se mueva, otros limitan su papel a una especie de patrocinio donde la lectura no tendría más que una función adormecedora.

Por cierto, algunos jóvenes están plenamente conscientes de ese riesgo, como Matoub, quien nos dijo:

> La lectura me enseñó la subversión, pero en definitiva también habría podido enseñarme lo contrario [...] Lo que sería interesante es comprobar en qué medida una biblioteca puede ser un espacio de nivelación o de neutralización de la individualidad. Podría ser [...] En el caso de algunas personas, puede ser la rebelión; en el de otras, la indiferencia total, y en otras más, la reducción. ¿Pero, integración significa sumisión? [...] Ésa es la pregunta que me hago ahora.

Ahí tienen, una vez más, cómo estos jóvenes son unos observadores muy agudos, unos cuestionadores muy finos. Por mi parte no desearía que las bibliotecas se convirtieran en espacios de "nivelación" o de "neutralización de la individualidad", como él dice. En eso vería yo la negación misma de lo que me parece constituir su razón de ser: permitir a todos el acceso a sus derechos culturales, el acceso a un universo cultural más amplio.

Por ello me parece que nunca se insistirá demasiado en esta característica del libro, la diversidad, y en la importancia de esta diversidad para poder elaborar la propia historia, la propia combinación y no perderse en identidades postizas. Ahora bien, los jóvenes poco familiarizados con los libros no perciben muy a menudo la diversidad de los textos escritos. Para ellos, es un mundo monocromático, o más bien gris. En Francia, el estudio de los textos clásicos durante la vida escolar parece reforzar esta representación. Algunos sociólogos se han preguntado incluso en qué medida la "imposición masiva de grandes títulos literarios no es vivida por los jóvenes poco familiarizaos con el universo literario como una uniformación".

Mientras nos mantenemos en el registro de un panteón por visitar, como vimos, todo mundo bosteza de aburrimiento. Pero cuando se permiten encuentros singulares con esos mismos textos –o con otros-, la batalla está ganada. La apropiación es un asunto individual: un texto viene a darnos noticias de nosotros mismos, a enseñarnos más sobre nosotros, a darnos claves, armas para pensar nuestra vida, para pensar la relación con lo que nos rodea. Algunas veces, esos jóvenes se apropian de un texto estudiado en la escuela. Como hizo Hocine con unos extractos de Montesquieu: "El texto sobre la esclavitud de los negros, bueno, es un texto que me gustó mucho. Esas ideas deberían retomarse en nuestros días". O Malik, con el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad*

entre los hombres: “Una vez que lees esto, te dices: ‘Guau, todo el mundo debía leerlo’ [...] Todavía es válido hoy en día. Tienes la impresión de que es actual”.

Si bien por una parte existe una contradicción irremediable entre la enseñanza de la literatura en la escuela y la lectura que se hace por sí mismo, al menos le corresponde a los maestros hacer que los alumnos tengan mayor familiaridad, que se sientan más capaces al acercarse a los textos escritos. Hacerles sentir su diversidad, sugerirles la idea de que, entre todos esos textos escritos –de hoy o de ayer, de aquí o de allá-, habrá algunos que les diga algo de ellos en particular.

Cuando se aborda esta cuestión de la diversidad de textos, también hay que recordar que no todo es intercambiable, que leer literatura –ya se trate de ficción, de poesía o de ensayos con un estilo cuidado- no pertenece al mismo orden que leer una revista de motociclismo o un manual de informática –aunque, desde luego, sea válido apropiarse de la mayor variedad posible de soportes para la lectura-. Y que leer a García Lorca o a Kafka no es lo mismo que leer novelas de espionaje de baja calidad.

Y quiero alentar a los bibliotecarios a que naden contra la corriente en estos momentos en que los encargados de la programación televisiva de casi todo el mundo suelen recetarnos programas de una estupidez y una vulgaridad pasmosas, aduciendo el mal gusto del público. En efecto, hay algo que me parece profundamente viciado, incluso perverso, en esta manera de escudarse en los más desprotegidos para bajar el nivel de los productos que se ofrecen, pretextando que eso es lo que piden ellos. Como dice el pintor Pierre Soulages: “Es lo que encuentro lo que me enseña qué busco”.

Tras haber visitado varias bibliotecas de los barrios marginados, me ha impactado el hecho de que algunas sólo ofrezcan revistas u obras de un nivel muy bajo, mientras que otras proponen estas mismas obras pero también otras. Por ejemplo, el otro día mencioné a un joven obrero laosiano que cultivaba bonsáis y leía sonetos de Shakespeare. A veces también se lleva prestados libros de pintura. Si Guo Long hubiera frecuentado otra biblioteca de su ciudad, jamás habría descubierto los bonsáis, ni a Shakespeare, ni a los grandes pintores románticos que tanto le gustan. Él tuvo la suerte de que los bibliotecarios de su barrio, por cierto muy marginado, pensaran que el lector puede evolucionar.

El imaginario no es algo con lo que se nazca. Es algo que se elabora, crece, se enriquece, se trabaja con cada encuentro, cada vez que algo nos altera. Cuando siempre se ha vivido en un mismo universo de horizontes estrechos, es difícil imaginar que existe otra cosa. O cuando se sabe que existe otra cosa, imaginar que tenga el derecho de aspirar a eso. Además, cuando se ha vivido en ese estrecho marco de referencia para pensar la relación con lo que nos rodea, la novedad puede verse como peligrosa, como una invasión, una intrusión. Es todo un arte saber conducir a ella, y por eso es que

tampoco se trata de ponerse en los zapatos del otro, de asestarle listas de “grandes obras”, convencido de lo que es bueno para él.

De lo que se trata en el fondo es de ser receptivo, de estar disponible para hacer proposiciones, para acompañar al joven usuario, para buscar en él, inventar con él, para multiplicar las oportunidades de lograr hallazgos, para que el juego esté abierto. Se trata de tender puentes, de inventar ardides que permitan a quien frecuenta una biblioteca no quedarse arrinconado durante años en un mismo anaquel o una misma colección. Y por cierto es lo que saben hacer muy bien muchos profesionales y a lo que son sensibles muchos jóvenes, como veremos.

Algunos bibliotecarios saben, en efecto, deslindar de la imagen empolvada del antiguo conservador de libros y bajan los libros de su inaccesible pedestal de modo que la biblioteca sea como lo deseaba una muchacha que nos dijo: “¿La biblioteca ideal? Aquella en la que entras, buscas algo, un libro, y luego descubres otro.” Estos jóvenes sueñan con que los libros estén más visibles, por ejemplo, con más tableros de presentación, como en las librerías, que haya a la vez más novedades, y que se dé vida a los acervos existentes. Y que alguien los jale de la manga para señalarles tal o cual obra. Muchos lamentan que no haya más intercambios y temen que los bibliotecarios se conviertan en una especie de “cajeros de supermercado”. Por ejemplo, escuchemos a Hadrien, quien nos habla de los bibliotecarios:

> Son personas que realmente tienen un potencial, que pueden ayudar, que conocen muchísimas cosas, que han leído muchísimo. Y uno los utiliza como si fueran sustitutos de una computadora. Son gente que verifica códigos de barras; ha de ser muy fastidioso para ellos. Y eso no me parece nada bien […] Son gente que tiene posibilidades que se desaprovechan por completo. Es una lástima.

Lo mismo dice Malik:

> Para mí, lo que más hace falta es el consejo […] Por ejemplo, a veces llego a tomar autores extranjeros poco conocidos, y me gustaría mucho que cuando devolviera el libro la bibliotecaria me dijera: “¡Ah!, ¿te gustó este libro?” Yo podría contestarle que sí y ella me diría: “Pues está también este otro autor que escribe muy bien”. Para mí, una biblioteca no es solamente un hangar de libros, es mucho más.

O para Philippe: “Debería haber más diálogo con el personal. La primera función de la biblioteca es el intercambio”.

No hay que perder de vista que muchos usuarios provenientes de los medios populares son tímidos detrás de sus brazos musculosos. Por ejemplo, a la mayoría de los jóvenes que conocimos nunca se les ha ocurrido hacer sugerencias de compras a las bibliotecarias cuando buscan en los anaqueles libros un poco diferentes y no los encuentran. Algunos precisan, incluso que esas adquisiciones dependen de la “demanda”, sin ponerse a pensar que ellos son la demanda; en su mente la demanda es un colectivo mítico del que ellos nunca podrían formar parte activa.

Atreverse a preguntar supone vencer el sentimiento de mostrarse “egoísta”, de “molestar” al bibliotecario. Aquí se observa de manera ejemplar su dificultad para reconocer el derecho que tienen ellos mismos a tener voz en el asunto para afirmarse como actores o incluso como simples consumidores.

Les daré ahora un ejemplo para mostrarles que es posible ponerles metas muy ambiciosas pese a trabajar con “públicos” poco familiarizados con el libro y tener éxito. Se trata de una de las bibliotecas donde hemos hecho encuestas, en Bobigny, situada en los suburbios parisinos. Bobigny es una ciudad reciente donde vive, casi siempre en grandes bloques de concreto, una población joven, de ingresos muy modestos entre la que abundan los desempleados y los inmigrantes de orígenes cada vez más diversos.

Pese a lo anterior, desde principios de los años ochenta los bibliotecarios de esta comunidad han sido muy exigentes al formar sus colecciones. Se han propuesto sensibilizar a la lectura a niños y adolescentes promoviendo obras literarias de calidad. Con este propósito han emprendido todo tipo de actividades en coordinación con la escuela y las guarderías. Por ejemplo, hay un periódico que se distribuye entre los niños por medio de la escuela: en él se p0resenta una selección anual de novelas y un juego-concurso. Hay otro periódico, destinado a adolescentes, en el que los propios muchachos redactan artículos sobre las novelas que han leído. Un jurado formado por adolescentes otorga un premio literario; hay talleres de lectura conducidos por autores famosos, etcétera.

Estas actividades llegan a un gran número de niños: aproximadamente uno de cada dos niños y uno de cada tres adolescentes están inscritos en la biblioteca. Durante nuestra investigación, observamos que los universos culturales de los jóvenes que encontramos en Bobigny parecían más abiertos que en otras ciudades donde habíamos trabajado. Allí encontramos más jóvenes que se abrían camino por su cuenta entre los libros y que se movían en varios registros de lectura. La ficción contemporánea se conocía mejor, se mencionaba más. Por ejemplo, allí fue donde conocí al joven kabil al que cité en otra jornada, estudiante de letras al que le fascinan los escritores que tienen fama de difíciles. O a Doaud, el joven senegalés que empezó leyendo a Stephen King, pero que terminó por dejar esos libros porque le parecieron “poca cosa”, como dice, y después leyó a Kafka, Faulkner, Borges, Proust.

No obstante que le tipo de método utilizado en nuestra investigación nos prohíbe hacer verdaderas comparaciones entre los diversos lugares encuestados, y considerando también que la proximidad con parís tiene su importancia, podemos pensar, pese a todo, que el gran trabajo de promoción, emprendido por los profesionales de esta biblioteca desde hace largos años no ha sido en vano. Añadiré que fue en esta ciudad, más que en cualquier otra, donde varios jóvenes formularon demandas explícitas a la biblioteca. Varios de ellos frecuentan las exposiciones. Otros escriben: *rap*,

cuentos, teatro. Se escuchan también más signos de rebelión. Pero es una rebelión verbalizada, pensada, argumentada.

Por medio de los niños, los profesionales de esta biblioteca también han tratado de llegar hasta los padres. Pero los resultados en este punto son más bien frágiles. Y de paso añado que en casi todas partes se percibe la necesidad de un mayor trabajo de acompañamiento con los padres, y en especial con las mujeres. Como lo expresa una bibliotecaria:

> En África, un niño, aunque se hagan cargo de él los programas alimentarios, muere una vez que lo sueltas, si sus padres no están allí. Los programas deberían apoyar a los adultos y a los niños. Es el mismo pensamiento retorcido que hay aquí con los niños y las bibliotecas. Al niño se le dan los medios para leer, pero luego, cuando regresa a casa, si no hay nada, y si la gente solo le transmite cosas negativas...

Creo que esa bibliotecaria tiene razón. El desarrollo de estructuras de alfabetización y de acogida, de lugares de intercambio, es tanto más importante porque las mujeres en casi cualquier parte del mundo suelen ser los agentes privilegiados del desarrollo cultural: ellas devuelven mucho de lo que adquieren sosteniendo a su familia, ayudando a los niños, desarrollando intercambios, vínculos sociales, aportando sus fuerzas y sus conocimientos a la vida de la sociedad civil. Algunos ejemplos durante la jornada anterior han mostrado que ciertas mujeres, a las que en un principio asustaba la cultura letrada, cambiaron radicalmente de actitud. Y que el miedo a leer, a saber, era algo ambivalente, que podía acompañarse de un fuerte deseo.

Para democratizar la lectura no hay recetas mágicas. Sólo una atención personal a los niños, a los adolescentes, a las mujeres, a los hombres. Una interrogación cotidiana sobre el ejercicio de su profesión. Una determinación. Una exigencia. Imaginación. Un trabajo a largo plazo, paciente, a menudo ingrato, en la medida en que es poco medible, poco “visible” en los medios, y donde casi siempre los profesionales no tienen “retroalimentación” de lo que hacen, a menos que una investigadora pase por allí y estudie precisamente ese impacto.

Tras haber realizado esta investigación, me han llamado de muchos lugares para hablar de ella. Y en cada encuentro, los bibliotecarios se me han acercado para decirme lo reconfortados que se sentían, que era como si les hubieran devuelto algo. Es una profesión que debió evolucionar mucho en un tiempo relativamente corto. Está bien organizada, bien estructurada. Para bien o para mal. Para mal porque pueden mostrar cierto corporativismo. Para bien porque constantemente intercambian información, comparten experiencias, y esto se da también en el ámbito internacional.

Pero si bien resulta esencial mantenerse informado de lo que sucede en otros lugares, no creo que existan soluciones que puedan trasladarse tal cual de un lugar a otro. De igual modo, no creo en las pequeñas listas aplicables a todo el mundo. Creo incluso que un mediador debería poco a poco luchar contra esta demanda,

recurrente en los medios que se sienten poco autorizados a leer, de un modelo, de una pequeña lista básica, idéntica para todos, a semejanza del modelo escolar. Y que debería poder brindar a otros, en forma individualizada, una oportunidad de tener encuentros singulares con textos que puedan decir algo a cada quien en particular.

Sería deseable que un equipo de bibliotecarios conociera bien la pluralidad de la producción editorial y la diversidad de la literatura juvenil, pero jamás se podrá establecer una lista definitiva de las obras más adecuadas para ayudar a los adolescentes a construirse a sí mismos. Si me refiero a las entrevistas que hemos realizado, ¿quién habría podido imaginar que Descartes sería la lectura preferida de una joven turca preocupada por escapar de un matrimonio arreglado, o que la biografía de una actriz sorda le permitiría a un joven homosexual asumir su propia diferencia, o que los sonetos de Shakespeare inspirarían a un joven laosiano, trabajador de la construcción, a escribir canciones? Esto nos habla de los límites de esos libros escritos sobre pedido para satisfacer tal o cual "necesidad" supuesta de los adolescentes. Los textos que más les dicen algo a los lectores son aquellos donde algo pasa de inconsciente a inconsciente. Y eso se nos escapará siempre, al menos en gran parte, para fortuna nuestra.

No se trata en ningún caso de encasillar al lector sino de tenderle puentes o de permitirle que él mismo elabore los suyos. Les daré un par de ejemplos más. El de Pierre, agricultor que intenta modernizar su forma de explotar la tierra. Si é comprendió mejor la globalización actual de la economía, no se debió a que leyera tratados de economía. Fue porque leyó la vida de Cristóbal Colón:

> Estaba leyendo un libro que hablaba de Cristóbal Colón. Me gusta mucho ver cómo vivía la gente. Y lo que me sorprende es ver lo bien organizados que estaban. ¡Era fabuloso! Vivían igual que nosotros, ¡seguro que sí! Finalmente todo está ligado [...] A mí lo que me interesa es la gente, la humanidad. Es el pasado y el porvenir.

El segundo ejemplo lo tomaré del escritor japonés Kensaburo Oé, quien es originario de una pequeña aldea. Durante una entrevista explicaba él:

Durante los años que pasé en Tokio extrañaba mucho mi pueblo y me hubiera gustado encontrar libros que me hablaran de ese sentimiento, pero no existían. Porque entonces sólo se escribía acerca del centro de Japón, sobre Tokio, porque era ese centro el que hacía la guerra. Lo que me interesaba a mí era la cultura periférica, la de mi pueblo en el bosque. Encontré lo que buscaba leyendo a Rebelais.[67]

[67] Entrevista publicada en *Libération*, 9/11, 1989.

Las palabras que más le dijeron sobre su aldea japonesa las escribió un autor del siglo XVI que vivía en Francia, al otro extremo del mundo.

Los lectores nunca terminarán de sorprendernos. Y sin duda allí, cuando una obra permite una metáfora, un desplazamiento, puede decirse que "mueve" realmente al lector; cuando lo puede estimular y, entre líneas, hacerlo recuperar su fantasía inventiva, a dejarse llevar por la ensoñación, y pensar.

El mediador no puede dar sino lo que tiene...

Henos aquí, casi al término de nuestro periplo. Mi intención ha sido dejarles a cada uno de ustedes el sentimiento de que no es impotente, ni siquiera en los contextos más difíciles, de que cuentan con un margen de maniobra. Aunque debo añadir que en ciertos contextos puede resultar preocupante la estrechez de ese margen.

Para la mayoría de los jóvenes que conocimos, el hecho de leer e ir a la biblioteca abrió el espacio de sus posibilidades al ensanchar su universo de lenguaje, su universo de libros. Esto también los ha sostenido, concretamente en su trayectoria escolar y a veces profesional; les permitió evitar las rutas más peligrosas y encontrar un poco de "juego" en el tablero social, lo que no es poco. Gracias a la lectura y a la biblioteca, ahora están mejor preparados para pensar, para resistir. Al descubrir la biblioteca, también descubrieron "un lugar donde uno puede consultar el mundo", como dijo uno de ellos. Aunque en lo relativo a sentirse verdaderamente parte de ese mundo; ésa es tal vez otra historia.

Por ejemplo, gran número de jóvenes que hemos encontrado nos impresionaron por su gran inteligencia, su sensibilidad, su tenacidad. Sin embargo, hay que decir claramente que los "desplazamientos" profesionales que lograron los menos jóvenes de ellos no fueron considerables: sigue siendo muy difícil lograr una movilidad social significativa cuando se proviene de un medio pobre. Por ejemplo, un muchacho de origen argelino que se empeñó en terminar sus estudios de medicina, a fin de cuentas ha tenido enormes dificultades para conseguir empleo. Otra chica sólo ha podido encontrar "trabajitos" normales para tantos jóvenes, en especial para *las* jóvenes. Parece como si se les hubiera dado la consigna "avanza, pero no vayas demasiado lejos". Esta consigna a veces puede venir de la gente más allegada a ellos. De modo que algunos se frenan a sí mismos. Pero en el caso de estos jóvenes, es sobre todo la segregación social, la xenofobia, la misoginia lo que los atrapa por el cuello.

En Francia solemos decir que la muchacha más bella del mundo no puede dar sino lo que tiene. En el caso de la biblioteca, de la lectura, sucede algo parecido. La biblioteca solo puede ofrecer lo que tiene y, en la época actual en que en tantos lugares se agudizan los procesos segregativos, allí encuentra sus límites. Cuando los jóvenes

salen de la biblioteca y se quieren integrar, falta todavía que les dejen espacios.

Respecto a los desplazamientos geográficos, también hay algo que representa un obstáculo constante: hay muchos jóvenes que no se atreven aún a aventurarse fuera de su barrio porque se sienten desubicados en cuanto salen de sus fronteras. Rara vez se aventuran a ir al centro de la ciudad, donde hay tantas cosas que les hacen sentir que no pertenecen allí. Y muchos han expresado su cólera frente a la Segregación espacial: estar encerrado en un barrio es estar ya estigmatizado, identificado por una imagen negativa; es también tener que vivir sólo entre los suyos. Uno de los dramas de los guetos es que uno ajusta sus modos de hacer por medio de la imitación, la vigilancia mutua, que se ejerce sobre todo en el caso de las chicas, como muchas de ellas lo han expresado en forma dolorosa.

Y podemos preguntarnos en particular qué tipo de intercambios son los que pueden darse en las bibliotecas de barrio: intercambios localizados, compartimentados, limitados a la gente más allegada, a los semejantes a uno, en lugares refugio que protegen de la vagancia, pero que se vuelven territorios de lo que queda en familia; o intercambios más amplios que permiten la mezcla con otros, la apertura hacia otros espacios, y hacia la vida civil.

Por más comprometidos, por más imaginativos que sean los bibliotecarios o los maestros, no son omnipotentes y sus tentativas pueden estrellarse contra la realidad en ciertos contextos. Solos, la mayor parte del tiempo, no pueden hacer gran cosa: de hecho, si su acción encuentra lugar y eficacia, es siempre dentro de una configuración. Pero no se trata únicamente del trabajo de coordinación que asocia la biblioteca con la escuela, con los servicios sociales, los servicios jurídicos, trabajo de coordinación que por lo general sólo se emprende de manera tibia. Es toda la cuestión de un proyecto de ciudad y de sociedad lo que se plantea desde el principio. Si queremos que los bibliotecarios, o los maestros, o los trabajadores sociales no se reduzcan a animar guetos y a enfrentarse cada vez más a las situaciones de violencia que también forman parte de su destino.

Mas para no concluir en un tono alarmista, añadiré que escuchando a estos jóvenes se calibra hasta qué punto un bibliotecario o un maestro pueden ser los facilitadores de relatos, saberes, palabras, imágenes que desplazan el ángulo de percepción desde el que estos jóvenes ven el mundo. Además, para integrarse, lo repito, aún hace falta que les hagan lugar. Y hacerle lugar al otro, reconocerlo, es por ejemplo intercambiar algunas palabras al final del curso, o en el momento en que devuelve un libro o un disco compacto. Entonces este encuentro, más vivo que cualquiera de los discursos piadosos sobre la exclusión, aunque sea fugaz, aunque la mayor parte del tiempo el bibliotecario o el maestro no reciba ningún eco de lo que pudo provocar, puede a veces contribuir a hacer que cambie un destino. Lo que explica bien Hadrien:

> Para usar el término “integración”, que no dejan de remacharte todo el tiempo. Comienza por eso, simplemente, a mostrar que se le puede tener confianza a otro y pedirle su opinión. Mirando hacia atrás, me doy cuenta de que esos pequeños detalles, aparentemente sin importancia, del contacto con la gente, el hecho de interpelar a alguien al final del curso, corresponde exactamente al hecho de abordar a alguien para comentar un libro que acabas de devolver, es el mismo principio. Provocar una reacción. Allí es donde se crean verdaderamente fundamentos del individuo para más tarde. Es en esos momentos inesperados de comunicación.

A manera de conclusión, quiero leerles algunas frases de estos jóvenes, para dejarles escuchar un poco más sus voces y aquilaten lo que una biblioteca, y los libros que hay en ella, representaron para esos jóvenes inicialmente alejados de la cultura letrada. Porque ante todo me parece que debe resaltarse lo siguiente: la esperanza, la confianza que pusieron en esta cultura y en la biblioteca; la convicción de muchos de ellos de haber encontrado allí oportunidades de compensar un poco las desventajas que marcaban su recorrido, de abrirse a otras posibilidades. El que habla es en primer lugar un muchacho de dieciséis años; se llama Fethi, y dice:

> La biblioteca es una caja de ideas, una caja de sorpresas. Cuando yo era pequeño, cada vez que iba y luego salía, tenía la sensación de haber descubierto algo, me sentía más grande. Mediante la lectura uno se desarrolla, tiene un modo de vida diferente al de los demás, se vuelve diferente. La biblioteca es como el agua.

Algo parecido sucede en el caso de Afida, quien tiene la misma edad: “Es como si los libros me hubieran hecho crecer. La biblioteca es mi segundo hogar, donde me encuentro en mí misma. Es un lugar que no olvidaré nunca”. Magalí tiene veintisiete años y vive en el campo, donde está muy aislada; consulta libros prácticos para ayudarse a criar a sus hijos, y a veces lee un poco de ficción: “Con los libros, veo algo más que a mí misma cuando miro mi vida”. Finalizo con Matoub, estudiante de letras de veinticuatro años: “Leo, no para evadirme, porque no es posible evadirse. Voy a hacer una frase de escritor: leo para aprender mi libertad”.

ÍNDICE

LIMINAR

AGRADECIMIENTOS

PRIMERA JORNADA
Las dos vertientes de la lectura
Las dos vertientes de la lectura
El lector “trabajado” por su lectura
Del lado de los lectores

SEGUNDA JORNADA
Lo que está en juego en la lectura hoy en día
Tener acceso al saber
Apropiarse de la lengua
Construirse uno mismo
Otro lugar, otro tiempo
Círculos de pertenencia más amplios

TERCERA JORNADA
El miedo al libro
¿Cómo se vuelve uno lector?
El difícil escape de la actitud comunitaria
Del lado de los poderes: El horror de que las líneas se muevan
El miedo a la interioridad
¿Cómo se vuelve uno lector?

CUARTA JORNADA
Una relación personalizada
Transmitir el amor por la lectura: ¿Una apuesta para el maestro?
La hospitalidad del bibliotecario
Traspasar umbrales
Puentes hacia universos culturales más amplios
El mediador no puede dar sino lo que tiene

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de diciembre de 1999 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), Cal. de San Lorenzo 244; 09830 México, D.F. Se tiraron 5000 ejemplares.